

E. R. Braithwaite



Al señor, con cariño



Lectulandia

E. R. Braithwaite nació en la Guayana inglesa. Hombre inteligente y cultivado, prestó servicios como piloto de la R.A.F. durante la Segunda Guerra Mundial. Al terminar la contienda, por ser negro, no encuentra colocación en aquel Londres que se reconstruye y necesita hombres capacitados como él. Tras largos meses de búsquedas y desilusiones, se le ofrece una plaza de maestro en el East End, uno de los barrios más pobres de la capital inglesa.

«*Al señor, con cariño*» nos ofrece, pues, una doble vertiente de la experiencia personal del autor: la pugna silenciosa, pero efectiva, de una sociedad que no acepta de hecho la igualdad racial; y el abandono, no menos doloroso, en que se deja a los niños de los suburbios. Con estilo llano, sin excesivas preocupaciones esteticistas, nos presenta la vida de la escuela en que ejerce de profesor, la problemática académica y familiar que plantean aquellos muchachos indisciplinados, fruto de la incultura, de la delincuencia y promiscuidad.

La evolución en el comportamiento de los alumnos, consecuencia de la dedicación y entrega del profesor, nos sumerge en uno de los más acuciantes y complejos temas que tiene hoy planteada la sociedad: la educación.

Lectulandia

E. R. Braithwaite

Al señor, con cariño

ePub r1.0

Titivillus 12.03.16

Título original: *To Sir, with love*
E. R. Braithwaite, 1959
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El atestado autobús rojo de dos pisos avanzaba muy lentamente por la barahúnda del tráfico en Aldgate. Era casi como si se resistiera a librarse de su sobrecarga de ruidosas y groseras asistentas que había ido recogiendo a través de la ciudad: mujeres bovinas, de gruesos brazos y grandes pechos, con su corpulencia inevitablemente deformada por frecuentes partos, con sus caras enrojecidas y algo sudorosas por el trabajo de este día caluroso de mayo y por su propia vitalidad. Había en ellas algo de indestructible, desde su cabello teñido sujeto por pañuelos de chillones colores, firmemente atados, pero cuidando de que asomaran un par de rizos bien fijos, hasta las piernas tan fuertes y los pies grandes que parecían echar raíces en el suelo.

Las mujeres llevaban grandes bolsas de la compra, y en la intensa mezcla de olores que las envolvía, predominaba algo que recordaba a una redada de peces o a cosas de un olor parecido. Me hacía pensar en las campesinas de una novela de Steinbeck. Eran gente de ciudad, pero vestían como campesinas; tenían todo el aspecto de éstas, y hablaban también como campesinas. Sus vacas eran las lecheras motorizadas; sus utensilios, la bayeta y el cubo y la almohadilla para arrodillarse; sus granjas, un bosque de hormigón armado. A pesar de los bigudíes y de los pañuelos a la cabeza, tenían sin embargo un inconfundible aire de dignidad.

Se burlaban unas de otras y se empujaban divertidas y bromeaban con el cobrador, profiriendo una interminable sarta de impúdicas observaciones y contestaciones, sin importarles ni una pizca que pudiera oírles yo, un negro, el único otro varón del autobús. El cobrador, un tipo muy animado e ingenioso, parecía conocerlas a todas lo bastante para dirigirse a ellas en términos muy personales y las mantenía en el más ruidoso buen humor, dirigiéndoles constantes cuchufletas, a las que ellas replicaban con buen temple. Lo sexual parecía para aquellas mujeres poco más que una broma, un tema de conversación que alternaban con sus comentarios sobre el tiempo y sus discusiones vivamente detalladas sobre padecimientos efectivos o imaginados.

Yo me encontraba emparedado entre una ventanilla y una mujer de gran tamaño, cuyos enormes brazos salpicados de hoyuelos acunaban en su regazo la bolsa de la compra. Sostenía un dueto obsceno con una amiga sentada frente a ella.

—¿Qué tienes para la cena del viejo, Gert?

El cuerpo macizo de Gert seguía inmóvil, pero torció la cabeza todo lo que le permitía su gran cuello y respondió:

—Hoy tiene suerte. Va a comer pan con jugo de carne.

—Pues con eso, no te va a servir luego de mucho, Gert.

—Lo mismo daría que lo alimentase con bistec y pollo, Rosy. Descuida, de todos modos, me da calorcito.

Todo esto lo decían en un tono intencionadamente lo bastante alto para que todos las oyeran, y las demás mujeres manifestaban su contento con cacareos, balanceando sus cuerpos cuanto les permitía el poco espacio libre. Rose volvió la cabeza para lanzarme una rápida ojeada y luego se inclinó hacia adelante para decirle a Gert al oído, aunque de modo que la pudiesen oír:

—No me importaría que me lo pusiera Papá Noel en una media.

Las risitas que acompañaron a estas palabras agitaron todo su cuerpo como con una tiritona de fiebre y sentí que todo el autobús estaba pendiente de mí. Gert se vio obligada a realizar su difícil movimiento de rotación de la cabeza y sus ojillos lograron hacerme entrar en su órbita. Replicó, aunque no tan alto:

—Vamos, vamos, Rose, no sabrías qué hacer con él. Llevas demasiado tiempo de viuda.

—No hables de lo que no sabes, Gert —protestó Rose alegremente—. Eso es como montar en bicicleta, nunca se olvida. No lo creerás, pero yo sería capaz de enseñarle a ése un par de cosas.

—¡Habrás visto! —exclamó Gert, dirigiéndose a todo el autobús, pues todas las mujeres seguían encantadas esta pantomima.

—No te preocupes, Rose, ya te mandaré a mi Alfie una de estas noches. No se da mala maña cuando se pone a ello.

Me estaba divirtiendo tanto con todo aquello, que me sonreía para mis adentros de la esencial naturalidad de esta gente que formaba parte integrante de una de las mejores ciudades del mundo, siendo, al mismo tiempo, unas vulgares palurdas. Allí estaban, sentadas con sus vigorosos corpachones como el baluarte de la intrepidez.

Aunque me sonreía para mis adentros, mi sonrisa debió transparentarse, pues Rose me miró con cierta sorpresa y se inclinó hacia adelante para murmurarle algo a Gert al oído. Ésta, a su vez, le murmuró algo a su vecina y así se produjo una reacción en cadena de murmullos, risitas y codazos como si les hubiera sorprendido descubrir que yo me había enterado de todo. Tenía yo la seguridad de que les daba completamente igual que me enterase o no. Esta gente que ha vivido demasiado íntimamente con la pobreza, el peligro y la muerte, no se azora con facilidad.

El autobús dobló por la esquina de Gardiner y siguió a lo largo de Commercial Road. Ahora iba más rápido y las conversaciones decayeron a medida que las mujeres se sumían en otros pensamientos. A cada parada se apeaba alguna. Volvían a sus hogares, situados en la extraña y desagradable maraña de callejuelas que partían de la calle principal, siguiendo una absurda pauta. Por la ventanilla contemplaba yo el desfile de sucias tiendas y modestos cafés con sus aparatosos rótulos de nombres exóticos. La larga Commercial Road era un florido despliegue internacional con sus nombres de Grecia e Israel, Polonia y China, Alemania y Bélgica, India y Rusia, y muchos otros países: Semmelweis y Smaile, Schultz y Chin-Yen, Smith, Seibt y Litobaraki.

El autobús paró. Rose levantó de su regazo la bolsa de la compra y, con un

gruñido de esfuerzo, logró ponerse en pie. Me sonrió amablemente y con un alegre saludo colectivo se dirigió bamboleándose hacia la salida, mientras que yo me sentía aliviado al poder por fin librarme de la presión de aquella masa de carne... ¡Dios, qué mujer tan enorme!

Cuando el autobús reanudó la marcha, un muchacho de brillante mirada con gorra y chaquetilla de escolar se detuvo un momento delante del asiento vacío y en seguida se apartó con viveza para cedérselo cortésmente a una señora delgada y elegantemente vestida que estaba detrás de él. Vi cómo le sonreía ella para agradecerle su atención, y disponíase a sentarse cuando sus ojos tropezaron con los míos. Tuvo un leve gesto de sorpresa y, con un rígido movimiento, se alejó un poco y se situó en el estrecho pasillo junto al muchacho, que la miraba desconcertado.

El cobrador se acercó con su alegre «¡Billetes, por favor! ¡Sólo es gratis después de medianoche!». Con cosas como éstas, había entretenido a las asistentas durante el viaje. La recién llegada buscó en su bolso y el cobrador, mientras le tendía el billete, le dijo con naturalidad:

—Tiene usted un sitio libre a su lado, señora.

Ella tomó el billete, pagó, y murmuró «Gracias», pero no parecía haberse enterado.

—Tiene usted asiento, señora.

El cobrador señalaba con un movimiento de cabeza el sitio desocupado, mientras se volvía a examinar el pase escolar del muchacho y le gastaba una broma. Al terminar con él, miró de nuevo a la señora, que le devolvió la mirada con el frío descaro de una patricia:

—No se puede estar de pie en el autobús, señora.

La voz del cobrador se elevaba a propósito. Parecía irritado. Las asistentas se alborotaban deseosas de descubrir el motivo de esta repentina brusquedad. La fina señora seguía en pie, fría, distante, sin preocuparle en absoluto la amenazadora actitud del cobrador ni las miradas hostiles de las mujeres, que se sentían inmediatamente solidarias del cobrador contra aquella intrusa, alguien que sin duda alguna no era de la misma clase que ellas. La instantánea indignación que me produjo el prejuicio tan poco disimulado de aquella mujer, se mezclaba, sorprendentemente, con una cierta admiración por su valiente actitud de persona superior... Era mucha mujer para las otras, ¡una perra de gran clase! Miraba al cobrador a los ojos y pude ver que las comisuras de su boca se contraían para reprimir una sonrisa. Comprendí que se estaba divirtiendo. ¡Qué perra tan suave, elegante y superior!

En ese momento vi en una fachada una placa en la que figuraban las palabras New Road. Me levanté en seguida y le dije al cobrador: «En la próxima parada, por favor». Me miró de un modo raro, como censurándome algo, como si se le hubiese traicionado, abandonándole antes de que él pudiera haber ajustado cuentas con la señora. Le habría gustado tratar de humillarla e incluso echarla del autobús. Tiró del cordón de la campanilla y el autobús se detuvo bruscamente. Cuando me apeaba de la

plataforma vi que la mujer se instalaba en el asiento que yo había dejado libre y que seguía tan tiesa e indiferente como antes. Al marcharme le hice un favor al cobrador. Estaba seguro de ello, pues nunca habría podido el buen hombre con aquella enemiga.

El autobús reanudó su marcha y yo me quedé allí parado, súbitamente deprimido por lo que me rodeaba. Me figuro que me había formado una idea ingenuamente romántica del East End de Londres con su población cosmopolita y su historia fascinante. Había leído cosas sobre este barrio en libros clásicos y contemporáneos y sentía impaciencia por conocer el Londres de Chaucer y Erasmo y de las Sorores Menores. Había soñado con pasearme por la empedrada calle de los Cable Makers, escuchando los ecos del Canciller y de los hermanos Willoughby. Deseaba ver el Támesis en Blackwall, desde donde el capitán John Smith había zarpado a bordo del buen barco *Susan Lawrence*, para fundar una colonia británica en Virginia. Había soñado...

Pero esto era diferente. Nada había de romántico en la ruidosa y sucia calle bordeada por unas vallas de tablas con una fila irregular de desvencijadas tiendas y una sucesión de boquetes producidos por las bombas. Crucé la Commercial Road por el paso de peatones, hacia New Road. Esto era aún peor. Los pocos edificios que quedaban, seguían aún habitados en parte a pesar de su ruinoso estado. Las ventanas estaban tapadas con tablillas o con hojalata pintada de brillantes colores anunciando Brylcreem, Nugget Shoe Polish y Palm Toffee. Por todos lados había escombros, suciedad y moscas. Además, los olores.

Los olores brotaban por doquier, de todas las cosas y formaban una nube invisible que flotaba en el ambiente y que le ponía a uno malo. Fluían de las tiendas de «Delicatessen», de sus bandejas descubiertas de arenques en escabeche, de los pequeños barriles de pepinillos en vinagre, de las cebollas, de la mojama, de la carne en salazón, de las paredes y del suelo húmedos; de la pescadería que desafiaba con toda tranquilidad las más elementales reglas de higiene; del carnicero, de la pollería contigua donde un fino confetti de plumas recién arrancadas flotaba inmóvil en el aire fétido, y de las alcantarillas, donde una inmensa multitud de moscas zumbaba y se refocilaba sobre los amontonados residuos de la fruta y las verduras.

Me sentía sucio y con náuseas. Solamente la necesidad de llegar a mi punto de destino me obligó a pasar por delante de las tiendas y del alboroto multirracial de la gente que se apresuraba, sin hacer caso de las moscas ni de los olores, sólo preocupados por sus asuntos.

Cerca del puente del ferrocarril las filas de edificios de New Road se terminaban de pronto. La hirviente calle cortaba un desierto de escombros y de porquerías que la Naturaleza había intentado disimular apresuradamente, sin lograrlo, mediante unos hierbajos. Aquí y allá podía uno ver el mohoso esqueleto de un colchón metálico o del cochecito de un niño, un lavabo de hierro o un casco de acero dentado al estilo americano..., reliquias de la paz y de la guerra, humildemente reunidas en la

podredumbre y en el orín. También allí estaban las moscas, y varios chiquillos demasiado pequeños para ir a la escuela, pero lo bastante mayores e intrépidos para aventurarse en este peligroso campo de juego. Aunque malencarados, les brillaban alegremente los ojos, mientras se peleaban, gritaban y se reían.

Sus juegos les llevaban incluso a la acera y tuve que dar un rodeo en torno a ellos, mientras me sonreían sin interrumpirse. No pudieron darse cuenta de que sus rostros felices, sucios pero sin miedo, me dieron el valor necesario para afrontar la nueva experiencia que me esperaba.

Pronto localicé un estrecho pasaje a cuya entrada se leían estas palabras:

«Greenslade Secondary School,
A. Florian. Headmaster.»^[1]

Este pasaje daba a un patio exterior con pavimento de macadán, a lo largo de uno de cuyos lados había una dependencia pintada de verde, sobre cuya puerta se leía: «*Muchachos*». De ella salió un chico de cabello negro y rostro de diablejo. Vestía esos pantalones ajustados que llaman *blue-jeans* y una camisa abierta, sin mangas, que en tiempos había sido blanca. Al verme, intentó ocultar una colilla que tenía sujeta entre el dedo índice y el pulgar de la mano derecha.

—¿Busca usted a alguien? —su voz *cockney*^[2] era estridente y cómica.

—¿Busca a alguien, jefe? —repitió desenfadadamente. Tenía ya la mano derecha dentro de un bolsillo de los pantalones, aunque un hilillo delatador de humo azul le subía por su escuálido antebrazo.

—¿Dónde puedo ver al señor Florian, el director de la escuela?

Me costaba trabajo disimular lo que me divertía su mal oculto cigarrillo.

—Derecho por esas escaleras —y con un gesto natural, el chico señaló, con su colilla, hacia la puerta entreabierta que había al fondo del patio. Le di las gracias y fui hacia allá.

La escalera terminaba frente a una puerta verde, en la cual se hallaba un tarjetón blanco donde decía:

«Alex. Florian. Director de la Escuela. Por favor, llamen y entren».

Llamé con los nudillos, pues no había timbre, y vacilé, pero una voz algo impaciente me dijo:

—Entre; está abierto.

Ante una gran mesa-despacho estaba sentado un individuo pequeño, cuya gran cabeza lucía una buena cabellera blanca cuidadosamente peinada con fijador. Su rostro estaba tostado por el sol o quizá fuera su piel cetrina; tenía pómulos salientes y el aspecto general de la cara sorprendía por lo tersa, como si la juventud que había huido de sus cabellos se hubiera refugiado de un modo permanente en su nariz aguileña y en su boca de labios gruesos y sensuales. Sus ojos castaños eran grandes y algo prominentes y parecían llenos de asombro como si estuvieran a punto de hacer

algún nuevo y emocionante descubrimiento.

Me acerqué a la mesa y él se levantó para saludarme, pero con ello apenas aumentó su estatura y noté que era un poco cargado de espaldas, casi jorobado. Vestía con pulcritud, casi con excesivo esmero y tanto en su persona como en la habitación, había un orden y una limpieza muy agradables, que contrastaban mucho con lo que yo acababa de ver por fuera. Me tendió su mano pálida y de fuertes dedos y dijo sonriente:

—Supongo que será usted Braithwaite. Le esperábamos. Siéntese.

Más adelante pude comprobar que ese plural era típico del director. Se consideraba tan sólo uno de los miembros de un equipo dedicado a una tarea importante y necesaria, sólo el portavoz y representante oficial de ese equipo y por ello no quería ponerse en primer término. Le estreché la mano y me senté en la silla que me indicaba, tranquilizado y contento por la sincera cordialidad de su saludo. Abrió una caja que tenía encima de la mesa y me ofreció un cigarrillo. Él cogió otro y, cuando ambos los hubimos encendido, se echó hacia atrás en su sillón y dijo:

—Espero que haya encontrado usted sin dificultad este sitio; estamos un poco a trasmano en este rincón de la selva y mucha gente las pasa moradas para localizarnos.

—No me ha sido difícil; gracias. Seguí las indicaciones, bastante detalladas, que me dieron en las Oficinas del Distrito.

—Bien. Nos alegramos de contar con usted. Confío en que cuando nos haya usted visto más de cerca, siga tan dispuesto a quedarse con nosotros.

—No lo dudo, señor —me apresuré a tranquilizarle.

Sonrió ante mi buena voluntad y dijo:

—De todos modos, creo conveniente que se dé usted una vuelta por la escuela y luego charlaremos. Quise hacer las cosas de un modo diferente a lo habitual y a muchos maestros les ha parecido nuestro sistema..., ¿cómo lo diríamos?... , poco tranquilizador. Recórralo todo con plena libertad y si luego decide usted quedarse con nosotros, hablaremos de ello después del almuerzo.

Se levantó y me acompañó hasta la puerta. Sus ojos destellaban como los de un malicioso duendecillo. Salí y él cerró la puerta detrás de mí.

Capítulo 2

Del despacho del director, un corto tramo de escalera bajaba a un estrecho corredor entre el auditorium de un lado y varias clases al otro. Me detuve un momento ante una de estas clases, sin saber por dónde empezar, cuando se abrió bruscamente la puerta hacia fuera y una muchacha alta y pelirroja salió disparada al corredor perseguida de cerca por otras dos. En tan reducido espacio me veía totalmente incapaz de eludir el choque, así que me apresuré a sujetarla por los brazos, tanto para evitar que chocase conmigo como para cortar su insensata carrera. Sólo tardó unos instantes en soltarse, me sonrió descaradamente y, con un rápido «lo siento», reanudó su veloz huida por el corredor hasta perderse de vista. Sus compañeras se habían detenido al verme y luego volvieron a entrar a toda prisa en el aula dejando que la puerta se cerrara sola.

Me dejó estupefacto este inesperado encuentro y permanecí unos momentos inmóvil donde estaba sin saber qué hacer. Luego, decidido a observar detenidamente lo que sucedía en aquella clase, llamé a la puerta con los nudillos, la abrí y entré. Había allí un gran bullicio y durante un rato nadie pareció darse cuenta de mi entrada. Luego, paulatinamente, fueron mirándome uno a uno ellos y ellas.

Nadie había en esta clase que pareciera un profesor. Ocupaban el aula unos cuarenta chicos y chicas. Quizá sería más exacto llamarlos «jóvenes», pues la mayoría de ellos daban una completa sensación de hallarse en la edad adulta, no sólo por su evidente desarrollo físico, sino también por su manera de vestir, en la que se notaba la decidida intención de acentuar lo más posible ese desarrollo. Adoptaban las actitudes más descuidadas; algunos se apiñaban frente a una gran chimenea vacía en una esquina; otros estaban sentados encima de los pupitres o en las sillas con un abandono que en nada recordaba la disciplina escolar. Casi todos llevaban una especie de uniforme por completo ajeno a lo oficial. Las muchachas, orgullosas de sus erguidos senos y eficientes sostenes, llevaban suéters demasiado ceñidos y faldas demasiado largas y estrechas, y zapatos planos. Rendían tributo a sus estrellas favoritas con una gran variedad de peinados. El aspecto de todas ellas era un poco desaseado y desaliñado, como si prestaran poca atención a lavarse tanto ellas como su ropa interior, aunque seguramente la usaban a la última moda. Los muchachos vestían pantalones *blue-jeans* y jerseys de manga corta o camisas a cuadros de cuello abierto.

Una chica corpulenta, de cara redonda, se apartó del grupo de la chimenea y se acercó a mí:

—Si busca usted al señor Hackman, no está aquí, sino en la sala de profesores. Nos dijo que cuando estuviéramos dispuestos a portarnos bien, fuera uno de nosotros a avisarlo.

Los varios grupos empezaron a disolverse para rodear a esta espontánea portavoz,

y me vi sometido al atrevido escrutinio de todos ellos. Pensé: «¡Dios, vaya gente!». De pronto, empezaron todos ellos a hablar a la vez, como si alguien hubiera echado una moneda en algún sitio que pusiera en marcha sus preguntas:

—¿Es usted el nuevo maestro?

—¿Sustituye usted al viejo Hack?

—¿Es verdad que se marcha Hackman?

Respondiendo sólo a lo primero que me dijo aquella muchacha, dije: —Pues creo que iré a la sala de profesores— y me marché rápidamente de la clase. Este primer encuentro me produjo una desagradable impresión. Mi idea de lo que era enseñar en una escuela estaba formada por filas de pupitres muy bien alineados, y unos niños limpios, de buenos modales y siempre obedientes. En cambio, la clase que acababa yo de dejar parecía un parque zoológico. ¿Qué individuo sería ese Hackman para soportar semejante conducta? ¿O acaso era lo habitual allí? ¿Tendría yo también que aceptarlo?

Con estos inquietantes pensamientos, seguí corredor adelante hacia unas puertas dobles que me parecieron hallarse en dirección de la sala de profesores. Cuando estaba ya muy cerca de ellas, las abrió la pelirroja de antes que regresaba con la misma precipitación a la clase de la que había salido corriendo. Volví la cabeza para ver alejarse a la chica, cuyo cabello rojizo recogido en cola de caballo se sacudía con los pasos vigorosos al ritmo del balanceo de caderas. Las misteriosas alusiones del señor Florian empezaban a tener pleno sentido: una cosa era imaginar y otra muy distinta ver de cerca la realidad. Desde luego, en esta escuela era todo muy diferente de lo habitual.

La sala de profesores se encontraba al fondo del corredor. Había que subir unos escalones. La puerta estaba abierta. Hundido en un sillón, con la cabeza apoyada en sus dedos entrelazados, se hallaba un hombre joven corpulento, peludo y de aspecto cadavérico, vestido con unos pantalones de franela gris, con bolsones, y una chaqueta muy usada, cuyos codos y puños estaban protegidos por parches de cuero. Su camisa marrón y su corbata amarilla de nudo grande, de nada servían para atenuarle ese aire de desaliño general. Cuando entré, me miró y dijo:

—Ah, otro cordero para el matadero. ¿O diremos más bien una oveja negra?

Contento de su propio ingenio, se sonrió abiertamente, con lo cual exhibió unos dientes grandes, desiguales y amarillentos.

Siempre he sido hombre de ira rápida y explosiva, pero durante años he hecho un decidido esfuerzo para controlar esos arranques. Por eso pude quedarme contemplando con calma aparente a aquel tipo, como si estuviera dispuesto a reírme yo el primero de los chistes que se hicieran a mi costa.

—Me llamo Braithwaite. Soy de la Oficina del Distrito.

—Así que es usted el nuevo maestro —me dijo—. Espero que tenga mejor suerte con esos hijos de mala madre de la que tuvo Hackman.

—Creí que era usted Hackman porque una de las chicas me dijo que esperaba

aquí ese señor hasta que alguno de ellos lo llamara.

—En efecto, aquí estuvo unos diez segundos, pero de pronto se puso hecho un valiente y se marchó a presentarle sus quejas al jefe del Distrito. Por lo menos, eso supongo —añadió con una mueca.

—¿Y quién se va a ocupar ahora de su clase? —quise saber.

Contuvo una risotada:

—No hace falta ser un profeta para saber que será usted quien se encargue de esa gente.

Mientras yo digería esa aterradora noticia, se levantó y salió de la habitación.

Durante un rato, permanecí allí parado mirando a la puerta. Todo esto era muy distinto de cuanto yo había imaginado y, desde luego, nada tranquilizador. Pero no tenía intención de asustarme tan pronto y abandonar, por miedo, el campo de batalla. Aquel tipo con su aire de estudiada indiferencia y su charla despectiva era sin duda un *poseur*, aunque quizá ganase cuando se le conociera mejor. Nada perdía yo con esperar y no perder tan pronto la esperanza.

Se abrió una puerta y entró una mujer alta y rubia vestida con un guardapolvo blanco muy ajustado que lograba realzar su ya muy atractiva figura. Daban originalidad a su cara dos grandes y claros ojos grises y una boca muy bien formada que negaba la severidad del tieso moño que llevaba en la nuca. Sonrió y se acercó a mí con la mano tendida.

—Ah, hola. Supongo que es usted el nuevo maestro.

—Sí; me llamo Braithwaite.

—Y yo soy Dale-Evans, la señora Grace Dale-Evans. El guión es muy importante, sobre todo cuando lo empleo para impresionar a mi tendero a mediados de mes. —Su voz era baja y agradable—. ¿Ha visto usted al Viejo?

—¿Al señor Florian? Sí, lo he visto; y me propuso que diese una vuelta por todo esto para hacerme una idea de lo que pasaba aquí.

—¿Ha visto usted ya a algunos de los chicos?

—Sí, pero sólo unos momentos. Me asomé a la clase del señor Hackman cuando venía hacia acá.

—¿Ah, sí? Están un poco crudos, ¿no cree usted? Les enseño Ciencia Doméstica, que por cierto no es muy científica, pero por lo menos sirve para domesticarlos.

Mientras hablaba estaba muy atareada recogiendo las tazas que había en la repisa de la chimenea, en el suelo y en el alféizar de la ventana y las iba colocando en el pequeño fregadero que ocupaba un pequeño rincón de la sala. Un calentador Ascot proporcionaba el agua caliente para fregar tazas y platos y las cucharillas. Empezó esa tarea sin dejar de hablar. Su voz se mezclaba con el ruido de la loza.

—Algunos profesores son tan malos como los chicos: dejan sus tazas donde se sientan. Ah, perdone, no le he dicho que se siente.

Me senté y estuve contemplando sus diestros movimientos con el estropajo y luego con el paño de secar.

—¿Hace tiempo que se dedica usted a la enseñanza?

—Pues, no. En realidad, éste es mi primer destino.

—Ajá —hizo una mueca—. Conmigo no necesita usted ser tan intelectual. Aquí los llamamos empleos, no destinos. —Y se rió de un modo muy agradable, con una risa tranquila que contrastaba con la crispación, en *staccato*, de su charla.

—¿Ha estado en el ejército?

—Sí. He sido aviador en la R.A.F. ¿Por qué?

—Pues... sólo por saber algo de usted. ¿Se queda a almorzar?

—No había pensado en ello, pero si es lo que se acostumbra, me quedaré.

—Muy bien. Iré a decírselo a la secretaria de la Escuela. Ella se encargará de todo. Siga usted aquí si está a gusto y así podrá hablar con los demás en el recreo. Ya va a ser la hora. Luego volveré. —Salió y cerró la puerta rápidamente.

Eché una ojeada a la habitación. Era pequeña y desordenada, con montones de libros por todas partes. Ocupaban una de las paredes estanterías atestadas con una mezcla de artículos: balones de fútbol y baloncesto, raquetas y pelotas de ping-pong, zapatos de lona, guantes de boxeo y paquetes atados con cuerdas, de pantalones para gimnasia. Dentro de la chimenea vacía y ante ella había muchas colillas partidas, unas con rojo de labios y otras sin él. Abrigos, paraguas y sacos de mano festoneaban una pared. Siete u ocho sillones, dos sillas de madera y una gran mesa situada en el centro completaban el mobiliario. Se respiraba un desagradable olor a tabaco rancio, y una mezcla de olores corporales, de manera que abrí las dos ventanas que daban a los destripados restos de una iglesia que había sido bombardeada, entre lápidas partidas y medio cubiertas de mala hierba y cascotes. Una mohosa verja de hierro separaba a este pacífico caos de un pequeño parque muy bien cuidado, con sus bonitos arriates y en el que producían una sensación de reposo unos grandes árboles de varias clases que se hallaban entonces con todo su follaje espeso; pero se notaba que también este pequeño parque había formado parte en tiempos del cementerio de la iglesia por las filas de lápidas verticales dispuestas con precisión militar a lo largo de un muro del parque dominando los reducidos trozos de césped y macizos de flores bajo los cuales yacían en paz huesos olvidados desde hacía mucho tiempo. Un alto muro de ladrillos separaba del cementerio la escuela.

Salí de la sala de profesores, pasé al piso bajo, por una arcada, al patio de macadán. El suelo estaba casi cubierto con bolsas de papel estrujadas, pieles de manzana, envoltorios de caramelos y chokolatinas y pedazos de periódicos. Este patio-campo de juego se extendía por tres lados de la escuela y tenía una anchura de unos seis a ocho metros. El alto muro que lo rodeaba se unía al del cementerio en ángulo recto y separaba el espacio de la escuela, del patio de un ropavejero por un lado, y de una empresa de contratistas por el otro, y también de los sucios patios de una larga fila de ruinosas casas, dedicadas a pensiones que —con la excepción de dos estrechas callejuelas—, cerraban por completo la fachada de la escuela aislándola de la bulliciosa calle. Aunque la mañana era soleada y brillante, el patio se hallaba en

parte sumido en una densa sombra y el ambiente de todo aquel lugar era deprimente, como el de una cárcel. La escuela surgía del patio con su sólida y vulgar estructura, más bien sucia y no más alta que sus vecinas. Sus dos puertas de entrada principal, una frente a cada callejuela, estaban pintadas de un verde oscuro y desagradable, lo mismo que los lavabos de los chicos y de las chicas, instalados con su forma achatada, en opuestos rincones del patio y que parecían hacerse lo más pequeños posible, lo mismo que los enormes cubos de la basura, como si tuvieran conciencia de estar usurpando un precioso espacio del terreno de juego.

Mi depresión se hizo aún más intensa y pensé lo muy diferente que era todo esto de los días escolares de mi infancia en la cálida y soleada Georgetown. Allí, en el gran edificio de madera destinado a escuela, con mucha luz y frescor, rodeado por amplio césped cubierto por la sombra de los árboles, había correteado yo con mis discípulos, vigoroso y contento, pasando unos días espléndidos con el entusiasmo por aprender, produciéndome cada nueva cosita que aprendía, la alegría de una aventura que a la vez era fuente de satisfacción para mis padres, los cuales, como es natural, seguían con el mayor interés mi educación. ¿Qué impresión les causaría a estos niños del Este de Londres pasarse día tras día en aquel lugar de aire tan tétrico? ¿Sentían el mismo entusiasmo por la escuela que yo cuando era niño?

El tintineo de una campanilla interrumpió mis pensamientos y, poco después, oí ruidos de portazos, pies que se apresuraban, botellas de leche que entrechocaban, charlas y risas de los chicos que salían disparados de sus clases para el recreo de la mañana. Me apresuré a entrar de nuevo en el edificio y subir a la sala de profesores, pero a la mitad del camino de la sombría escalera tuve que pegarme a una pared para dejar pasar el alud de niños que bajaban al patio alborotadamente. Pasaban junto a mí y me gritaban con la misma desconsideración con que se trataban unos a otros.

Cuando por fin llegué a la sala de profesores, la señora Dale-Evans estaba preparando el té. Al sentirme entrar, me miró y me dijo:

—¡Ah, hola! El té estará listo en un momento. Los demás llegarán en seguida y entonces podré presentarle a usted los compañeros.

Me acerqué a una ventana y me entretuve mirando la destrozada iglesia y las innumerables palomas que entraban y salían de la cúpula derruida.

Uno tras otro, los maestros fueron llegando y pronto estuvieron todos sentados por la habitación, sin orden ni concierto, bebiendo el té y charlando sobre sus actividades de aquella semana. Al verme, murmuraban un saludo y, cuando ya estuvieron todos reunidos, fui presentado a cada uno de ellos por turno. Conforme pasábamos de uno a otro, la señora Dale-Evans hacía en voz casi alta unos comentarios sobre cada uno de ellos que me sorprendían y azoraban.

La señorita Josy Dawes (Josy era la abreviatura de Josephine), la primera a la que fui presentado, era una joven bajita y fuerte cuyo vulgar rostro nada ganaba con el maquillaje y que tenía su cabello negro muy corto, con lo cual era aún mayor su aspecto masculino. Llevaba una camisa de hombre, con mangas cortas y cuello

abierto dentro de la cual reclamaban vivamente la atención sus prominentes pechos; una falda de corte severo en gruesa franela gris, calcetines cortos y unos fuertes zapatos de tacón bajo. Su voz, al saludarme, era profunda, resonante y muy agradable.

Luego le tocó el turno a la señorita Euphemia Phillips, muy joven y de aspecto ratonil. Su carita redonda hacía pensar en una muchacha sin madurar, y en sus grandes ojos grises asomaba una mezcla de desamparo y expectación. Su vestido de lana, que resultaba bastante alegre, subrayaba la inmadurez de su leve figura.

«¡Dios mío!», pensé, «¿cómo es posible que una persona como ésta pueda desenvolverse en una escuela semejante?». Las alumnas que yo había visto eran más altas y corpulentas que ella, con mucha diferencia.

Cuando nos acercamos a Theo Weston, sonrió con la mejor voluntad, aunque era difícil descubrirlo debajo de su enmarañada barba de color pimienta.

—¡Y pensar que es tan fácil para ustedes afeitarse cuando quieren! —me murmuró la señora Dale-Evans al oído.

—Ya tuve el placer de darle la bienvenida al señor Braithwaite a nuestro *ménage* —dijo Weston; su voz era sorprendentemente chillona—. Me tomó por Hackman.

—A propósito —preguntó alguien—, ¿dónde está ese querido muchacho?

—Se escapó —replicó Weston—. Huyó. Voló. No creo que se haya entretenido lo suficiente para despedirse del Viejo.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Tuve un rato libre esta mañana —prosiguió Weston— y poco después de las diez se presentó Hackman aquí, furibundo, cogió su abrigo y el diario que yo estaba leyendo y se marchó. Me atrevería a apostar que nunca volveremos a ver a nuestro amadísimo colega.

—Bueno —la señora Dale-Evans se encogió de hombros—; unos vienen y otros se van. Sigamos con las presentaciones.

Me tomó del brazo y me llevó a donde estaba sentada la señora Drew, una matrona de cabello blanco, elegante desde su bien cuidada cabeza hasta sus pies, perfectamente calzados. Parecía tan sólida y resistente como el Peñón de Gibraltar.

—Una de las mejores. Es la ayudante del Viejo —murmuró la señora Dale-Evans.

Pasamos entonces a la señorita Vivienne Clintridge, que enseñaba arte y teatro y era una morena regordeta, bien formada, de unos treinta años. De ella se desprendía un cierto encanto animal. Cuando nos estrechamos la mano, me asombró verme reflejado en sus grandes y sonrientes ojos castaños. Al saludar, su voz sonaba a campanillas de plata y le producía a uno la impresión de una inmediata aceptación y amistad.

—Clinty es una excelente artista, pero tiene que dedicarse a la enseñanza para ganarse el pan y la mantequilla.

Me pregunté si alguien habría oído estos comentarios de la señora Dale-Evans dirigidos a mí. La última en ser presentada fue la señorita Gillian Blanchard. Como es

sabido, cada persona tiene su idea de la belleza. Hace muchos años visité la isla caribe de Martinica y vi allí las que aún creo que son las mujeres más hermosas del mundo: criaturas altas, cimbreantes y graciosas, con cabello negrísimo, suave y ondulado, y la piel de color de la miel. Pues bien, Gillian Blanchard poseía esa clase de belleza: alta, con el cabello cortado en forma de casco, una figura de atractivas curvas y una indudable elegancia natural. Su piel tenía ese tono oliváceo que revela una ascendencia judía o italiana, ojos oscuros, casi negros en lo profundo. Adorable.

—Es nueva aquí —comentó en voz baja la señora Dale-Evans—. Llegó el miércoles pasado.

Terminadas todas las presentaciones, me quedé junto a la ventana, cerca del pequeño fregadero y escuché el runrún de la charla dedicada principalmente a asuntos de las clases. La señorita Clintridge se inclinó sobre la chimenea y estuvo contando en voz bastante alta los artísticos esfuerzos de sus discípulos, salpicando sus comentarios con alguna divertida interpretación freudiana. Las señoritas Dawes y Philips estaban sentadas en un rincón, algo apartadas del grupo de la chimenea y charlaban seriamente en voz baja. La señora Drew se me acercó. En sus dedos largos y manicurados sostenía un cigarrillo con un gesto distinguido.

—Espero que se quede usted con nosotros, señor Braithwaite.

La miré amablemente y le sonreí sin responderle. Ella continuó:

—Han pasado por aquí varios maestros durante el último año y ninguno ha durado más de un trimestre o así. Mal asunto para los chicos, sobre todo para los de más edad, pues necesitan hombres que los manejen con firmeza.

En ese momento, la señorita Clintridge se apartó del grupo en que estaba y vino con nosotros.

—¿He oído la palabra «hombres»? —preguntó con un gesto malicioso, mientras se sentaba en el borde del fregadero.

—Le decía al señor Braithwaite lo escasos que andamos de buenos maestros en esta escuela. Ahora que el señor Hackman se ha marchado, se pondrían las cosas muy difíciles si no viniera otro en su puesto.

La señorita Clintridge protestó:

—Yo no emplearía las palabras «buenos maestros» y «Hackman» como si se tratara de cosas semejantes. De todos modos, no saben ustedes lo que dicen cuando hablan de dificultades. Si a este colega le interesa, le contaré una buena historia de mala suerte. —Se reía del modo más agradable y amistoso.

—Un poco de seriedad, Clinty. —La señora Drew sonreía a pesar de sus intentos de permanecer seria—. Se trata de animarle para que se quede y no de asustarle para que salga huyendo.

—Pero, mujer, ¿por qué no me lo has dicho? Cuando me lo propongo puedo estimular al más desanimado —y unió la acción a las palabras con un gesto de lo más estimulante. Al verla fruncir los labios y arquear las cejas cómicamente, no pude reprimir la risa, a pesar de mi propósito de mantenerme reservado.

—Se quedará usted, ¿verdad? —dijo, ya más seria, la señorita Clintridge.

—Creo que me gustaría —respondí sin mucho entusiasmo y divertido en el fondo por estas preguntas, ya que en aquel momento me atraía tanto aceptar este nombramiento que ni siquiera se me hubiese ocurrido la idea de rechazarlo. Pero aquellas colegas, sin duda alguna, encontraban natural que yo vacilase y me parecía lo más prudente seguirles la corriente.

—Bueno. —Abandonó su precario asiento en el borde del fregadero, porque estaba sonando la campanilla que anunciaba el final del recreo—. Ahora las chicas mayores tendrán algo nuevo en qué pensar, mientras les dura la novedad. Por lo menos, así dejarán de fastidiarnos durante algún tiempo. —Le guiñó un ojo a la señora Drew y marchó a su clase, como hicieron todos los demás, excepto la señorita Blanchard, que estaba muy atareada apuntando las firmas de los libros que había en el suelo apilados, junto a su silla.

Después de la ruidosa charla de poco antes, quedó la habitación tan tranquila y silenciosa que se podía oír perfectamente el rasgar de su pluma y el ruido de las páginas al pasarlas. Al cabo de un rato se volvió hacia mí y me miró.

—¿No se sienta usted?

Me acerqué a ella y me senté en la silla que había a su lado.

—¿Es éste su primer destino? —su voz era baja, bien modulada, lo que podría llamarse una voz «morena». Había dicho «destino». Al hablarme, cerró el cuaderno en el que estaba tomando notas y lo dejó en lo alto de la pila de libros que tenía al lado. Se echó atrás en el respaldo de la silla. Tenía las manos ligeramente cruzadas sobre su regazo. Eran unas manos tranquilas, bien controladas.

—Sí. Pero ¿por qué dudan todos de que yo acepte este puesto? Parece preocuparles.

—No sé qué decirle. En realidad, sólo llevo aquí tres días. —Decididamente, era una voz morena: tono moreno de melaza, pan de maíz, níspero. Una voz preciosa.

—A mí me dijeron lo mismo —prosiguió—. Y ahora empiezo a comprender el porqué. En esta escuela hay algo raro, algo que a la vez es aterrador y desafiante. —Tenía yo la sensación de que la joven hablaba más para sí misma que para mí.

—Aquí no hay castigos corporales, ni de ninguna otra clase y a los niños se les anima para que se expresen con libertad. Pero, desgraciadamente, no se expresan con discreción y puede resultar bastante alarmante y embarazoso. Desde luego, no a todos los maestros les molestan las mismas cosas. Por ejemplo, a la señorita Clintridge y a la señora Dale-Evans no parece importarles mucho. Creo que las dos son londinenses del East End y no se alarman con facilidad al oír ciertas cosas.

—¿Son estos chicos difíciles de manejar?

No había acabado de preguntarlo cuando comprendí que era una pregunta absurda, pero quería que ella siguiera hablando, no tanto por la información que pudiera proporcionarme, como por el placer de escucharla.

—A mí me parecen muy difíciles, pero es que yo no tengo verdadera experiencia

de la enseñanza. Los encuentro terriblemente mayores y seguros de sí mismos. Lles «niños», parece una broma y creo que les tengo un poco de miedo. Los chicos no son malos, pero las muchachas tienen una manera de mirarme, como si me compadecieran, como si fueran mucho mayores y experimentadas que yo... Me parece que les interesan más mis vestidos y mi vida privada que cuanto yo pueda enseñarles. —Su voz vaciló y cerró los ojos. Sus largas pestañas formaron un precioso enrejado sobre su piel morena.

Se abrió la puerta y entró la señora Dale-Evans, que nos sonrió y empezó en seguida a afanarse en lo que sin duda era su tarea rutinaria: recoger las tazas y fregarlas.

—Tengo que preparar un baño para esa chica Murphy, de la clase de Clinty. Los chicos vuelven a quejarse y no quieren sentarse junto a ella. A algunas madres habría que fusilarlas. Esa chica apesta. Una pena.

Comprendí que esperaba algún comentario nuestro.

—Es terrible. Supongo que lleva la misma compresa higiénica durante varios días. Sólo tiene catorce años y es tan desvalida como un bebé. Ustedes, los hombres dedicados a la enseñanza, no saben lo afortunados que son. ¡Qué cosas tenemos que hacer nosotras por estas criaturas! —y levantó los ojos al cielo en muda súplica.

Terminado el fregado de tazas, platos y cucharillas se acercó a nosotros secándose las manos en una toalla.

—Si quiere usted, le enseñaré mis dominios.

Me levanté y, disculpándome con la señorita Blanchard, seguí a la señora Dale-Evans fuera de la sala de profesores.

La Sección de Ciencia Doméstica era una amplia sala bien equipada y situada en el último piso y sin duda enorgullecía a la señora Dale-Evans. Me fue mostrando los brillantes hornillos de gas, las relucientes ollas y sartenes, las filas de bien fregadas mesas, las máquinas de coser a pedal y las máquinas lavadoras, todo ello bien ordenado y con la apariencia de esperar una inspección como soldados de excelente disciplina. A lo largo de una pared había unas filas de cajones, donde guardaban los variados objetos al servicio del arte del ama de casa. Del techo colgaban una docena de cables eléctricos, forrados de goma, cada uno de los cuales terminaba en un enchufe protegido. En una pequeña alacena separada del resto de la habitación, había una cuna con una muñeca del tamaño de una niña recién nacida y, en una mesa próxima, cuidadosamente preparado, todo el equipo necesario para el cuidado del bebé. Mi acompañante tenía un comentario para todo lo que me iba mostrando y, al llegar ante la cuna, dijo:

—Algunas de ellas saben más que yo de esto. Son una pandilla de madrecitas. Lo toman a broma.

Mientras hablábamos, llegó un grupo de chicas para la lección de cocina. Tenían que lavarse las manos en el fregadero concienzudamente y después de esta operación se colocaron tranquilamente detrás de las mesas, mientras la señora Dale-Evans les

explicaba la sencilla receta que debían seguir.

Permanecí junto a ella y me maravilló el alto nivel de orden y limpieza que era capaz de conseguir de las niñas. Si podía lograr esta perfección sin recurrir a castigos corporales, yo también me creía capaz de ello. Esta mujer, con sus sanos consejos y su experiencia, era para estas muchachas tanto una maestra como una madre. Pero comprendí que si se presentaba la ocasión, también podía ser muy dura con ellas.

Capítulo 3

El comedor-gimnasio se extendía por casi todo el piso bajo. Entramos y nos sentamos a una mesa algo apartada de las filas de mesas plegadas ocupadas por los niños. Cuando todos estuvieron reunidos, el señor Florian dijo la oración: «Que el Señor nos haga verdaderamente agradecidos por lo que vamos a recibir». El coreado amén que siguió, se perdió en la barahúnda de ruidos de cubiertos, parloteos de los niños, choques de ollas y sartenes, mientras el personal de la cocina llenaba y volvía a llenar las soperas.

Los niños estaban sentados en grupos de ocho y dos de ellos eran por turno los responsables de la distribución del alimento en su grupo. Tanto los chicos como las chicas se turnaban en esa tarea y demostraban poseer una notable habilidad para hacer raciones iguales. Era un trabajo rápido. Al terminar cada plato los que estaban de servicio apilaban la vajilla, recogían los cubiertos y los llevaban a toda prisa al personal de la cocina. Al final de la comida sacudían y doblaban los manteles, y todos los grupos quedaban tranquilamente en espera de la señal para marcharse.

Cuando terminamos todos en nuestra mesa, se puso en pie el señor Florian e inmediatamente se produjo un gran revuelo en todo el comedor. Hizo una señal y los niños se levantaron. Grupo tras grupo, abandonaron tranquilamente el comedor. Seguí a mis colegas a la sala de profesores donde la señora Dale-Evans se puso en seguida a prepararnos una taza de té.

Permanecí junto a la ventana contemplando la iglesia en ruinas, hasta que el fuerte ruido de una música de *swing*, muy próxima a mí, me sobresaltó y me hizo volverme bruscamente. Al notar mi intrigado gesto, me dijo la señorita Clintridge:

—Ésta es la sesión de baile del mediodía. Se permite a los chicos que usen el vestíbulo desde la una a la una y cuarenta y cinco todos los días. Ponen discos en un *pick-up* utilizando el altavoz de la radio. A veces, voy con ellos, y también Grace. Incluso el Viejo da unos brincos de vez en cuando.

—Tenga usted en cuenta, querido recién llegado, que esas palabras son tan sólo un pálido reflejo de la realidad. —La voz de Weston era tan aguda y estridente como desaliñada era su persona—. Es usted muy injusta, Clinty, al hacer que nuestro moreno amigo se forme una idea equivocada de lo que sucede si juzga por su inocente explicación. Bastará con que eche una ojeada a esos violentos atrasados mentales para que se convenza de que no bailan por amor a la danza. —Lentamente, se fue levantando Weston de su silla y se reclinó con violencia en la chimenea. Todos lo contemplaban—. Son unos chicos muy listos. El baile les sirve de entrenamiento para dominar luego su deporte favorito: la caza del maestro, que eso sí que les gusta. Con la música y el bailoteo se mantienen excitados para lanzarse sobre la presa en el momento oportuno. Por cierto, que hoy han puesto la música más fuerte que de

costumbre y sin duda es para celebrar la abdicación de nuestro «difunto», cuya desaparición, sin embargo, no podemos lamentar.

—Es usted imposible, Weston —dijo la señorita Clintridge.

—No le haga usted caso a Weston —me advirtió la señora Drew, con su calma habitual—. Si no coloca su chistecito, no es feliz.

Weston sonrió beatíficamente y dijo:

—Está bien. Sea como sea, nuestro refinado amigo acabará enterándose de todo por sí mismo. Esperemos que le vayan mejor las cosas que a alguno de sus antecesores.

—¿Por qué se empeña usted en desanimar a la gente, Weston? —le reprochó la señora Dale-Evans.

Weston elevó sus brazos al cielo con una cómica solemnidad:

—Querida Grace, es usted injusta conmigo. Lo que menos quisiera en este mundo es desanimar a nuestro nuevo colega. Después de todo, a ninguno de nosotros nos gustaría tenernos que enfrentar con esa turba de... espíritus burlones, ¿verdad?

—No sé si pondrán un anuncio para cubrir la vacante de Hackman —interrumpió la señora Drew. Y esta observación hizo que todos se enfrascasen en una animada charla. Recordé que me esperaba el director en su despacho y me dirigí hacia la puerta. La señorita Blanchard llegó a ella antes que yo y juntos salimos al estruendoso pasillo.

—Un tipo muy raro, ¿no le parece? —Incluso ahogada por la chirriante trompeta del disco, la voz de la señorita Blanchard resultaba cálida y agradable.

—¿Se refiere usted a Weston?

—A él y a algún otro. Creo que le hubiese abofeteado si se hubiera atrevido a hablarme así. —Lo decía con una seguridad en sí misma que no le permitía a uno dudar de que, efectivamente, lo hubiera hecho—. Espero que no le haya asustado a usted.

Me volví para mirarla, pero nada pude descubrir en su mirada franca e impersonal. De todos modos, me sentí un poco irritado por sus palabras.

Al entrar en el auditorium, recibí en el rostro una oleada de ruido como si me hubiera metido en un mar de cacofonía. Cuatro parejas y unos veinte pares de muchachas se movían alocadamente siguiendo a su manera la música de un inspirado solo de trompeta. Con caras tensas e inexpresivas, las bocas entreabiertas y las faldas revoloteantes, giraban y se contorsionaban al ritmo intrincado del baile. Lo hacían con una facilidad que revelaba una larga y frecuente práctica. Unos chicos estaban sentados en unos bancos largos y bajos, sin respaldo, colocados a lo largo de la pared y contemplaban a las bailarinas mientras hablaban en voz baja. De vez en cuando señalaban descaradamente las piernas, que la agitación del baile dejaba muy al descubierto y que ellos abarcaban muy bien desde su posición en los bancos bajos. Noté que las bailarinas se daban perfecta cuenta de ello y rivalizaban entre ellas para mejorar la marca.

Contra la insinuante pulsación de los tambores, la trompeta incitaba a la danza e incluso los observadores del bajo nivel seguían el ritmo con los hombros y caderas, batiendo palmas suavemente. Yo mismo sentía invadirme un deseo de moverme al compás de la música.

—Lo hacen muy bien, ¿verdad? —me dijo al oído la señorita Blanchard—. Me gustaría saber bailar así.

—¿No quiere usted intentarlo? —le pregunté.

—¿Cómo? ¿Aquí?

En el tono de su voz había sorpresa y un cierto disgusto, así que me volví de nuevo hacia las bailarinas que se habían soltado, mientras hablaban cambiando el disco. Una de ellas se apartó de su grupo y se acercó a nosotros. Era la pelirroja que se había tropezado conmigo aquella misma mañana. Había algo inquietante en su bien formada figura, en su piel clara y en la actitud desenvuelta que adoptó, con las piernas abiertas, cuando se detuvo ante nosotros y me preguntó:

—¿Sabe usted bailar?

No estaba preparado para aquella proposición y, atropelladamente, aunque creo que con cierta cortesía, me disculpé. La muchacha me miró fríamente, luego dio una rápida pirueta y se marchó a reunirse de nuevo con sus amigos. Su clara risa la seguía como una estela, mientras empezaba la música del nuevo disco.

La señorita Blanchard debía de haberse ido cuando la chica se acercó a mí y en cuanto me di cuenta de su desaparición, me abrí paso por entre las parejas, turbado al ver que tendría que habérmelas, no con unos «niños», aunque los llamásemos así, sino con unos individuos casi adultos.

El señor Florian estaba sentado en su despacho y jugueteaba con un pequeño objeto. Cuando me senté, me tendió lo que tenía en la mano para que lo examinase. Era una estatuilla desnuda muy fea, de barro cocido y pintada de verde.

—Terrible, ¿verdad? La adquirí en Austria hace algún tiempo. Por más que lo intento, no puedo romperla. —Con un suspiro, colocó cuidadosamente sobre la mesa el antiestético desnudo.

—Bueno, ¿qué ha decidido usted? —me preguntó, mirándome a los ojos amablemente.

—Lo intentaré —respondí procurando moderar mi entusiasmo.

—Bien. Entonces, trataré de situarle a usted en nuestra realidad.

Y con la mayor economía posible de palabras, me explicó cuál era su sistema.

—Es posible que haya usted oído contar cosas sobre esta escuela, Braithwaite. Siempre están hablando de nosotros, pero, desgraciadamente, casi todo lo que dicen se basa en informes falsos de personas intolerantes, incapaces de comprender lo que tratamos de hacer aquí. La mayoría de los niños de esta escuela pueden ser considerados como «difíciles», probablemente porque en las escuelas de primera enseñanza se han acostumbrado a no respetar la autoridad. No interesa saber si esa

autoridad es o no eficaz. Pero se basa casi exclusivamente en el miedo a los palos o a cualquier otra clase de castigo. Y en el caso de estos niños ha fracasado. En nuestra escuela creemos que los niños son simplemente hombres y mujeres en una etapa de su desarrollo; y que ese desarrollo, en todos sus aspectos, no puede ser forzado ni sometido al arbitrario capricho de cualquier individuo que por un mero accidente de la fortuna se halla en situación de ejercer una cierta autoridad sobre ellos. Los niños de esta zona han estado siempre mal alimentados, mal vestidos y mal alojados. Por la naturaleza misma del medio en que se desarrollan, están sometidos a varias presiones y tensiones muy apropiadas para obstaculizar su crecimiento espiritual, moral y físico. Nuestra aspiración es llegar a comprender algo de esas presiones y tensiones y, al comprender, poder así ayudarlos.

»En primer lugar hemos de tener muy en cuenta que los ingresos de la mayoría de esas familias es por completo insuficiente para poderse permitir el mínimo de alimento, calor y sana vivienda que se necesita para conservar una buena salud. Algunos de estos niños vienen de hogares cuyo cabeza de familia está permanentemente sin trabajo o, en ciertos casos, desinteresado en absoluto por la posibilidad de encontrar trabajo. El resultado es que en esas casas las comidas son muy escasas e infrecuentes. Un niño que ha dormido toda la noche en una habitación de aire irrespirable, atestada de personas y que luego se desayuna con una taza de té y un pedazo de pan, ¿cómo vamos a esperar que muestre un vivo interés por las abstracciones matemáticas y las sutilezas gramaticales? ¿Cómo vamos a pretender que, en esas condiciones, se pueda sacar de ellos el deseo de aprender a fuerza de castigarlos o de amenazarlos con el castigo?

Mientras hablaba el señor Florian, estaba sucediendo algo dentro de mí. Había entrado en aquel despacho con la mejor disposición de ánimo hacia él y dispuesto a aceptar como excelente cualquier plan que me propusiera, pero su exposición de las dificultades que sufrían los niños, me iba irritando progresivamente. Pensaba en mi propia experiencia durante los dos años anteriores y no podía pasar por alto que los niños de que ahora me hablaban eran blancos; hambrientos o ahitos de comida, vestidos con andrajos o con elegantes trajes, eran blancos, y en lo que a mí se refería, ese solo hecho marcaba la separación entre los afortunados y los desposeídos. Deseaba aquel puesto con el mayor interés y estaba dispuesto a desempeñarlo lo mejor posible, pero ya estaba viendo que sería un *trabajo* tan sólo y no una tarea de amor.

—El segundo punto que debo tocar —prosiguió— es la conducta de estos chicos. No tardará usted en descubrir que la mayoría de ellos fuman, dicen palabrotas y, en general, se conducen desvergonzadamente. Hacemos cuanto podemos para disuadirlos de estas cosas sin recurrir a castigos, pues reconocemos que se trata de una consecuencia más del ambiente que domina en toda esta zona y que produce en ellos un sentimiento de inseguridad. En vez de quererlos enderezar por la fuerza, procuramos darles afecto, hacerles ver que confiamos en ellos, y orientarlos. Por ese

orden, exactamente: primero, afecto, luego, confianza en sí mismos; por último, guía, porque hemos llegado a la conclusión de que éstas, y por ese orden, son sus más inmediatas necesidades. Tengamos en cuenta que en esta escuela sólo pasan una parte de su día. En las demás horas pueden estar sometidos a las peores influencias. Basta una ojeada a nuestra vecindad para convencerse de que está infestada por lo más podrido de la sociedad: prostitutas, chulos, pervertidos...

Lo contemplaba fijamente, impresionado a pesar de mí mismo por su profunda y entusiasta preocupación por los niños y su innegable amor por ellos. Se me fue pasando la irritación, pero me quedaba la duda. Aquel hombre hablaba de ellos como si todos fueran niños desvalidos y débiles, descripción que en nada coincidía con lo que yo acababa de ver en el auditorium: jovencitos y muchachas enérgicos, llenos de vitalidad, de gesto torvo y con una maestría para el baile de última hora. Era evidente que el señor Florian se preocupaba mucho por el bienestar de sus escolares, pero ¿creía sinceramente todo lo que decía de ellos, o lo decía sólo por consideración a mi persona y al puesto que yo iba a ocupar? ¿No le soltaría a cada nuevo aspirante el mismo sermón? Sin embargo, me agradaba este hombre. Su integridad y su fervor le prestaban una estatura moral que compensaba la pequeñez de su estatura física. Su voz continuaba, incansable, profunda, intensa, con un cierto poder de sugestión...

—Dicen que aquí practicamos la disciplina libre. Eso es completamente falso. Deberían decir que estamos tratando, lo mejor que podemos, de establecer una libertad disciplinada, ese estado de ánimo en que el niño se siente libre para trabajar a gusto, jugar y expresarse sin que teman a aquéllos cuya misión es precisamente orientarlos y encauzar sus esfuerzos por canales constructivos. Tal como están las cosas, no podemos esperar de ellos un gran esfuerzo escolar propiamente dicho, pero podemos tomar ciertas medidas para conseguir que sus limitadas facultades sean explotadas al máximo. —Sonrió levemente, como si hubiese recordado algo—. Los estimulamos para que se expresen libremente, en cualesquiera circunstancias u ocasión. Al principio, esto puede dar como resultado alguna grosería, pero, a la larga, gracias a las influencias de los varios Comités y del Consejo de Estudiantes, esperamos conseguir una espontaneidad sin rudeza y una humildad libre de hipocresía. Intentamos hacerles ver cuál debe ser la relación entre ellos y su trabajo, preparándolos así para el día en que abandonen la escuela.

»En nuestra condición de maestros, podemos ayudarlos mucho si nos hacemos verdaderamente importantes para ellos; si adquirimos a sus ojos la suficiente importancia para que nuestra influencia pueda compensar, e incluso quizás extirpar en ellos el mal.

Se levantó y se acercó a la amplia y única ventana de la habitación. Desde ella se dominaba el cementerio de la derruida iglesia. Permaneció allí un rato en silencio, con las manos cruzadas a la espalda, y su leonina cabeza apoyada sobre el frío cristal. Por fin, se volvió hacia mí con una amable sonrisa.

—Ya está usted enterado de mis puntos de vista. Lamento no poderle ofrecer un

plan de estudios. Aquí no daría buen resultado. Desde el momento en que acepta usted enseñar aquí, ha de basarse en sus propias ideas. Todos nosotros, sus colegas, estaremos dispuestos a ayudarle si lo necesita, pero el buen éxito o el fracaso dependerán exclusivamente de lo que usted haga. Siempre que trabaje usted dentro de las líneas generales que le he trazado, no intervendré en su labor. Por desgracia, hemos tenido varios profesores que, aunque muy bien preparados profesionalmente, no estaban dotados en absoluto para este tipo de educación y como usted sabrá ya, los cambios demasiado frecuentes de profesorado obstaculizan grandemente el progreso escolar de los niños. Ya veremos qué tal se le da a usted. De todos modos, en nombre de la escuela y del cuadro de profesores, le doy la bienvenida. Se encargará usted de la clase principal y empezará mañana mismo. La señora Drew, mi ayudante, le dará cuanta información necesite. Me permito sugerirle que emplee la tarde en acostumbrarse un poco a nuestro edificio.

Me tendió ambas manos y me tomó mi derecha entre ellas, en un firme y cordial apretón.

—Recuerde que estos chicos son estupendos cuando llega uno a conocerlos y me parece que usted lo conseguirá. Buena suerte.

Volví a la sala de profesores. En cuanto entré, me miraron todos interrogativamente. La señora Dale-Evans cerró el periódico y me dijo:

—¿Qué, cómo ha ido eso?

—Me encargaré desde mañana de la clase del señor Hackman —respondí.

—Pues que el Señor se apiade de su pobre alma, compañero —salmodió Weston con cómica solemnidad.

—Afortunadas muchachas —gorjeó burlescamente la señorita Clintridge—. Cuando por fin llega un hombre a esta clase, lo acaparan para ellas solitas.

—No mires ahora, Clinty, pero se te está saliendo la *psyche* por todos lados —dijo Weston, sin mover los labios, o por lo menos así lo parecía a causa de su rojiza barba. Pero el humor *cockney* de Clinty no podía ser vencido por aquella barba.

—Siempre me sucede eso cuando hay delante algún hombre. —Y el tono con que dijo «hombre», era aplastante.

Cuando sonó la campanilla para la entrada en clase, se me acercó la señora Drew para decirme que me pondría al tanto de la rutina del registro, de la colecta del dinero para la comida, y demás obligaciones a que debería atender. Por tanto, pasé la tarde en su clase, observando y admirando la habilidad con que esta mujer mezclaba la firmeza con la paciencia y el orden con la bulliciosa actividad. Los alumnos se dedicaban, en pequeños grupos, a diferentes tareas, y de ello resultaba un constante zumbido de conversaciones que me fastidiaba. Le pregunté a la señora Drew si ella soportaba con facilidad aquel ruido y me dijo que no le importaba. Mientras estuviesen ocupados, a pesar del aparente caos, estarían aprendiendo y, a medida que fueran haciéndose mayores, comprenderían la necesidad de concentrarse en el trabajo.

Permanecí junto a ella hasta que terminó el día escolar.

En el camino de regreso hacia mi casa sentía una efervescencia espiritual que me impulsaba a gritar para desahogarme y lo hubiera hecho muy a gusto si no hubiese ido por la calle. La escuela, los niños, Weston, la calle tétrica e infestada de moscas a lo largo de la cual me apresuraba, nada de ello me podía quitar la maravillosa sensación de haber conseguido un empleo. Por fin, tenía una colocación y, aunque ésta prometía poner muy a prueba mis facultades, me ofrecía la oportunidad — estupenda palabra— de trabajar en términos de digna igualdad —yo, un negro—, en una profesión seria.

Ya era un maestro colocado. Desde luego, también era un maestro sin experiencia, pero eso podía ser incluso una ventaja. Aprendería; claro que aprendería. Nada me lo podría impedir. La señora Drew se las arreglaba muy bien, y la señora Dale-Evans, y la señorita Clintridge, de modo que yo, o acababa también dominando la situación, o reventaba. Cuatro años antes, ni siquiera lo habría creído posible. No me hice maestro por una vocación; la mía no fue una elección meditada y motivada por un interés hacia la humanidad juvenil ni hacia las excelencias de la educación planificada. No; sencillamente, fue una decisión a que me obligó la urgente necesidad de comer. Ni más ni menos. Fue algo a lo que llegué como consecuencia de una cadena de desgraciadas experiencias que empezaron más o menos una semana después de mi desmovilización, en 1945, de la Royal Air Force.

Capítulo 4

En el Centro de Desmovilización, después de la reglamentaria inspección médica, de la devolución del equipo de servicio y de recibir lo que me correspondía en pagas y ropa civil, me había interrogado un oficial cuya misión consistía en aconsejar sobre las carreras y empleos a que podía uno aspirar. Al saber que yo tenía un título de Ciencias y una experiencia bastante amplia en tecnología ingenieril, opinó que no tendría dificultades para encontrar una buena colocación civil. La industria se estaba reorganizando para la producción de la posguerra y ya había una urgente demanda de técnicos cualificados, sobre todo en el campo de la electrónica, que era mi especialidad. Esto me había animado mucho, pues había tenido buen cuidado de mantenerme al día en las nuevas tendencias y en los recientes adelantos tecnológicos gracias a los libros que me prestaban en la Biblioteca Central Circulante y a que me suscribí a varias publicaciones técnicas; de manera que me sentía seguro de mi capacidad para desempeñar cumplidamente un buen puesto. Aquel oficial me había dado una carta de presentación para la Oficina de Altos Destinos en Tavistock Square, Londres, y me aconsejó que fuera a verlos en cuanto me instalase y disfrutara de unas breves vacaciones.

Mientras estuve destinado en la Estación de la R.A.F. de Hornchurch, en Essex, durante la guerra, conocí y traté con frecuencia a un matrimonio de edad avanzada que vivía cerca de Brentwood; me mantuve en contacto con ellos desde entonces y les prometí convertirme en su huésped después de la desmovilización. Así que fui a vivir con ellos y no tardé en hallarme completamente a gusto en aquella casa. Ambos se jactaban de ser ateos, pero la verdad es que su conducta cotidiana era la de unos verdaderos cristianos. Se preocupaban cariñosamente por mi comodidad y bienestar y seguían con el mayor interés todos mis proyectos y gestiones. Fuimos juntos a Torquay, pasamos allí unas vacaciones de dos semanas que me permitieron volver a Brentwood como nuevo.

Poco después de nuestro regreso, visité la Oficina de Destinos, donde me sometieron a un amable interrogatorio dos señores que deseaban saber cuál había sido mi preparación académica, mis servicios en el Ejército y mi experiencia industrial. Les expliqué que después de obtener mi título, había trabajado durante dos años como ingeniero de telecomunicaciones para la Standard Oil Company en su refinería de Aruba, ganando gracias a ello lo suficiente para costearme mis estudios superiores en Inglaterra. Al final de la entrevista, me dijeron que me comunicarían las vacantes que se fueran produciendo y conviniesen a mi experiencia y facultades. Dos semanas después recibí una carta de ese departamento con una lista de tres empresas, todas las cuales tenían puestos vacantes para ingenieros de telecomunicación cualificados. Me apresuré a escribir a las tres especificando mis títulos y experiencia y pronto recibí

respuestas muy estimulantes invitándome en los tres casos a que los visitase. Todo marchaba perfectamente y me sentía feliz.

Estaba nervioso cuando llegué frente a las oficinas centrales en Mayfair de aquella gran empresa que tenía una gran reputación internacional y la perspectiva de trabajar con ellos me entusiasmaba. De todos modos, me dije, ésta sería la primera de mis tres oportunidades, y si fracasaba allí, aún me quedaban otras dos. El inválido empleado como portero, con su vistoso uniforme, me abrió cortésmente la puerta y cuando me acerqué al despacho de recepción, la joven que lo atendía me sonrió muy agradablemente.

—Buenos días. —Levantó las cejas en cortés interrogación.

—Buenos días —dije—. Me llamo Braithwaite. He venido porque el señor Symonds me ha citado para una entrevista.

Había cuidado mucho mi aspecto aquella mañana. Llevaba mi mejor traje con la camisa adecuada, la corbata que hacía juego y el pañuelo de bolsillo. Tenía los zapatos impecablemente lustrados, los dientes limpios y, ya preparada, mi mejor sonrisa. Todo ello había sido sometido a la inspección crítica, muy exigente, del señor y la señora Belmont, con los cuales vivía. Estaba orgulloso de mi aspecto. Sin embargo, la sonrisa de la empleada desapareció en un instante. Abrió una gran agenda y la consultó como para comprobar mis palabras, descolgó luego el teléfono y tapando el micrófono con una mano, habló con rapidez y en voz baja, mientras me observaba furtivamente.

—¿Quiere usted venir por aquí? —se había puesto en marcha por un ancho corredor y noté que andaba con rigidez como para manifestar su desaprobación subrayada por el enérgico tap-tap de sus altos tacones. Mientras la seguía, pensé: «Normalmente iría balanceando las caderas; ¡ahora, en cambio, va derecha como un palo!».

Al final del corredor entramos en un ascensor automático. La joven mantenía una callada hostilidad y evitaba mirarme. En el segundo piso recorrimos un pasillo al que daban varias habitaciones. Deteniéndose brevemente ante una de las puertas, dijo: «Aquí», y se apresuró a regresar al ascensor. Llamé en la puerta con los nudillos y entré en una espaciosa habitación donde había cuatro hombres sentados a una gran mesa.

Uno de ellos se levantó, se acercó a mí para estrecharme la mano y me indicó una silla para que me sentara. Después de un breve interrogatorio sobre mi lugar de nacimiento y mis servicios en la R.A.F., empezaron a examinarme detalladamente sobre las telecomunicaciones y el desarrollo de la electrónica en ese campo. Eran preguntas muy pensadas e intencionadas, pero, de pronto, el nervosismo que me había fastidiado toda la mañana, desapareció. Me había entrado una gran confianza en mí mismo y me movía con la mayor facilidad en un tema tan familiar para mí. El examen versó sobre teoría, equipos, circuitos, operaciones, mis prácticas en los Estados Unidos y mi experiencia allí y en América del Sur. Eran muy exigentes, pero

yo no tenía ya preocupación alguna: los años de estudio, mis servicios para la aviación y las investigaciones de mis estudios superiores iban a dar el apetecido resultado. Me encontraba como el pez en el agua y disfrutaba con ello.

El examen había terminado. El señor Symonds, el caballero que me había saludado al llegar yo, se echó atrás en su silla y miró uno por uno a sus colegas. Todos le hicieron con la cabeza una señal de aprobación y él dijo:

—Señor Braithwaite, mis socios y yo quedamos completamente satisfechos con las respuestas que usted nos ha dado y estamos convencidos de que, en cuanto a preparación, facultades y experiencia, está usted sobradamente dotado para desempeñar el puesto que tenemos vacante. Pero tropezamos con una cierta dificultad. Si le empleamos a usted, le colocaremos en una posición de autoridad sobre varios de nuestros empleados ingleses, muchos de los cuales llevan trabajando con nosotros mucho tiempo y tememos que esa situación afectaría a las buenas relaciones que siempre hemos procurado mantener entre nuestro personal. No podemos concederle, por tanto, ese puesto sin darle la correspondiente responsabilidad y la autoridad necesarias, y tampoco podríamos pedirle que aceptara una de las otras vacantes de diferente categoría que también se han producido en nuestra empresa, pues son inadecuadas para una persona tan bien preparada como usted y de unas facultades tan excepcionales. Así, lamento decirle que no podremos utilizar sus servicios. —Y con estas palabras se levantó y me tendió la mano en un cortés despido.

Sentí que me abandonaban las energías y que no podía pensar; pero logré salir de aquella oficina y, como sonámbulo, recorrer los pasillos y utilizar el ascensor saliendo por fin a la ruidosa y soleada calle. Acababa de tropezar con algo que, o bien lo había olvidado o quizás lo hubiese ignorado por completo durante más de seis años de vida excitante: mi piel negra. No había importado cuando me presenté voluntario en la aviación el año 1940; no había importado durante el período de entrenamientos de vuelo y cuando me concedieron las alas y me destinaron a una escuadrilla; tampoco importó durante los terribles peligros de las operaciones aéreas; cuando vivía y amaba la vida de día en día, hermanado con hombres que como yo no tenían un día de mañana ni podían permitirse perder tiempo en los absurdos del prejuicio racial; no importó, cuando uniformado y con mis insignias, visitaba los teatros y salas de baile, los bares y las casas particulares.

Durante esos años llegué a olvidar mi cara negra. La veía diariamente, pero no podía notar su color. Era yo entonces un aviador uniformado al servicio de Su Majestad, un hombre al que sonreían, animaban y daban la bienvenida los agradecidos ciudadanos civiles en los bares y en las calles porque no me veían a mí, sino al uniforme y lo que éste significaba. Me identificaban con la gloriosa Minoría de Inmortales. Sí, había olvidado mi piel cuando hablaba con el oficial de orientación profesional y con los señores de la Oficina de Destinos. E incluso la había olvidado, seguía olvidándola, cuando entré tan contento en aquel imponente edificio de la

formidable empresa...

Ahora, caminando tristemente, apartaba mis ojos del reflejo de mi cara en las grandes lunas de los escaparates y crecía dentro de mí, como una terrible bola de amargura, la desilusión y el resentimiento. Tuve que apresurarme para entrar en los más próximos lavabos públicos porque sentía unas violentas náuseas.

Aliviado, seguí caminando sin objetivo, mientras intentaba rehacer mis ánimos. Mientras más pensaba en ello, mejor comprendía que todo el meticuloso examen había sido una pérdida de tiempo, una farsa. Sabían ya muy bien que me iban a rechazar; la joven de la recepción les había dicho que yo era un negro y todo lo demás no fue más que un juego cruel y sin sentido. Me detuve de repente, pues acababa de ocurrírseme que aquella gente debía de haber mirado mi nombre en las solicitudes y pensado inmediatamente que yo era blanco. En efecto, el apellido Braithwaite no revela en absoluto mi color; de ahí las floridas cartas y la amable invitación, que se dirigían al aspirante blanco que ellos me suponían. ¡Dios, cómo debieron de odiarme por el truco que yo, inconscientemente, les había jugado!

Obrando por un súbito impulso, entré en una cabina telefónica y llamé por turno a las dos empresas que me quedaban. Les expliqué que me creía obligado a decirles que era un negro, pero que sin embargo me encantaría trabajar con ellos, sometiéndome previamente al examen que quisieran hacerme, si mi raza no era para ellos un impedimento. En los dos casos me dieron las gracias, pero me informaron que la plaza estaba ya cubierta y que precisamente iban a escribirme comunicándomelo. Así que de eso se trataba. Indignado y asqueado, tomé el tren que me condujera lo más rápidamente posible al único sitio de Inglaterra donde podía encontrarme seguro y rodeado de afecto: la casa de los Belmont en Brentwood.

La creencia en un ideal, tarda mucho en morir. Yo había creído con toda mi alma en un ideal durante los veintiocho años de mi vida: el ideal del modo de vida británico.

Me había sostenido cuando joven, en la segunda enseñanza y entre estudiantes blancos casi todos ellos. Había tenido que trabajar más que ellos para poder obtener el título. Y también me había estimulado ese ideal en mis años universitarios cuando perdí otros ideales políticos. A causa de él, nunca quise adquirir la ciudadanía norteamericana. Y cuando después de obtener mi título en la Universidad y de pasar dos años de trabajo en Venezuela, regresé a Inglaterra para realizar allí mis estudios superiores en 1939, comprendí que por fin me hallaba totalmente identificado con el sentido de la justicia, la tolerancia y las más varias libertades que me ofrecía este país. Por eso, sin vacilar, me presenté voluntario en la Royal Air Force en 1940, dispuesto a ofrecer mi vida para la conservación del ideal que había sido mi estrella polar. Pero ahora, ese mismo ideal se había transformado en una asquerosa bola de hiel que me tenía envenenado.

La mayoría de los ingleses de las Islas tienen muy poca idea de lo que ese artículo de exportación intangible, y sin embargo real y de valor incalculable —el modo de

vida británico—, significa para la población colonial. No parecen darse cuenta del fantástico fenómeno de que razas tan diferentes de la inglesa en pigmentación y tan ampliamente esparcidas geográficamente, se estén identificando con tanta frecuencia con el sistema británico de lealtades, creencias y tradiciones. Esta actitud puede ser observada fácilmente en la manera como citan los coloniales de color el sistema británico de la Ley, la Educación y el Gobierno y cómo adoptan las modas en el vestir y los códigos de vida social de la Metrópoli, a pesar de que su conocimiento de estas cosas ha dependido en gran parte de una información de segunda mano. Todo ello es especialmente cierto en el caso de los coloniales de las Indias Occidentales, descendientes en gran mayoría de esclavos que fueron separados para siempre de la influencia cultural de sus antepasados y que vivían, trabajaban y educaban a sus hijos a través de los rigores de la esclavitud y de las crecientes dificultades de una liberación gradual, ateniéndose al único ejemplo que conocían: el modo de vida británico.

Los vínculos que nos ligan con Gran Bretaña son fuertes y esto lo vemos con toda claridad con ocasión de una visita regia cuando todos ellos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, se unen felices para demostrar espontánea y alegremente su bienvenida. Sí, es maravilloso ser británico... hasta que llega uno a Gran Bretaña. A fuerza de ahorrar o por medio de becas dificultosamente ganadas, llegan muchos de ellos a Inglaterra para ser educados en las Artes y las Ciencias y en los varios procesos de lo legislativo y administrativo. Llegan llenos de una firme creencia de que lo británico es siempre lo mejor para un cristiano y un demócrata. En su ingenuidad, atribuyen estos elevados principios a todos los británicos sin excepción.

Me he criado, en todos los sentidos, a la manera británica. Yo, mis padres y los padres de mis padres no hemos conocido ni podríamos conocer ningún otro modo de vivir, de pensar, de existir; no conocíamos otro ámbito cultural y jamás he oído que uno de mis antepasados se haya quejado de ser británico. De muchacho, me enseñaron a estimar en lo que vale la literatura inglesa, en poesía y en prosa, la clásica y la contemporánea, y me era absolutamente natural identificarme con los héroes británicos de las aventuras contra villanos que invariablemente eran gente no británica; y así, para mi mente juvenil, se explicaba su conducta malvada. Mis lecturas durante mi vida universitaria revelan la misma predilección por la literatura británica y nunca vacilé en defenderla frente a mis colegas norteamericanos. Mientras viví en los Estados Unidos, me opuse enérgicamente a toda crítica de Gran Bretaña o de la política británica, incluso cuando, en el aislamiento de mi habitación, una meditación más profunda demostraba cuán razonable era esa crítica.

Es posible medir con una notable exactitud el movimiento de las mareas o la conducta en el espacio de objetos invisibles a simple vista. Pero ¿quién puede medir el abismo de la desilusión? Dentro de la esfera bastante restringida de una institución académica, el estudiante colonial aprende a curar, debatir, pintar, pensar... Pero en cuanto salga de esa esfera, se encontrará con la vileza de la intolerancia, los

prejuicios y el odio. Después de haber obtenido un título y de haberse iniciado en la práctica de una carrera, las dificultades y los triunfos de la vida académica quedan medio olvidados en la agitación de la vida cotidiana; pero las heridas que inflige el desprecio no se olvidan tan fácilmente. ¿Quién puede prever el resultado final de una patrona de pensión, la descortesía de un camarero o la negativa de una joven a bailar? El estudiante de hoy puede ser el primer ministro del mañana. ¿No estará influida una decisión política futura de gran importancia por el recuerdo de un desprecio o por un resentimiento que se le va pudriendo a uno dentro? Es lógico pensar que esos hijos de Nigeria, la Costa de Oro, las Indias Occidentales, la Guayana británica, Honduras, Malaya, Ceilán, Hong Kong y otros territorios en los que hierve la agitación constitucional para lograr el autogobierno, estén seriamente influidos por la intolerancia que han tenido que padecer en Gran Bretaña y otros sitios.

Para muchos ingleses, un negro es un *darky*, un *nigger* o un *black*; lo identifican mentalmente con una inaguantable fuerza bruta; y con frecuencia oiremos la expresión «trabajar como un negro» cuando se quiere significar un esfuerzo terrible. Esperan del negro una cortés obediencia y un contento con su baja condición de trabajador forzado, así como parece natural que se aloje en los peores suburbios. Es cierto que de vez en cuando vemos negros que son doctores, abogados o artistas de talento en el mundo del espectáculo, pero a éstos se les considera «diferentes» y se admite que no deben ser confundidos con la masa.

Soy negro y lo que me había sucedido en aquella entrevista fue para mí la traición a una fe. Yo había creído en la libertad; sí, en la libertad para vivir en la clase de vivienda que deseara con tal de poder pagar el alquiler; y en la libertad para trabajar en la profesión para que estuviese dotado sin que fuese en absoluto un obstáculo mi origen racial y mi religión. Todo ese parloteo de la democracia y los derechos del hombre me parecían ahora una falsedad tan grande como las garantías que algunos fabricantes conceden al vender sus productos con la esperanza de que nadie las reclame nunca. Así, el britano blanco no acepta, llegado el momento, responsabilidad alguna por las promesas que en su nombre hacen en ultramar los representantes oficiales de Gran Bretaña.

Reflexioné sobre la vida que había llevado yo en los Estados Unidos. Allí, cuando tienen prejuicios, son descarados, evidentes y nadie se molesta en ocultarlos. El blanco deja muy clara su posición y el negro lucha contra esos prejuicios con la misma franqueza e idéntico fervor, utilizando todos los procedimientos constitucionales que están a su alcance. En cambio, el resto del mundo en general y Gran Bretaña en particular, suelen señalar con indignación y exigente espíritu crítico la intolerancia norteamericana, olvidando que en su breve historia como nación, los Estados Unidos han otorgado a sus ciudadanos negros más oportunidades *per capita* para que progresen y mejoren de condición que ninguna otra nación del mundo con una masa negra indígena. Cada uno de esos episodios violentos que se producen en la lucha racial norteamericana han dado como resultado, invariablemente, el logro de

alguna mejora en la situación del negro en los Estados Unidos. Las cosas a que éste aspiraba eran para él lo bastante esenciales para luchar y morir por ellas y los que murieron no dieron sus vidas en vano: además, los negros norteamericanos han podido establecerse, en general, en comunidades, donde su pericia como labradores, artesanos, médicos, abogados, hombres de ciencias, pedagogos o artistas del canto o del baile, han producido directa o indirectamente un beneficio para la comunidad. En términos de las relaciones sociales y de la vida religiosa, han gozado de una gran independencia respecto a los blancos.

En Gran Bretaña, todo se me presentó de un modo muy diferente. Todavía no he conocido un inglés que haya reconocido que en su país existe el prejuicio anti negro. Hay la convicción general de que no existe tal prejuicio en Inglaterra. Un negro puede tomar libremente un autobús o un tren y sentarse donde quiera con tal de que pague el precio del billete; y el hecho de que mucha gente evite abiertamente sentarse junto a él, parece pasar inadvertido para los demás. Puede alojarse libremente en cualquier hotel o pensión, y la cortés negativa a admitirlo —cosa muy frecuente— nunca se atribuye a un prejuicio racial. La traición que ahora se había inferido a mi fe, me dolía aún más porque había sido perpetrada con la mayor habilidad y cortesía.

Comprendí en aquel momento que yo era británico, pero, desde luego, no un *britano* y que esa sutil diferencia era muy importante. Tendría que examinar de nuevo mi situación en el mundo y orientar de un modo distinto todo mi futuro a la luz de esa hiriente desilusión.

La guerra había terminado y yo debía olvidar ese período de mi vida. La gente emprendía una nueva vida libre de terror; y los miedos colectivos que transitoriamente produjeron unas virtudes también colectivas de comprensión y tolerancia y de sentimientos fraternales, se evaporaban con la excitación de la recuperación económica. Tenía que encontrar una colocación. No aspiraba a una ganga inmerecida, no iba en busca de una limosna, sino que ofrecía para que me pagasen el precio justo, una mente cultivada y un cuerpo saludable. Seguramente debía de haber algún patrono más interesado por mi útil rendimiento que por el color de mi piel. Mis ahorros y mi gratificación me podían durar, bien administrados, un par de años. Así que tenía tiempo, mucho tiempo, para encontrar el patrono que me conviniera.

Capítulo 5

Lo intenté todo —oficinas de colocación del Estado, agencias de trabajo, anuncios de los periódicos—, todo con el mismo resultado negativo. Incluso me anuncié especificando mis estudios y títulos y el color de mi piel, pero nada logré. Luego solicité colocaciones sin referirme a mi color, pero, cuando me veían, todas las razones que me daban para rechazarme eran variaciones sobre el mismo tema: demasiado negro.

Por ejemplo, acudí a la empresa de electricidad de Dagenham, que pedía técnicos en la sección de anuncios de un diario local. No exigían títulos especiales, de manera que escribí con la esperanza de que mi preparación extensa en ese campo me serviría de mucho. Y esta vez no cité mi color. Recibí una rápida respuesta en que me pedían que me presentara en la oficina de personal a la mañana siguiente. Estuve allí hacia las nueve y una joven empleada me tendió un formulario y me acompañó a una antesala donde tenía que rellenarlo y esperar mi turno para ver al jefe de personal.

Había allí sentados varios jóvenes, algunos de ellos muy nerviosos por la espera y otros que llenaban sus hojas con una concentración que revelaba su inseguridad. Uno de ellos tenía serias dudas sobre cómo escribir unas palabras y pedía ayuda a los otros; pero éstos tampoco sabían mucha ortografía y me agradó poderle ayudar.

Unos tras otros eran llamados y despedidos y por fin me tocó mi turno. El jefe de personal estaba sentado en el despacho y leía mi solicitud. Me indicó una silla y siguió leyendo los datos que yo había escrito. Lo hacía con una gran atención. Luego me sometió al interrogatorio habitual y en seguida comprendí que no le interesaba gran cosa mi preparación técnica. Por fin, dijo con una mueca:

—¿Por qué aspira usted a ese puesto?

Me irritó esta pregunta y repliqué:

—Necesito esta colocación para poder pagar algunas cosillas sin importancia, como mi alimentación, los trajes, el alojamiento...

—¿Sí? Pues yo no podría permitirme un traje como el que usted lleva.

Lo miré sin encontrar relación posible entre mi traje y el empleo anunciado. Prosiguió:

—Nunca fui a la escuela y por supuesto tampoco a la Universidad y ninguno de mis empleados ha recibido una educación tan elevada como la de usted; de modo que no me parece usted el hombre que necesitamos. Los demás podrían molestarse con esa manera de hablar tan refinada que tiene usted...

No pude aguantar más. Me levanté, cogí de encima de la mesa mi solicitud, la rompí y tiré cuidadosamente los pedacitos de papel en el cesto de los papeles. Luego le di secamente los buenos días y me marché.

Llevaba casi dieciocho meses sin trabajo. Mi desilusión se había convertido en un

odio profundo y envenenado. Paulatinamente, y con una creciente intensidad, odiaba a esta gente capaz de negarme, con tan cruel indiferencia, el derecho a ganarme la vida. Consideraban que sabía demasiado, que mi educación era demasiado esmerada, muy superior a lo que convenía para empleos de baja categoría, y que era demasiado negro para los buenos puestos y ahora, para colmo, parecía fastidiarles que fuese limpio y bien vestido.

A punto ya de desmovilizarme, había escrito yo a mi tío sobre el problema del racionamiento de la ropa y, durante unos meses, fue mandándome una provisión de camisas, calcetines, corbatas y cuatro buenos trajes, que me sentaban bastante bien. Así que los cupones para la ropa que me dieron en el centro de desmovilización, los utilicé para comprar unos pares de zapatos bastante prácticos.

Atrapado como un insecto por las pinzas de los prejuicios, sentía la necesidad de devolver golpe por golpe en un irrazonable afán de venganza. Desconfiaba de cualquier mirada o gesto y trataba siempre de descubrir tras ellos la antipatía e intolerancia que —tenía la seguridad— se ocultaban allí. No estaba ya dispuesto a tener con las mujeres inglesas ni con los ancianos en los autobuses y trenes esos detalles elementales de cortesía que desde mi infancia practicaba siempre como un merecido tributo, e incluso llegué a mirar con franca hostilidad a los niños cuyos ojos inocentes se sentían inevitablemente atraídos por el color de mi piel.

Afortunadamente para mí, este canceroso estado de ánimo no llegó a arraigar firmemente en mi espíritu. De vez en cuando, algunas personas me decían algo tan amistoso que me veía obligado a renunciar durante algún tiempo a mi actitud vengativa y me hacían olvidar mis dificultades y llagas morales. Precisamente, una de esas personas que ninguna relación tenía conmigo, fue la que hizo cambiar el curso de mi vida.

Estaba sentado junto al lago del Parque St. James y contemplaba ociosamente los patos que se zambullían en busca de trocitos de comida que les arrojaban los paseantes. Cerca de mí se hallaba sentado un anciano delgado, con gafas, que de vez en cuando hacía algún comentario sobre el color y las costumbres de las varias especies de patos. Parecía entender de aquello, pero yo no estaba de ánimo para escuchar estas cosas, y mentalmente prescindía de él como de un viejo gárrulo y pesado. A él no parecía importarle mi actitud abstraída y, por fin, se dirigió a mí directamente:

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Inglaterra, joven?

Su voz tenía el mismo sonido raspante de papel de lija que la de Bertrand Russell, y me volví para mirarle del modo más frío que pude con la decidida intención de cortarlo en seco. No tenía en absoluto ganas de conversación, sobre todo si había que hablar de un tema tan doloroso para mí como mi vida en Inglaterra.

—Las grandes ciudades son sitios horriblemente solitarios y Londres no es una excepción —añadió.

Se recogió un poco, con el mayor cuidado, los pantalones y cruzó sus delgadas

piernas. Quería hablar. Es cosa muy natural en los viejos. No le importaba quién fuese su interlocutor con tal de poder soltar su discurso. Yo no necesitaba responder, ni siquiera escuchar y si me hubiera marchado es seguro que habría seguido hablando con los patos. De todos modos, no quería molestarme en buscar otro asiento. Ya se callaría cuando se cansara.

—Y la verdad es que nadie tiene la culpa —continuó—. Una gran ciudad no puede permitirse distraer su atención de la gran tarea de ser una gran ciudad para fijarse en cosas tan insignificantes como la felicidad de usted o la mía.

Decía estas cosas de un modo natural, con seguridad en sí mismo, y de pronto me sentí interesado por sus palabras. Mirándolo con mayor atención se descubría en él un cierto aire estético y profesoral. Notó en seguida que yo había empezado a prestarle atención y en seguida le brillaron sus ojos amistosamente. Continuó hablando:

—Esos edificios tan altos de allá son algo más que monumentos a la industrialidad, el esfuerzo y el talento que han levantado esta gran ciudad; también sirven ocasionalmente como trampolines para lanzar hacia la eternidad a los incapaces que no pueden adaptarse a la ciudad y a la soledad que sienten en ella. — Se interrumpió para decir algo acerca de los patos, pero no le entendí—. Una gran ciudad es un campo de batalla —prosiguió—. Hay que ser un buen luchador para vivir en ella. Y fíjese usted en que no digo existir, sino «vivir». Cualquiera puede existir; basta con que vaya por ahí arrastrando su alma como un abrigo viejo; pero vivir es otra cosa muy distinta. Puede resultar difícil y duro, pero también puede ser divertido porque siempre hay cosas nuevas y excitantes entre lo que nos sucede.

No podía ya, ni lo deseaba, hacerme el sordo a su original voz, pero no tenía ganas de seguir sus filosofías.

—Si fuera usted negro, descubriría que incluso el mero existir le proporcionaría esas impresiones fuertes que le interesan.

Me miró y de repente rompió a reír. Era una risa espontánea y alegre, una risa juvenil y rica en matices. Además, muy contagiosa. Así que yo también empecé a reírme, aunque no comprendía qué podía haber de gracioso en mis palabras.

—Me estaba preguntando cuánto tardaría usted en cambiar de actitud y dirigirme la palabra —dijo cuando por fin se le fue calmando la risa—. Es conveniente hablar; alivia mucho. Si puede usted hablar con alguien, ya no se encuentra solo, ¿no lo cree así?

Y de este modo tan sencillo trabamos relación. Pronto charlábamos ya sin reserva alguna, como viejos amigos, y se lo había yo contado todo.

—La enseñanza —dijo pensativo—. Ésa es la solución. ¿Por qué no se coloca de maestro?

—No creo tener muchas probabilidades. No he estudiado ni estoy preparado para ello.

—Es que en las actuales circunstancias no es necesaria la profesionalidad para ello. Los estudios que usted ha tenido le permitirán de sobra ser un buen maestro y

estoy seguro de que, con su experiencia y su base cultural, quedará usted muy bien.

—Escuche usted, señor: si esa gente no me quiere dejar acercarme a las máquinas, a los aparatos que entiendo perfectamente, ¿cree usted posible que me confíen la educación de sus hijos?

—¿Por qué no? Hay una gran escasez de maestros.

—También dicen que necesitan urgentemente técnicos y ya ve usted...

—Pero eso es diferente. No creo que las autoridades de Educación estén en condiciones de preocuparse por el color de la piel de sus maestros y estoy seguro de que el Consejo del Condado de Londres no tiene prejuicios a ese respecto. De todos modos, no es preciso que lo mencione usted. Espere a que le vean en la primera entrevista.

—Ya he intentado ese sistema otras veces y nunca me han aceptado.

—Pues vuelva a probar; nada pierde usted con ello. Sé que hay muchas vacantes de maestros en el East End de Londres.

—¿Y por qué precisamente en el East End?

—Es una zona muy desagradable y la mayoría de los maestros prefieren colocarse en otros barrios.

—Entonces, ¿piensa usted que para un negro estaría bien? —Me volvía la envenenada amargura; no me era tan fácil desechar mi suspicacia.

—Un momento, joven. —El buen hombre tenía una enorme paciencia conmigo, mucha más de la que yo merecía—. Nunca desprecie usted a la gente de East End; de esos mismos suburbios y callejuelas salen muchos de nuestros mejores hombres de ciencia y de todas las profesiones, y allí nacieron y se criaron algunos de nuestros políticos. No vaya a resultar que es usted más *snoob* que todos nosotros; ¿acaso pretendió usted los otros puestos con ese estado de ánimo resentido?

Comprendí que lo había irritado y me disculpé. Desde luego, me estaba portando muy mal con un hombre que tan amable interés mostraba por mis asuntos.

—De todas maneras, inténtelo usted. Y no hable de su color al principio; primero vea de qué lado cae la pelota.

Una vez más me encontré a gusto a su lado y charlamos de muchas cosas. Sólo cuando ya nos habíamos separado me di cuenta de que habíamos pasado más de dos horas en una interesante y fructífera charla, sin que ni siquiera nos hubiéramos presentado el uno al otro. Espero que algún día pueda mi desconocido amigo leer estas páginas y vea el profundo agradecimiento que le guardo por su oportuna y decisiva intervención en mi vida.

Todo ocurrió exactamente como él lo había previsto. Me citaron en el Ministerio de Educación para una entrevista y luego recibí una carta comunicándome que me aceptaban como maestro a condición tan sólo de que el obligatorio reconocimiento médico diera un resultado satisfactorio. Después de haberme sometido con feliz resultado a este trámite, recibí otra carta confirmándome mi nombramiento. Me daban instrucciones para que me presentase en la Oficina del Distrito Este y de allí

me enviaron a la escuela de Greenslade.

Capítulo 6

En mi primer día de maestro en la escuela de Greenslade llegué temprano. Mis amigos los Belmond compartieron conmigo la alegría y el entusiasmo que me produjo mi buena suerte. Yo siempre los llamaba Papi y Mami, porque ellos mismos me lo habían pedido. Aquella mañana, cuando salí de casa, Mami me besó en la puerta y me deseó la mejor suerte, mientras que Papi, menos expresivo pero igualmente emocionado, nos miraba contento. Me encaminé hacia la escuela muy seguro de mí mismo y dispuesto a quedar lo mejor posible.

Cuando entré en el estrecho callejón de la escuela oí las voces estridentes de los niños que habían llegado temprano y jugaban en el patio. Una voz de niña gritaba protestando violentamente:

—Denham, ¿por qué no dejas quieta la j... red?

Impresionado por la palabrota me acerqué a un grupo de chicas que jugaban en torno a una red de baloncesto. Una de ellas había arrancado la red y la ocultaba a su espalda, mientras que un chico de aspecto feroz se había interpuesto entre ellas y la red donde la chica quería meter la pelota.

—Quítate de ahí. Si no te quitas, me c... en ti.

En ese momento me vieron llegar y miraron hacia mí, pero mi llegada no les hizo cambiar de actitud. Mientras subía las escaleras, volví a oír sus voces y sus soeces improprios. Empezó a faltarme la seguridad en mí mismo. ¿Sería posible que hablaran así en plena clase? Era una idea inverosímil.

La señora Drew estaba sentada en la sala de profesores y leía un periódico. La saludé y me quité el abrigo.

—¿Dispuesto para la lucha? —tenía una voz suave y simpática.

—Sí, señora Drew. Pero quería preguntarle si los niños dicen palabrotas durante las clases, delante de los maestros.

—A veces, sí. —Sus observaciones tenían siempre una cierta seriedad reveladora de la profunda preocupación que le causaban los niños—. La mayor parte del tiempo, lo hacen sólo por darse importancia. Esas palabras no van asociadas en sus mentes a los actos a que se refieren y lo mejor es hacer como si no las oyéramos. Algunos de los mayores tratan de ofendernos e impresionarnos con esas palabras. Y no lo digo por mí, porque, seguramente debido a mis cabellos grises, es raro que me insulten. —Se pasó la mano por el perfecto peinado—. Lo siento, pero no puedo aconsejarle a usted en ese asunto. Tendrá usted que aprender por sí mismo cómo ha de tratarlos.

Fueron llegando uno a uno los demás y pronto se entabló una agradable charla general que duró hasta que la campana llamó a clase.

Cuando salía de la habitación, se cruzó mi mirada con la de la señorita Blanchard, y ella me sonrió para animarme. La señorita Clintridge me gritó alegremente:

—¡Que tenga usted buena suerte!

Antes de entrar en la clase me llegaron los ruidos de allí dentro: conversaciones, risas y mucho movimiento. Me dirigí directamente a mi mesa; me senté y esperé. Los chicos seguían en grupos y no habían prestado ni la menor atención a mi llegada; pero poco a poco se fueron dispersando los grupos y todos se fueron sentando. Seguí esperando, sin embargo, hasta que se produjo una absoluta calma y entonces pasé lista.

Al oír sus nombres respondían con murmullos o gruñidos. Un chico dijo claramente: «Aquí estoy, señor», lo cual provocó inmediatamente un coro de risas de los chicos y las chicas, resentidos por esta infracción de la descortesía en la que todos estaban tácitamente de acuerdo.

Luego procedí a recoger el dinero de la comida. Este sistema de permitirles comer a mediodía en el colegio es una gran ventaja tanto para los niños como para los padres. En efecto, por precios muy reducidos —fijados oficialmente según el número de hijos en edad escolar que haya en la familia y la capacidad económica de ésta—, el niño tiene derecho a una comida caliente al día; y se puede decir que ésta es bastante abundante y sana. Gracias al Comité local de Protección Infantil, las familias extremadamente pobres gozan del mismo beneficio sin tener que pagar nada. La señora Drew me había asegurado que la robustez y las grandes energías de los niños se debían en gran parte a las comidas que hacían en la escuela y a la leche gratis que les daban a media mañana, pero, aunque pareciese mentira, algunos de los chicos preferían gastarse el dinero que les daban para la comida en comprar patatas fritas en una tienda cercana. Es difícil olvidar los hábitos adquiridos.

Cuando terminé de pasar lista me eché hacia atrás en mi asiento para observar por primera vez a toda mi clase antes de que nos llamaran al auditorium para la reunión diaria de toda la escuela. Contando rápidamente, vi que había cuarenta y seis asientos y que sólo estaban ocupados cuarenta y dos. Se hallaban distribuidos en cuatro filas y, desde mi mesa, sobre la tarima, podía abarcarlos bien a todos. Había veintiséis muchachas en la clase y en los rostros de muchas de ellas noté huellas de maquillaje quitado a toda prisa e inexpertamente. Esas manchas daban a su extremada juventud un cierto aire marchito y acentuaban su ordinariedad. No eran niñas, no, sino jovencitas que recordaban a las gitanas con sus bastos y chillones pendientes y pulseras.

Los muchachos eran más sucios y bastos. Todo en ellos revelaba un espíritu de masa: las camisas de mangas cortas, los ceñidos pantalones *jeans*, sus peinados a la moda del cine, e idéntico aire sombrío y aburrido en todos ellos. Nada de esto les pertenecía realmente, sino que se lo habían apropiado para presumir dentro y fuera de la escuela. Era un gesto contra la autoridad, un símbolo de la dureza imitada de ciertos personajes cinematográficos y tan falsa como la de éstos.

Había empezado a sentir un poco de intranquilidad bajo aquel examen silencioso y concentrado a que me sometían, pero sonó la campana y todos salieron de la clase alborotando para asistir a la reunión diaria en el auditorium.

El director de la escuela estaba sentado en el centro de un tablado o escenario al fondo del salón. Este escenario era el orgullo de la escuela. Bajo la dirección de la señorita Clintridge, lo que sólo había sido un desnudo tablado era ahora un elegante escenario, con un vistoso proscenio y un telón de fondo decorado a estilo moderno. Representaba una animada escena de un mercado local y el efecto general era familiar y alegre. Cerca de él se hallaba una muchacha encargada de seleccionar y poner en el *pick-up* los dos discos que formaban parte de aquella especie de espectáculo matinal. Solían ser selecciones orquestales de obras clásicas o piezas de canto por notables cantantes como Paul Robeson, María Callas, Marian Anderson y otros. Con ello se esperaba incrementar el interés musical de los escolares más allá de la música de jazz y los *boogie-woogie* con que se solazaban en las sesiones de baile a mediodía.

Los chicos —ellos y ellas— estaban sentados en filas frente al escenario y los maestros detrás de todos ellos. La reunión empezaba con un himno y una plegaria en las que todos participaban, bien fuese activamente o por el simple hecho de encontrarse allí. Judíos y paganos, católicos, protestantes y musulmanes, todos participaban de esta pequeña solemnidad religiosa. Todos ellos invocaban a Dios para que les guiase y ayudase.

Después de los rezos, el director leyó un poema: *La Belle Dame Sans Merci*. Los discos que siguieron eran *Fantaisie Impromptu* y parte de un *Concerto*, de Vivaldi, para dos trompetas. Aquellos chicos salvajes escuchaban inmóviles y atentos la música hasta que se apagaba el eco de la última nota. Si guardaban silencio, no era por aburrimiento y apatía, y si estaban quietos no se debía a un sentido de la disciplina ni al miedo de las consecuencias. Escuchaban por interés aquellos discos y, aunque pueda parecer extraño, ponían en ello la misma devoción que cuando bailaban sus espasmódicas danzas modernas. Y aunque mantenían inmóviles sus cuerpos, noté que sus espíritus se agitaban con la música. Miré a la señorita Blanchard. Como si adivinara mis pensamientos, me sonrió y movió la cabeza, dándome a entender que me comprendía.

Después de los discos, el director de la escuela me presentó a todos. Solamente les dijo que un nuevo maestro, el señor Braithwaite, formaba parte desde ahora del cuadro de los profesores y que se encargaría de la clase número 4. Dijo que tenía la seguridad de que todos los alumnos se unirían a él y a los demás profesores para darme la más cordial bienvenida.

De regreso en mi clase, me quedé en pie delante de mi mesa y esperé a que todos se hubieran instalado. Entonces dije:

—El director os ha dicho mi nombre, pero yo tardaré algún tiempo en saberme los de todos vosotros, así que supongo no os importará que me dirija a vosotros señalándoos con el dedo o de una manera parecida. Con ello no querré trataros desconsideradamente. —Procuraba darle un tono conversacional y lo más agradable posible a mi voz—. Nada sé de vosotros ni de vuestra capacidad; tendré que empezar

escarbando un poco aquí y allá para ver lo que encuentro debajo. Os escucharé leer uno a uno. Por favor, conforme vaya leyendo vuestros nombres en la lista, leed lo que se os apetezca de cualquiera de vuestros libros de texto.

Me senté y elegí al azar uno de los nombres de la lista:

—Palmer, ¿quieres leer algo por favor?

Seguí la mirada de la clase y descubrí que Palmer era un muchacho rubicundo de anchos hombros, con ojos claros y una cabeza grande pelada al rape.

—¿Quieres ponerte en pie, por favor?

Miró en torno suyo, indeciso, y luego se puso en pie y empezó a leer titubeando, con gran lentitud.

—Ya está bien, Palmer. Ahora, Benjamín, ¿quieres seguir?

Palmer se sentó y se me quedó mirando interrogativamente. Había leído de un modo pésimo. El esfuerzo de Benjamín no dio mejores resultados, ni el de Sapiano, el de Walls o el de Drake.

—Jane Purcell, ¿quieres leer tú, ahora?

La muchacha que se levantó era rubia y delgada, con unos grandes pechos que se balanceaban en libertad bajo una fina blusa. Me pregunté qué clase de padres serían los suyos para permitirle ir tan indecentemente vestida. Leía mejor que los otros. Es decir, que reconocía más palabras, pero las decía desconectadas unas de otras de un modo que las privaba de una gran parte de su significado.

Mientras leía la chica llamada Purcell, noté que se producía un cierto alboroto entre los chicos del fondo de la clase. Sin interrumpir a la lectora, fui a ver qué pasaba allí. Uno de los muchachos, el mismo chicarrón que había estado molestando a sus compañeras por la mañana temprano, jugaba con algo y lo enseñaba a los demás debajo de la tapa levantada de su pupitre, y sus más cercanos vecinos se esforzaban por contener la risa.

Me acerqué a ellos sin que lo notaran y sentí una oleada de asco al ver lo que tenía en la mano. Era una figura de mujer pintada de color carne, con las piernas abiertas, sobre una pequeña bola de goma; al apretarla entre el índice y el pulgar, los pechos flácidos y el vientre se hinchaban exageradamente y ofrecían una imagen en que se mezclaban la obscenidad con un embarazo avanzado.

—¿Quieres guardar eso, por favor?

Se guardó aquello en un bolsillo con una afectada calma y me miró con insolencia. Luego dejó caer la tapa del pupitre con fuerza, de manera que hizo un gran ruido. Jane Purcell interrumpió la lectura y vi que todos estaban pendientes de mí, tensos e inquietos. Sentí una gran irritación, pero logré contenerme. Volví a mi mesa. «Ten calma», me decía a mí mismo. «Si pierdes la calma, harán de ti lo que quieran».

—Potter, ¿quieres leer, por favor?

Potter era alto y muy gordo. Seguramente el más corpulento de mis alumnos. Leía bastante bien y cuando levanté la mano para interrumpirle, me sonrió contento.

—Siéntate, Potter. —Mi voz se había hecho cortante—. Supongo que todos estaréis de acuerdo en que ese libro está escrito en inglés, que es vuestro idioma y el de vuestros antepasados. Después de haberos escuchado, no sé con seguridad si habéis leído mal a propósito o porque sois incapaces de comprender y expresar vuestro propio idioma. Sin embargo, quizá haya cometido yo la injusticia de elegir los peores lectores, aunque en verdad lo he hecho al azar, por la lista. ¿Quiere algún otro leernos algo?

Se produjo un silencio prolongado y por fin se levantó una mano al fondo de la clase. Pertenece a la pelirroja con la que había tropezado yo el día antes. Observé que, a diferencia de la mayoría de la clase, esta muchacha iba limpia y bien arreglada.

—¿Tu nombre, por favor?

—Dare, Pamela Dare.

—Empieza, por favor.

Era un trozo de *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

—«Introduje mi cuerpo en el barril de manzanas y apenas si quedaba allí una manzana...».

Tenía una voz clara, cálida y bien modulada; leía con fluidez y de aquellas palabras surgía con nitidez la terrible aventura del chico. Terminado el trozo, se interrumpió y se me quedó mirando desafiante, como si estuviera satisfecha de haber vengado a sus colegas. Luego, bruscamente, se sentó.

—Gracias, Pamela Dare. ¿Quiere intentarlo algún otro?

Nadie se ofreció para leer. Les estuve hablando un largo rato sobre lo qué es la lectura, insistiendo en que era la más importante de las cosas que debían aprender. Mientras hablaba iba de un pupitre a otro, cogía un libro y leía unas líneas para que sirvieran de ejemplo a lo que intentaba hacerles comprender. Me observaban torvamente, pero, a pesar de todo, me escuchaban con atención y yo me iba entusiasmando con mi tema, sobre todo porque así los podía tener quietos. Afortunadamente sonó la campanilla para el recreo y salieron todos en busca de la leche de media mañana, mientras yo permanecía en mi sitio para meditar un poco sobre lo que había de enseñarles luego.

Llamaron a la puerta y se presentó la señorita Clintridge con dos tazas de té, una de las cuales dejó sobre mi mesa. Me levanté, pero ella, con un simpático gesto, me dijo que me dejara de cortesías. Se sentó ágilmente en el tablero de mi mesa.

Me imaginé que me vendría bien una taza de té, y me dijo:

—¿Cómo le ha ido, compañero?

—No demasiado mal; aunque uno de los chicos me dio un poco de trabajo. —Le conté el incidente.

—¿Y qué hizo usted con esa figura?

—No se la quité; le dije que la guardase.

Me miró con curiosidad por encima del borde de su taza y luego me dijo:

—Y, a propósito, ¿cómo se llama usted?

—Braithwaite.

—No digo eso, tonto, sino tu nombre propio... —De pronto, la vitalísima Clintridge me trataba como si me conociera de toda la vida.

—Ricky... Ya sabes, la abreviatura de Ricardo. No Richard, sino Ricardo, como en español.

—Yo me llamo Vivienne, pero todos me llaman Clinty.

—Te sienta muy bien. Justo el nombre que te conviene.

—Eso me han dicho. Escucha, Ricky. Hay un par de cosas que debes comprender. Todos nosotros sabemos cuáles son los puntos de vista del Viejo sobre la enseñanza de estos críos y estamos de acuerdo con sus ideas. Pero hay dos maneras de ver la cosa y si el criterio del Viejo resulta estupendo desde la seguridad de su despacho, nosotros, en las clases, tenemos que llevar a la práctica ese sistema educativo y entonces varía todo. Enfoca la cuestión desde el punto de vista de los niños: vienen aquí de unos hogares donde cada orden va acompañada invariablemente de un golpe y, o hacen lo que les dicen o se llevan otro golpe o toda una paliza. Pueden hablar del modo más grosero cuando están con sus amigos, pero si lo intentan con sus padres o con sus hermanos o hermanas mayores, lo menos que hacen es retorcerles una oreja. Pues bien, en cuanto llegan aquí descubren que pueden decir y hacer lo que les da la real gana sin que nadie les pegue. ¿Y qué ocurre? Pues que el pequeño Alfie o la pequeña Mary toman esa benevolencia como el permiso para decir todo lo que se les antoje y el pobre maestro tiene que aguantarse; y mientras más se les tolera, más se atreven. ¿Es cierto o no?

—Completamente cierto.

—Tenemos que pensar en nosotros mismos, además de en los críos. Somos nosotros quienes hemos de ingeniarnos para que nuestra labor aquí sea soportable. Así que hazme caso y sigue mi consejo. Nunca les pongas las manos encima —¡sobre todo a las muchachas!—. No se te ocurra tocarlos ni siquiera con un dedo, porque en seguida empezarán a chillar y a acusarte de estarlos martirizando; pero, al mismo tiempo, inventa alguna manera para hacerles ver con toda claridad quién es el que manda en tu clase. Todos nosotros hemos tenido que hacerlo. A Grace la temen y sienten un gran respeto por la lengua de Selma Drew, porque ésta, a pesar de su pacífico aspecto, se convierte en la peor de las brujas cuando se enfada.

»En cuanto a mí —prosiguió—, nací en este barrio y ellos lo saben, así que me basta con atenerme a lo que he conocido para ponerme a la altura de ellos si no tengo más remedio. Te aconsejo que al principio les hagas sentir tu fuerza; luego, si los ves dóciles, puedes relajar la tensión. El idiota de Hackman quiso hacerse popular con esta manada; les aflojó demasiado el freno y ellos lo utilizaron para ahorcarle, como si dijéramos. Ese imbécil se lo tenía merecido. —Se calló lo suficiente para acabar el té—. Se te enfría el té, Rick.

Saltó de la mesa:

—Ya sabes, no les des confianza a ninguno de ellos. —Recogió las tazas vacías y

se marchó tan airosa y alegre como una brisa de mayo.

—Gracias, Clinty; tendré en cuenta tus consejos.

Antes de reanudarse la clase instalé la pizarra en el caballete y esperé con cierta impaciencia a mis alumnos. En cuanto estuvieron sentados, empecé de nuevo:

—Nuestra lección de aritmética versará sobre los pesos y medidas. Lo mismo que en la lección de lectura, quiero comenzar averiguando lo que sabéis y vosotros me podéis ayudar respondiendo a mis preguntas lo mejor que sepáis. ¿Conoce alguno de vosotros la tabla de pesos *avoirdupois*?

—¿Avuar... qué?

—*Avoirdupois* —repetí con la esperanza de que lo había pronunciado bien—. Se refiere a aquellos pesos que suelen usar los tenderos.

—Sí, ya sé. —El alumno, de aspecto brutote, no se levantó—. Eso es como los pesos pesados, pesos ligeros, pesos cruceros, pesos medios, peso mosca, pesos pluma...

Levantaba ambas manos y como en un juego, contaba con los dedos. Cuando terminó, se rieron todos. Entonces el gracioso se puso en pie y saludó a la clase con cómicas reverencias. No niego que tenía gracia, y en cualquier otro lugar y ocasión yo también me habría reído a carcajadas como mis alumnos. Pero, afortunada o desgraciadamente aquélla era mi clase y las palabras de Clinty me resonaban aún en los oídos. Impávido, dejé que se rieran cuanto quisieran. Permanecí con los brazos cruzados, apoyado en la mesa, hasta que se apagó la última de las risotadas. Luego, dije, con la voz afilada por mi contenida irritación:

—¿Cómo te llamas?

—Denham.

Dejó de sonreír.

—Si hay algún otro que quiera decir algo sobre la tabla de pesos...

—Toneladas, quintales, arrobas, libras y onzas. —La voz salió de repente frente a mí. Vi que era el pequeño del incidente del cigarrillo ocurrido el día anterior.

—Sí, exactamente. ¿Cómo te llamas?

—Tich, Tich Jackson.

Me resultó agradable su gesto de cooperación.

—En algunos sitios, como en los Estados Unidos y en las Indias Occidentales, aunque usan este mismo sistema de pesos, se refieren a libras o toneladas, pero nunca a *stones* ni a quintales^[3]. De modo que para decir cuánto pesa un hombre puede decir que pesa ciento setenta libras, mientras que aquí, en Inglaterra, serían doce *stones* y dos libras, lo cual le situaría, si no me equivoco, en la categoría de los pesos cruceros.

—Peso *welter* —me interrumpió Denham con tono de sabihondo.

—Gracias, Denham. Peso *welter*. Además, se utilizan otros pesos. Los joyeros emplean el *troy* para pesar metales preciosos como el oro, la plata o el platino.

—El diamante es el mejor amigo de una chica.

Una enorme carcajada colectiva coreó esta ingeniosidad. Yo no sabía quién era el

responsable, pero sí que procedía de la última fila. Miré a Denham, que me sostuvo la mirada con insolencia.

—A mí no me interesan demasiado.

Una muchacha gruesa y de piel cetrina, había pronunciado estas palabras, a la vez que se quitaba del cuello —bastante sucio por cierto— un collar de cuentas de cristal de vivos colores. Lo hizo con un gesto muy teatral y lo enseñó a sus vecinos para que lo examinasen a gusto.

—Lo mío son las perlas.

Su mímica y su gesticulación exagerada divertían muchísimo a la clase. Todos se reían a carcajadas.

Yo sabía que debía hacer algo, lo que fuese, y pronto. Desafiaban mi autoridad, probablemente sin sentir antipatía hacia mí, sino sólo para mantener una especie de resistencia convenida contra todo nuevo maestro y con el propósito de descubrir el menor indicio de debilidad o indecisión. Quizá fuese a esto a lo que se refería en realidad Clinty. Muy bien, si querían pelea...

—¡Basta! —mi voz salió tonante y afilada; tanto, que cortó en seco las risas—. Me resulta muy interesante y me estimula mucho descubrir que tenéis sentido del humor, sobre todo acerca de algo tan sencillo y elemental como los pesos. En realidad, parece como si todo lo encontraseis divertido. Os divertía vuestra incapacidad para leer sencilla prosa en vuestro propio idioma, y ahora os alegra infinitamente vuestra ignorancia de los pesos. Mucha gente que he conocido sufría e incluso se desesperaba ante su falta de conocimientos. En cambio, a vosotros os causa regocijo vuestra ignorancia. —A propósito les hablaba con sarcasmo y de un modo hiriente—. Ya veo que vamos a pasarlo estupendamente vosotros y yo: como no sabéis ni una palabra de nada y como esto os pone tan contentos, seremos muy felices en clase.

Se oyeron murmullos de «¡Qué cara tiene el tío!» y exclamaciones semejantes. Ya ni siquiera sonreían; al contrario, me miraban furiosos. Así estaba mucho mejor.

—Ahora nos ocuparemos de las medidas, comenzando con la medición lineal. ¿Sabes la tabla de las medidas lineales, Denham?

—No sé qué quiere usted decir.

—Bueno, pero antes de explicarlo esperaré hasta que se hayan ustedes reído a gusto como de costumbre.

Permanecían muy serios, escamados y en el fondo irritadísimos contra mí.

—¿Conoce alguien la tabla a que me refiero?

—Pulgadas, pies, yardas, estadios, millas. —Hablaban la chica gordita, la pecosa.

—Sí, eso es. Y se llama lineal porque se refiere a las líneas.

Entonces les expliqué algo de la historia de las medidas y de cómo afectaban éstas a nuestra vida cotidiana. Logré que me escuchasen y siguieron haciéndolo hasta que la campana llamó a comer.

Capítulo 7

No fui a almorzar al comedor. El día anterior no me había gustado comer allí; me ponía nervioso el excesivo ruido de los cubiertos y la charla. Así que la señora Belmont me preparó un paquete con la comida —emparedados y una manzana— y me fui a la sala de profesores para comer allí en paz. Me encontraba muy cansado y me di cuenta con cierta sorpresa de que la enseñanza exigía un esfuerzo muchísimo mayor de lo que yo había imaginado.

Poco después de haberme instalado, entró la señorita Blanchard.

—Ah, hola, ¿tampoco a usted le gusta la comida que dan? —se sentó y empezó a desenvolver un paquete de emparedados.

—No creo que esté mal la comida, pero me molesta tanto ruido.

—Lo que nos dan aquí de comer lo encuentro indigesto; por eso me traigo estas cosillas; o bien, si estoy de humor para ello, cruzo a un restaurante *kosher*, ahí enfrente. Viéndolo por fuera parece más bien sórdido, pero está muy limpio y la comida es buena.

Pronto entablamos una agradable charla y descubrimos muchos puntos de interés común en libros, música, teatro y cine.

—Parecía usted sorprendido esta mañana.

—¿Sorprendido yo? ¿Por qué?

—En la reunión general. Le confieso que nunca habría creído tampoco, no ya que pudiesen disfrutar con la música clásica, sino ni siquiera que la escuchasen.

—¿No cree usted que fueron precisamente esos discos, sobre todo el *Concierto* para dos trompetas, lo que les obligó a prestar atención? Era una música, como si dijéramos, dominante.

—Quizás; pero en los pocos días que llevo aquí, siempre ha sido igual y los discos han cambiado cada día.

—Asombroso, de verdad que es asombroso.

—¿Cómo le ha ido a usted hoy?

Le hice un resumen de lo sucedido en mi clase.

—Dios mío. Entonces quizá llevase razón Weston, después de todo.

—Aún es demasiado pronto para saberlo. De todos modos, creo que haré lo que me aconseja Clinty; quiero decir, la señorita Clintridge.

—¿Así que le ha tomado a usted bajo su protección?

La miré, pero nada pude leer en su rostro sonriente.

—No es eso exactamente, pero si lo que ella dice resulta ser la única manera de manejarlos, tendré que intentarlo.

Uno tras otro fueron regresando los demás del almuerzo y todos ellos me preguntaron cómo me había ido por la mañana.

—No sea demasiado duro con ellos —me advirtió la señora Drew—. En realidad, no tienen mala intención; cuando se les conoce, no son malos.

Recordé lo que Clinty me había contado de ella y me sonreí por dentro.

—El truco consiste sencillamente en llegar a conocerlos. —La voz chillona de Weston se filtraba por la enmarañada pelambarrera que casi le tapaba la boca. Se me ocurrió pensar que bastaría tirarle repentinamente de la barba para que se desprendiera toda ella de la cara y se la dejase tan lisa y suave como el trasero de un pollito desplumado.

—¿Acaso los conoces tú? —dijo Clinty, con voz melosa. Parecía complacerse en pinchar a Weston.

—Los míos hacen en clase lo que yo les digo; eso es lo único que pido.

—Desde luego, es lo único que conseguirás, gran hombre.

—No son tan fieros como los pintan —dijo la señorita Dawes, con su boquita que vocalizaba con tanto cuidado. Estaba sentada en un rincón junto a la señorita Phillips. Siempre estaban juntas, murmurando sin cesar sus interminables secretos. La señorita Dawes me impresionaba cada vez que la miraba. Aquellos grandes pechos parecían completamente inadecuados al conjunto severo de sus zapatos planos, sus calcetines y los labios sin pintar. Parecía como si se los hubieran puesto a ella por equivocación.

Grace fue pasando las tazas de té.

—¿Que no son malos? Hay que oír algunas de sus conversaciones —me refiero a las chicas—, cuando están sentadas juntas cosiendo. Se le ponen a una los pelos de punta.

—Es posible que Braithwaite consiga amansarlos con un poquito de magia negra. —Weston, si no decía alguna gracia no estaba contento.

Yo no acababa de ver claro qué clase de tipo era Weston, ni cuál era su verdadera intención oculta bajo sus bromas. Parecía complacerse en ser irritante, pero nunca dejaba de sonreír. Mi reciente experiencia me había dejado algunas partes de mi espíritu en carne viva, y debo reconocer que por entonces era yo muy susceptible. Estaba seguro que el día en que Weston me molestase de verdad, sería capaz de aplastarlo contra el suelo y por eso prefería hacerme el sordo cada vez que decía una tontería de las suyas. Sin embargo, tenía la sensación de que este individuo intentaba hacerse el simpático a su manera. Me había costado demasiado lograr aquella colocación para permitirme el lujo de arrojarla por la borda a causa de un tipo como él.

—Y tú, Weston, ¿qué clase de magia empleas? —le soltó la señora Drew fríamente. Clinty tenía razón; aquella mujer podía hacerse odiosa si quería. Weston la miró desconcertado y, por lo visto, decidió renunciar a la lucha. Se sumió en un silencio enfurruñado.

Miré a la señorita Blanchard, mientras me dirigía una graciosa mueca para darme a entender que estaba de acuerdo conmigo. Sin duda alguna, la mayoría de mis colegas querían que yo me encontrase a gusto; me habían aceptado

incondicionalmente como uno de ellos. Y, en definitiva, eso era lo más importante.

Las lecciones de la tarde transcurrieron sin incidentes, aunque de un modo insatisfactorio. Los chicos no parlotearon ni se rieron, ni tampoco desafiaron mi autoridad, pero no cooperaban. Me escuchaban, o hacían los deberes que les ponía, pero como autómatas. Mis intentos humorísticos, tratando de despejar el ambiente, eran recibidos con la mayor frialdad, lo cual indicaba que mis anteriores ironías les habían molestado profundamente. Empezaba a sacarme de quicio aquel silencio desconfiado y reprobatorio.

Sin embargo, no todos ellos mantenían esa actitud. Tich Jackson parecía dispuesto, desde el principio, a mostrarse amable, y aunque antes se había reído con los otros, siempre que yo le miraba se sonreía con naturalidad. Otro que no parecía estar muy resentido conmigo era Patrick Fernman, un chico inteligente, de cara fina, cuyos mechones castaños le caían continuamente sobre los ojos. Pero había un alumno que despertaba mi curiosidad: un muchacho bien formado y de piel oscura llamado Seales, Lawrence Seales, el cual debía de ser mestizo. Nunca hablaba a no ser que se dirigiese uno a él y, aunque llevaba el mismo «uniforme» de camisa sin mangas y *jeans* que sus colegas, parecía apartado de ellos. Sin embargo, no manifestaba interés por ponerse de mi parte. Era muy listo y leía muy bien, pero le sentía siempre lejano y reconcentrado.

Cuando iba hacia casa aquella tarde, pasé ante un tenducho, a poca distancia de la escuela. Colgado sobre la parte superior de la puerta había una tabla negra sobre la que aparecían clavadas varias tarjetas en que anunciaban artículos puestos a la venta y alquileres. Me detuve un momento y miré los anuncios. La caminata hasta Brentwood dos veces al día, resultaba ya bastante pesada en aquel tiempo tan agradable de mayo; así que cuando llegase el invierno con la lluvia y la nieve, sería mucho peor. Sería una buena idea encontrar alguna pensión por allí, cerca de la escuela.

—¿Qué desea usted?

El hombre aquel me hablaba desde dentro de la tienda, medio oculto por unos jarros de caramelos y las cajas de madera que contenían refrescos. Su cara redonda y sin afeitar aparecía como una mancha pálida en la semioscuridad, por encima de la camiseta rayada que le formaba un bolsón sobre el pecho.

—Estaba echando una ojeada. Me gustaría encontrar una habitación por aquí cerca.

Se acercó a la puerta abierta con los dedos pulgares metidos en los estrechos tirantes de los que colgaban sus deformados pantalones.

—¿Trabaja usted por aquí?

—Soy maestro de la escuela de Greenslade. He empezado hoy.

El hombre entornó los ojos para enfocarme mejor; me miraba con gran atención, reflexivo.

—Ah, sí, maestro. —Se puso a mi lado y señalando con un dedo gordezuelo el

tablón de anuncios, sin soltar el tirante del que tiraba con el pulgar, dijo—: Esos sitios no son para un hombre como usted. No son propios de un maestro. A veces los tengo buenos; éstos no.

Le miré con cierta sorpresa. Aquello era inesperado.

—Si viene usted otras veces, ya le diré de algo bueno.

Me sonrió y se volvió a la tienda. Yo continué mi camino estupefacto ante aquella asombrosa manifestación de la bondad humana.

Aquella noche, en casa, discutí los problemas de la clase con los Belmont y escuché con interés sus consejos. Estuvimos de acuerdo en que me era muy necesario conquistar la confianza y el respeto de los niños antes de que su resentimiento cristalizara en algún incidente desagradable que pudiera impedir para siempre toda posibilidad de buenas relaciones con ellos.

Capítulo 8

Todos los viernes por la mañana, la escuela entera pasaba las horas anteriores al recreo escribiendo su Revista Semanal. Éste era uno de los puntos favoritos del programa del Viejo y respecto al cual no toleraba consejos ni intromisión alguna. Todos los chicos tenían que contar por escrito los acontecimientos de la semana, cada uno a su manera. Podían comentar y criticar con toda libertad, decir que estaban de acuerdo o en desacuerdo con cualquier persona, asunto o método, siempre que tuviese alguna relación con la escuela. Nada ni nadie quedaba inmune de esa crítica, desde el director de la escuela hasta el último de nosotros, y además nos estaba totalmente prohibido tomar represalia alguna contra lo que ellos escribiesen.

—Debe usted considerarlo como yo —me había dicho el señor Florian—. Este sistema ofrece grandes ventajas tanto para los alumnos como para los maestros. Si un niño quiere escribir algo que le importa, se esforzará por expresarlo lo mejor y más detalladamente que pueda; y esto, sin duda alguna, mejorará su ortografía, su soltura en la redacción e incluso les creará un estilo. Semana tras semana podemos así, gracias a estas «revistas», observar sus progresos. En cuanto a los maestros, no tardamos en obtener una buena idea de lo que piensan de nosotros nuestros alumnos y si se acercan o se alejan de nosotros. Desde luego, puede causarnos algunas veces una mala impresión descubrir que la lección preparada con tanto entusiasmo e interés no le ha dicho nada a un Johnny Smith pero, después de todo, esa lección se proponía beneficiar a Johnny Smith y no a su maestro; de manera que, si al chico no le interesó, el maestro deberá idear otra cosa. Pronto descubrirá usted que estos niños son bastante justos, incluso en sus comentarios sobre nosotros. Si descuidamos nuestra manera de vestir o nuestros modales, no tardarán en notarlo y sería absurdo que nos enfadásemos porque los chicos nos hagan ver esas cosas. Por último, un maestro sensato podrá observar por esos escritos las tendencias y los intereses individuales y colectivos de su clase y adaptar a ellos su trabajo.

El primer viernes de mi actuación en la escuela, me hallaba muy inquieto e impaciente por saber qué pensarían de mí los alumnos. Leí algunas de las «revistas» a la hora de almorzar y debo reconocer que sentí una mezcla de alivio y decepción al ver que, aparte de la referencia natural de que tenían un nuevo maestro que era «un negrito», apenas me prestaban atención. Lo que les preocupaba sobre todo era que se hubiese descompuesto la radiogramola durante la sesión de baile del miércoles pasado y comentaban el buen éxito obtenido por alguno de los muchachos como representantes del equipo de boxeo del Club de la escuela.

Se me ocurrió que probablemente sería yo tan provisional en la escuela como mis predecesores y por tanto no merecía la pena gastar tiempo ni esfuerzo en escribir de mí. Pero si yo les había causado tan escasa impresión, debía de ser por mi culpa, me

dije. Así que dependía de mí hallar la manera de interesarlos más.

A partir de entonces hice todo lo posible para ser un maestro «notable», pero pasaban los días y comprendía que no lograba mi propósito. Compré y leí libros sobre psicología de la enseñanza con el propósito de descubrir el modo de proporcionarles a mis alumnos ese desafío intelectual al que no tuvieran más remedio que responder, pero los métodos propuestos por esos autores no convenían a mis circunstancias y no dieron resultado alguno. Era como si estuviese intentando llegar a los chicos a través de una gruesa luna de cristal, pues seguían tan remotos e indiferentes como siempre ante mi trabajo.

Meditando sobre los días pasados, me di cuenta de que la resistencia que me presentó mi clase pasó por tres fases. La primera fue lo que llamaríamos «la táctica silenciosa». Durante ese tiempo, en las primeras semanas, hacían todos los deberes que les ponía y, si bien no protestaban, por otra parte no mostraban interés alguno. Y cuando sólo tenían que escucharme lo hacían mirándome con la misma atención cuidadosa y paciente con que un aficionado a los pájaros observa la llegada de un ejemplar raro. Mientras corregía sus ejercicios, sentía sobre mí sus ojos, y si levantaba la cabeza un momento, los veía a todos quietos, vigilantes y esperando a que yo terminara. Esto me ponía nervioso e irritable, pero me contenía.

Me esforcé mucho para preparar bien las lecciones y utilizaba ilustraciones de las cosas que les eran familiares en su propio ambiente. La aritmética, la relacionaba con los problemas cotidianos que debían de ser inevitables en su vida doméstica: el dinero que se ingresaba y gastaba en una casa, por ejemplo, y los pesos relativos de los alimentos y el combustible, las distancias de pequeños viajes habituales o las medidas de objetos conocidos por ellos. Dentro de ese marco doméstico, fui imaginando los más variados problemas para estimular el interés de los chicos, pero parecía haber entre ellos una conspiración de indiferencia y todos mis intentos fracasaban.

Paulatinamente pasaron a la segunda fase —la más fastidiosa de la campaña—, lo que se me permitirá llamar «táctica ruidosa». Conviene advertir que no todos ellos prestaron su colaboración, pero los que no lo hicieron veían sin duda con simpatía lo que hacían los otros. Durante una lección, sobre todo si en ella se requería que yo leyese o les hablase, uno de ellos levantaba la tapa de un pupitre y la dejaba caer de golpe con un estampido; el culpable seguía sentado y se me quedaba mirando con los ojos muy abiertos e inocentes como si se tratara de un accidente involuntario. Sabían tan bien como yo que nada podía hacer y, en efecto, lo soportaba lo mejor que podía. Una o dos de esas interrupciones durante una lección eran lo suficiente para destruir su continuidad y el objetivo pedagógico que yo me había propuesto, pues muchas veces me veía obligado a interrumpir la lectura bruscamente y hacerles escribir algo, ya que no podían escribir y al mismo tiempo dar golpes con las tapas de los pupitres.

Sabía que aquello no podía durar mucho tiempo con el débil remedio de sustituir la lectura por la escritura. Era evidente para mí que la mayor parte de mi enseñanza debía ser oral debido al bajísimo nivel de la clase; todo debía ser explicado y no

podía evitar pasarme casi todo el tiempo hablando. Así que me sentía irritado y frustrado cada vez que me interrumpían tan groseramente en lo que yo hacía sólo en beneficio de ellos. Procuré por todos los medios que estas dificultades no trascendieran a mis colegas. No quería dar argumentos a favor de la teoría de que las mujeres eran mucho más eficaces que los hombres para la enseñanza, ni para que Weston pudiese burlarse de mí; de modo que continué con mis esfuerzos de adaptar las lecciones a lo que más pudiese interesar a los niños. A veces, me paseaba por la vecindad al terminar las clases para enterarme del ambiente donde vivían y aunque esto me hacía comprender la ausencia de ciertos refinamientos sociales en su conducta, no me servía en absoluto para soportar mejor sus groserías.

Una mañana estaba leyéndoles un sencillo poema y procuraba, a fuerza de un detallado análisis, hacerles ver algo de la belleza de forma e imágenes de aquellos versos. Y precisamente cuando creía haber conseguido interesarles, una de las muchachas, Monica Page, dejó caer violentamente la tapa de su pupitre. El ruido resonó en todo mi ser y despertó en mí una tremenda ira. La miré unos momentos antes de atreverme a abrir la boca. Ella me sostuvo la mirada y luego dijo con toda claridad y dirigiéndose a la clase entera:

—Este maldito cacharro no se tenía en pie.

La ruidosa intervención y el cínico comentario habían sido meditados con la peor idea y anunciaban la tercera fase: la fase obscena de su conducta. A partir de entonces, las obscenidades no faltaban casi nunca en sus comentarios, sobre todo dentro de la clase. Se llamaban unos a otros con el más nimio pretexto y colocaban siempre su palabra sucia y malsonante, de manera que yo pudiera oírlos. Un día, durante una lección de aritmética, se dirigió a mí Jane Purcell:

—No puedo sumar esto, señor Braithwaite. Es una puñetera cuenta.

Y se sentó mirándome fríamente. Sus grandes pechos se dibujaban grasientos bajo la fina blusa. La mirada de sus ojos azules era de lo más inocente.

—Oye —le dije, reprimiendo mi furia—, ¿empleas esas palabras cuando hablas con tu padre?

—Usted no es mi puñetero padre. —El tono de su voz revelaba el fondo pervertido de aquella chica. Me había respondido y me callé. «Mala pécora», pensé, «he sido tan ingenuo que te he puesto las armas en la mano para que me inutilices».

Cuando sonó la campana para el recreo de la mañana, salieron al corredor y pude oír cómo la felicitaban por haberle «contestado como se merecía a ese negro hijo de...». Algunos de los más amigos de Mónica Page protestaron contra la pregunta que yo le había hecho y que ellos consideraban «una j... frescura». Expresaron en castizas palabras anglosajonas lo que me habrían contestado si yo me hubiese atrevido a hacer el menor comentario sobre sus padres. Del modo más absurdo, mi propósito de corregir las groseras expresiones de la muchacha había quedado convertido en un malvado ataque contra sus padres.

Después de este incidente empeoraron algo las cosas y comprendí que Weston

tenía razón: la maldad de los chicos carecía de sentido. Aparte de su lenguaje, había otras cosas en ellos que me molestaban. Muchas veces me los encontraba en parejas por los corredores o en las sombrías escaleras besándose y acariciándose con seriedad de adultos. Al sentirme llegar, se separaban y se limitaban a esperar a que yo pasara para reanudar sus interrumpidos placeres. Terminadas las clases, se demoraban en las escaleras o en los lavabos y las chicas fingían protestar cuando los muchachos se acercaban a ellas, pero lo hacían entre risas y expresiones lascivas. A veces me encontraba un grupo de ellos y ellas en un rincón del patio dedicados a una especie de operación combinada.

Aunque me decía a mí mismo que esta conducta, sobre todo por ser fuera de clase, no debía preocuparme, era inevitable que sintiese una creciente preocupación por ellos y por nuestras relaciones. Además, los más jóvenes, a los que de verdad se podía llamar niños, imitaban la conducta de los mayores, y era frecuente que uno de esos críos quisiera tomarse libertades con chicas mayores. Uno de los más pequeños se libró por chiripa de una gravísima herida al romper el techo de cristal del lavabo de las chicas, subido al cual se dedicaba a espiarlas.

Este incidente causó una discusión muy acalorada en la sala de profesores, pero lo extraño fue que se trató más de las dificultades que se habrían planteado si el niño se hubiese herido, que de la cuestión moral esencial implicada en el asunto. Las muchachas se habían recobrado en seguida de la impresión de recibir aquella lluvia de cristal y se las oía por fuera reír y censurar al pequeño aventurero por haberse expuesto a un peligro tan grande sólo por descubrir algo tan poco importante como sus desnudeces.

La situación alcanzó su crisis una tarde durante el recreo. Yo había subido a la sala de profesores a tomar una taza de té y, al regresar, me encontré el aula llena del humo producido por un objeto que se estaba requemando en la chimenea. Varias muchachas y algunos chicos estaban allí de pie, riéndose, sin preocuparse del humo y sin hacer nada por apagar lo que ardía. Me abrí camino entre ellos para ver de qué se trataba y vi que alguien había arrojado un paño higiénico usado y había intentado, sin conseguirlo, que ardiera.

Me asqueó e indignó tanto aquello que perdí por completo el control. Ordené a los varones que salieran de la clase y, sólo con ellas, censuré con la mayor dureza su conducta. Les dije que estaba harto de soportar sus inconveniencias, su grosero lenguaje y su conducta de fulanas, que andaban siempre escondiéndose con los chicos por los rincones. Les hablaba a latigazos y ellas lo aguantaban. Ni una sola se atrevió a moverse ni a hablar. Luego me referí concretamente a aquella última porquería:

—Hay cosas que las mujeres decentes ocultan en todas las ocasiones y yo creía que vuestras madres y hermanas os lo habían explicado ya, pero es evidente que no han cumplido con este deber elemental. Sólo una asquerosa prostituta se habría atrevido a hacer esto y aquellas de vosotras que, sin ser directamente culpables, lo hayáis presenciado y tolerado, sois tan malas como la que lo hizo. No quiero saber

quién es la culpable porque todas lo sois en el mismo grado. Saldré de esta clase y volveré dentro de cinco minutos exactamente. Espero que en este tiempo haya desaparecido este repugnante objeto y que las ventanas hayan sido abiertas para que se vaya el hedor. Y recordad todas vosotras que cuando tengáis ganas de hacer estas asquerosidades, podéis hacerlas en vuestras casas pero no en mi clase.

Salí furioso y cerré de un portazo.

Subí a la biblioteca, el único sitio donde podía estar un rato en soledad. Sentía una nauseabunda repugnancia; me destrozaba el convencimiento de que esta última proeza había sido planeada con el decidido propósito de manifestar que no me tenían respeto alguno. Aquellas criaturas no tenían ni una pizca de decencia; todo lo que hacían y decían revelaba un horrible enviciamiento, como si sus mentes estuvieran siempre arrastrándose por la basura. «¿Por qué, Dios mío, por qué se conducirán así?», me preguntaba desesperado. Nada tenía que ver aquella conducta con el hecho de que yo era un negro, porque con Hackman hacían lo mismo. Entonces, ¿a qué se debía? ¿Qué les sucedía? «Está claro que tratan de inutilizarme, de convertirme en otro Hackman, de obligarme a refugiarme en la biblioteca o en la sala de profesores en vez de permanecer en la clase, imponiendo mi autoridad, haciéndoles sentir que soy yo quien mandaba, como había dicho Clinty». ¡Eso era! Querían repetir la victoria que habían logrado sobre Hackman. Muy bien, ya veríamos quién podía más. Yo había hecho todo lo posible para salirles al encuentro a más de medio camino, pero a partir de ahora iba a adoptar un sistema muy diferente, aunque para ello tuviera que desobedecer las instrucciones del director. Se me había pasado la indignación y, fríamente, decidí actuar con firmeza para meter en cintura a mi clase. No iba a rogarles sino a exigirles. A partir de entonces, se acabarían las obscenidades proferidas en mi cara y las demás desvergüenzas hechas cínicamente delante de mí. Además, habría un buen silencio: no más tapas de pupitres como bombas. Me había dejado empujar por ellos lo más lejos que podía consentir. Ahora empujaría yo un poquito.

Cuando entré en la clase al final del recreo, habían limpiado el hogar de la chimenea, las ventanas estaban abiertas y todos me esperaban tranquilamente sentados. Las muchachas parecían avergonzadas y rehuían mi mirada, pero lo que me produjo una gran impresión fue que los muchachos (o, por lo menos, la mayoría de ellos) estaban también avergonzados. Además, éstos me miraban con expectación, como si esperasen que yo fuese a decirles algo. Pero no me referí en absoluto al incidente. En lo que me concernía aquello había terminado; pero necesitaría algún tiempo para encontrar algún modo eficaz para hacerles sentir mi cambio de actitud.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, se me ocurrió una idea. No era una idea concreta, sino algo a que fui dándole vueltas durante todo el camino hacia la escuela. Luego, después de la reunión general, en cuanto estuve sentado frente a mis alumnos, puse en práctica mi propósito. Quizá resultara un poco fuerte, pero no tenía otro remedio.

—Soy vuestro maestro y me parece conveniente daros a conocer algunos de los planes que tengo para esta clase. —Procuraba que mi voz sonase lo más natural y amable—. Vosotros y yo vamos a hablar, pero seremos razonables en nuestras relaciones. Querría que me escuchaseis sin interrumpirme en modo alguno y cuando yo termine cualquiera de vosotros que tenga que hablar podrá hacerlo sin que yo lo interrumpa. —Los observaba dispuesto a abandonar ese plan a la menor señal de que no iba a funcionar.

Estaban interesados, a pesar de ellos mismos. Incluso el desabrido Denham se inclinaba sobre su pupitre y me contemplaba con atención.

—La función que me está encomendada es enseñar, y haré cuanto pueda para que mi enseñanza os interese. Si en cualquier ocasión digo algo que no comprendéis o con lo cual no estáis de acuerdo, tendré mucho gusto en que lo digáis. La mayoría de vosotros abandonará la escuela dentro de seis meses o cosa así; eso significa que dentro de poco tiempo estaréis embarcados en una tarea de verdaderos adultos: ganarse la vida. Pensando en ello, he decidido que de ahora en adelante seréis tratados, no como niños, sino como hombres y mujeres jóvenes. Es decir, que yo os trataré así y que así os trataréis los unos a los otros. Naturalmente, cuando pasamos de niños a adultos, cuando dejamos de ser unos niños, se nos exigen ciertos niveles de conducta propios de hombres.

En aquel momento se abrió la puerta y entró jadeante Pamela Dare, que se apresuró a ocupar su puesto. Llegaba con mucho retraso.

—Por ejemplo —continué—, hay dos maneras de entrar en una habitación: una es de un modo controlado y digno, y otra, como si acabaran de darle a uno una patada en el trasero. La señorita Dare acaba de entrar de esta segunda manera. Estoy completamente seguro de que se propone demostrarnos ahora que sabe entrar en una habitación como una verdadera mujer joven y no como una niña alocada.

Ni siquiera hoy sé qué me hizo decir aquello, pero lo cierto es que lo dije. Me fastidió que entrase como una exhalación y que, insolente, no se disculpara por llegar tarde.

Todos los ojos estaban fijos en ella —que era probablemente lo que la muchacha se proponía—, pero en vez de apoyarla por su entrada violenta, la estaban contemplando, esperando su reacción a mi desafío. Se ruborizó:

—Entonces, ¿qué, señorita Dare?

Su rostro reflejaba la humillación y la ira, pero se levantó, salió de la clase y volvió a entrar cerrando la puerta tras ella. Luego, con gran sorpresa mía, volvió a su sitio con gran dignidad.

—Gracias. A partir de hoy, tendremos en esta clase, en toda ocasión, ciertas cortesías. A mí me llamarán ustedes «señor Braithwaite» o sólo «señor», como quieran; y yo me dirigiré a las jóvenes llamándolas señorita —como harán también ustedes—, y a los jóvenes por su apellido.

Había planeado yo todo esto, pero lo iba desarrollando al ritmo de las circunstancias. Mis palabras produjeron un asombro general.

Potter fue el primero en protestar:

—¿Por qué vamos a llamarlas señoritas si tenemos mucha confianza con ellas?

—¿Cómo se llama usted?

—Potter.

—¿Cómo ha dicho usted?

—Potter, *señor*. —El «señor» le salió después de una pequeña pausa.

—Gracias, Potter. Ahora, dígame, ¿hay aquí alguna joven a la que no considere usted una *señorita*?

—¿Cómo, señor?

—Quiero decir si alguna de estas señoritas, a juicio de usted, no merece ser llamada señorita porque la considera una cualquier cosa.

Todas las chicas se volvieron a mirar a Potter desafiándole. Ante esta mirada colectiva de reproche, dijo el muchacho.

—No, señor.

—Debe usted recordar, Potter, que dentro de poco le exigirán esta cortesía en cualquier colocación que logre. Y le conviene mucho acostumbrarse a ello.

Ahora me estaban escuchando de verdad. Es posible que no me entendieran ni una palabra, pero no podía dudarse de que captaban el sentido general de mis observaciones.

—Hablemos ahora de la conducta general de esta clase: Primero, las jóvenes. Deben comprender que en el futuro tendrán que mostrarse dignas de la cortesía con que nosotros los hombres las tratemos. Como Potter decía, las conocen mucho, por tanto, querrán sentirse orgullosos de conocerlas, y esto dependerá por completo de ustedes. Hay ciertas cosas con las que deben tener ustedes cuidado y le he rogado a la señora Dale-Evans que hable de ellas con ustedes hoy en la clase de Ciencia Doméstica. —Esto lo dije sin haber hablado todavía con Grace, pero lo haría en el recreo y estaba seguro que no me negaría su ayuda.

—En cuanto a los jóvenes, debo decir que he conocido a cargadores de puerto mucho más limpios y de aspecto más cuidado que ellos. Nada hay de afeminamiento ni debilidad en la sana costumbre de lavarse las manos y la cara y de llevar limpios los zapatos. El hombre que de verdad es fuerte y duro, no necesita demostrarlo con una manera de vestir especial ni por el corte del pelo. Esa cualidad de «duro» que

tanto les atrae a ustedes, es una actitud de la mente como la valentía, la honradez o la ambición y nada tiene que ver con la exhibición de los músculos y las posturas de circo. Supongo que dentro de un par de años pensaréis en novias. Créanme ustedes: ellas les encontrarán mucho más atractivos con la cara, las manos y los dientes limpios que sucios.

Hice una pausa para que digiriesen aquello.

—Ustedes constituyen lo que llamamos la clase superior. Y esto significa que deben establecer en todo el nivel al que el resto de la escuela debe aspirar, porque es inevitable que los más jóvenes les imiten a ustedes. Procurarán andar igual que ustedes, emplear las mismas palabras y vestirse lo mismo, así que mientras permanezcan ustedes en la escuela, serán responsables de una buena parte de la conducta de esos chicos. Como clase superior han de ser ustedes de verdad superiores en limpieza, conducta, cortesía y trabajo. Estoy dispuesto a ayudarles en todo lo que pueda, con el ejemplo y el estímulo. Estoy convencido de que llevan ustedes dentro la posibilidad de convertirse en una clase ejemplar, la mejor que haya tenido esta escuela. Sin embargo, es muy posible que esté equivocado. Todo depende de ustedes. Ya lo veremos con el tiempo. ¿Alguna pregunta?

Se levantó una mano.

—Dígame, señorita Joseph.

—¿Y qué nos dice usted del señor Weston, que siempre va tan mal arreglado y con los zapatos sucios? ¿Eh, señor?

La cosa marchaba bien. Aquel «señor» le había salido con toda naturalidad.

—El señor Weston es un maestro, señorita Joseph y por tanto no lo criticaremos.

Esto produjo un murmullo de desaprobación.

—El maestro de ustedes soy yo, de modo que a quien pueden censurar es a mí si no estoy a la altura que yo les exijo a ustedes.

Había desaparecido el silencio hostil de los días anteriores. Comprendí que había logrado una considerable ventaja. No me hicieron más preguntas, así que les dije que podían emplear el tiempo restante en pensar sobre lo que les había dicho y comentarlo entre ellos, con tal de que lo hicieran sin alborotar. Me senté a observarlos. Durante el recreo, subí a la sala de profesores y le dije a Grace que la había comprometido, en un momentáneo impulso, a tener una conversación con las chicas. Cuando le expliqué de qué se trataba, le encantó la idea y me aseguró que obtendría un buen resultado.

El resto del día pasó bastante bien. Me encontraba más a gusto con ellos y me apliqué con entusiasmo a los temas, mezclando la naturalidad y lo amable con una corrección en las expresiones que esperaba les sirviese para ayudarles a mejorar su manera de hablar. Les animaba a pedirme que les explicase todo lo que no entendiesen bien.

Además, procuraba descubrir cuáles eran los jefes naturales de ellos. Y descubrí que Denham era acatado por los chicos, seguido por el gordo Potter, demasiado

perezoso para imponer su voluntad. Fernman y Seales eran tipos solitarios, aunque trabajaban bien en clase y jugaban en el patio tan ruidosamente como los demás. Había esperado que Pamela Dare fuese la «jefa» de las chicas, pero no era así. Tenía un par de amigas que la seguían siempre, pero se mantenía apartada con una cierta hosquedad que me resultaba extraña e intrigante. Era desde luego la más lista de la clase y sus deberes estaban bien escritos, precisión y nitidez que hacían juego con su aspecto personal. Moira Joseph era la muchacha en torno a la cual circulaban las demás. Alta, esbelta y vivaz, tenía una cierta inclinación y evidentes condiciones naturales para la seducción inocente o involuntaria. La mayoría de los muchachos andaban siempre tras ella. Me dije que si lograba conseguir que estos reyezuelos cooperasen conmigo, era muy probable que los demás lo hiciesen también.

Aquella noche, camino de casa, acompañé hasta el autobús a la señorita Blanchard y le conté lo que había hecho en mi clase. Ella dudaba de que fuera sensato imponerles un código social tan ajeno a su ambiente familiar; sin embargo, ya que me había embarcado en aquella aventura, deseaba que me diese el mejor resultado. Me sentía secretamente halagado por la preocupación que leía en sus grandes ojos y estaba más decidido que nunca a triunfar en mi propósito.

Capítulo 10

Era la mañana del viernes y me hallaba sentado tras mi mesa contemplando la absorta aplicación de mis alumnos, que escribían su «revista semanal». Estaban muy tranquilos y yo me preguntaba qué comentarios harían sobre los recientes acontecimientos de la clase. Poco después de haber empezado a escribir, me preguntó Jackson:

—¿Cómo se escribe su nombre, señor?

Para que lo aprendiese, y también para todos los demás, lo escribí en la pizarra en letras mayúsculas. Aparte de esa breve interrupción, sólo se oyeron el leve rumor de las hojas de papel y el ruido de algún lápiz que se caía al suelo.

A la hora de comer, leí algunos de los trabajos. Eran, como había dicho el señor Florian, bastante justos, pero nada más que «bastante». Sin excepción, comentaban el nuevo sistema de dirigirse unos a otros con cortesía, pero eludían toda referencia a los incidentes que habían provocado esas medidas. Algunos de los chicos decían que les parecía idiota «llamar *señorita* a las fulanas de la clase» y que en cuanto las encontrasen fuera las llamarían con los nombres que se merecían. Algunas muchachas opinaban que era una frescura por mi parte hacer que la señora Dale-Evans les hablase de la conveniencia de lavarse y de cuidar de su ropa interior. Tenían la absoluta seguridad de estar limpias porque se bañaban todos los viernes por la noche.

Sin embargo, de todos esos «informes», resultaba evidente que les encantaba que los trataran como adultos y que el maestro les hablase como a iguales. Fernman escribió: «Nos habla como si entendiésemos todas las palabras que usa y la mayoría de nosotros procura poner cara de entenderlo». Esto me hizo sonreír: empezaban a entrar en el juego.

Me llevé a casa estas «revistas semanales». Me interesaba la opinión del matrimonio Belmont. Después de cenar estuvimos reunidos un buen rato y hablamos de esto. Les alegraba ver que las cosas iban por buen camino, pero me advertían que debía tener cautela. El señor Belmont me dijo:

—No te acostumbres a traerte trabajo a casa, Rick. Esto revela una falta de plan. Acabarías encerrándote aquí horas y horas después de la escuela. La enseñanza es como tener una cuenta corriente en el Banco. Puede uno sacar dinero de ella mientras la tiene bien provista con renovados fondos; pero si no, se ve uno en un apuro. Y todo buen maestro debe tener un buen fondo de información del que sacar cuando lo necesite; un fondo que incrementará con regularidad gracias a nuevas experiencias, nuevos pensamientos y hallazgos, mediante lecturas y tratando a la gente de la que puede obtener esos conocimientos vitales.

—Es que no creo que pueda poner en marcha en ese ambiente, y dada mi raza, un

movimiento social —reliqué.

—No digas tonterías, Rick. Ahora cuentas con una colocación seria y no has de preocuparte por eso. Lo que debes hacer es salir y conocer gente. Estoy seguro de que hay por ahí muchísimas personas de excelente condición que no tienen prejuicios.

—Muy bien, Papi, pero lo que más me gusta es quedarme en casa con Mami y contigo.

—Te agradezco que lo digas, pero ya estamos viejos y un poco anquilosados. Necesitas la compañía de gente joven como tú. Además, Jess, ¿verdad que ya es hora de que tenga novia?

La señora Belmont me sonrió.

—Déjalo, Bob, le sobra tiempo para eso.

Estuvimos hablando de otras cosas, pero no olvidé lo que había dicho Belmont y no volví a llevarme deberes a casa para corregirlos. A partir de entonces tomé la costumbre de corregir los trabajos a medida que los iban haciendo, para lo cual me paseaba por la clase. Ayudaba a éste, corregía a aquél sobre la marcha, leía lo que había terminado otro... Descubrí que este procedimiento ofrecía la gran ventaja de señalar los errores mientras estaban aún frescos en la mente del alumno.

Mi relación con ellos fue mejorando día tras día. Al principio hubo una avergonzada resistencia a llamarles «señorita» a las chicas, con las que ellos tenían una confianza tan grande, pero paulatinamente se acostumbraron y los resultados fueron estupendos. También empezaron a poner un mayor cuidado en su apariencia y, en general, su conducta era menos turbulenta.

Yo les hablaba un poco de todo y, con frecuencia, la campana para el recreo, la comida o el final de las clases, nos sorprendía enfrascados en alguna interesante conversación colectiva. Me esforzaba en relacionar siempre cada lección con ellos mismos, personalmente, mostrándoles así que toda la finalidad de la enseñanza era el desarrollo de su pensamiento y raciocinio. Algunos de ellos resultaron muy inteligentes: Pamela Dare, Potter, Tich Jackson, Larry Seales, Fernman..., mientras que otros exhibían un talento innato algo refractario a los estudios, pero que les serviría de mucho en la lucha por la vida. Se interesaban por mis cosas y me preguntaban por el sitio donde había nacido, los estudios que había hecho, mi participación en la guerra, todo ello con seriedad, aunque en tono amable.

Pero esto no era general. Denham y algunos de sus íntimos permanecían hostiles y alertas y no perdían oportunidad de ponerme en evidencia. Eran discretamente irrespetuosos y, como prueba de su resistencia a mi autoridad, seguían descuidando su aspecto personal. Desde luego, eran pocos y decidí hacerles el menor caso posible, con la fundada esperanza de que acabaría contagiándoseles la predominante actitud de cooperación.

Pero la cosa no había de ser tan fácil. Una mañana, nuestra lección de geografía trataba del vestir. Discutimos sobre la clase y cantidad de ropa empleada, según las varias condiciones climatológicas: los esquimales y la zona frígida, con sus trajes de

pieles; los finos trajes de algodón usados en el Caribe y demás climas semitórridos...

—Señor, tengo en casa una revista ilustrada y allí se ven mujeres desnudas por la parte de arriba; negras, señor, que bailan y demás. —La voz de Tich Jackson revelaba que su interés por aquella revista no era precisamente de investigador científico.

—Sí, Jackson, es cierto que mucha gente de los trópicos apenas lleva ropa encima. Y algunos pueblos primitivos sólo cubren su cuerpo con brochazos de pintura en algunos sitios.

—Los antiguos britanos se pintaban también el cuerpo, señor.

—En efecto, señorita Dare, pero no debemos olvidar que para ellos la pintura corporal era sólo un adorno y no un medio de protección contra el frío. Algunos pueblos se pintan de modo extraño para asustar a sus enemigos. Algunas tribus africanas y de indios norteamericanos se pintaban con esa finalidad.

—Pues pasarían mucho frío, señor.

—¿Quiénes, señorita Benjamín?

—Ésos que ha dicho usted, señor, los antiguos britanos y esas tribus.

—No, porque vivían en cuevas y se cubrían con las pieles de los animales.

—¡Sería formidable ver a una mujer de las cuevas vestida con un abrigo de pieles!

Lo había dicho Denham, que nunca perdía una oportunidad. Todos le rieron la gracia y yo también. Sin duda, la imagen era divertida.

—No eran abrigos cortados al estilo de hoy, Denham, sino utilitarios. Bastaba con que sirvieran para quitar el frío.

Tendría que callarse mientras digería aquello.

—Desde los días en que los antiguos britanos obtenían sus abrigos de pieles directamente de los animales, la vestimenta británica ha pasado por varias etapas importantes. Precisamente hay ahora una exposición en el Museo Victoria y Alberto, donde puede verse muy bien esa evolución. Si este tema le interesa a alguno de ustedes, le aconsejo que vaya al museo cuando pueda.

—¿Por qué no nos lleva usted, señor? —me preguntó Bárbara Pegg, la chica alta y pecosa, cuyos ojos sonreían siempre. Me miraba esperanzada. Nunca se me había ocurrido semejante cosa: nada menos que conducir a través de Londres un grupo tan numeroso de chicos y chicas, pero respondí:

—Si un número suficiente de ustedes se interesa por esto, hablaré con el señor Florian.

—Sí, sí, señor —dijeron muchos de ellos con gran animación.

En la última fila sonaban unas risitas contenidas y mirando hacia allá, vi que Denham y su amigo Sapiano se estaban divirtiendo con algo que ocultaban tras la tapa entreabierta del pupitre. Me acerqué a ellos y abrí del todo la tapa. Dentro había un ejemplar del *Weekend Mail*, con una fotografía muy ampliada de una hermosa joven con el más pequeño de los bikinis. Denham se afanaba, con un lápiz, en la tarea de hacer inútil la ya escasísima tela.

Me apoderé del semanario y cerré el pupitre. Denham, echado hacia atrás en su asiento, me miraba con insolencia. Sin duda alguna, su intención había sido que yo lo «sorprendiera». Sin decir ni una palabra, hice pedazos la imagen pornográfica, volví a mi mesa y tiré los pedazos en el cesto de los papeles. Cuando me alejaba de él, oí perfectamente que murmuraba Denham: «¡Este j... hijo de perra!». Continué explicando la lección como si nada hubiera sucedido.

El rostro de Denham reflejaba ahora la más enconada de las iras. Había deseado que hubiera pelea, para marcarse un triunfo en la clase, y se sentía terriblemente decepcionado. Los demás me miraron alarmados cuando rompí el semanario, pues conocían de sobra cómo se las gastaba Denham, y sus miradas sorprendidas y muy inquietas me estaban previniendo contra algo muy desagradable.

No tardaría en saber de qué se trataba.

Capítulo 11

En la mañana del jueves toda la clase daba señales de gran excitación y como de estar esperando que ocurriese algo. Durante el recreo no salieron al patio, sino que permanecieron en el aula en pequeños grupos, que se callaban en cuanto yo me acercaba, pero no pude descubrir en esta actitud ningún significado concreto. Las lecciones prosiguieron poco más o menos como siempre, aunque con un ambiente muy cargado.

Por la tarde, bajamos al gimnasio. El equipo estaba dispuesto ordenadamente en el comedor, ya despejado (era el mismo local para ambas cosas). Entre los varios aparatos gimnásticos, el caballo de madera para los saltos, sobre cuyo lomo había colgados —con los cordones atados— varios pares de guantes de boxeo. Los muchachos, con una sola excepción, estaban con el torso desnudo, descalzos y con *shorts* azules. Sapiano se hallaba sentado en un banquillo bajo y tenía vendado el brazo derecho desde el codo hasta la muñeca.

—Alinéense en el centro, por favor —les dije.

Me obedecieron en seguida formando dos filas, por estricto orden de estatura. Pero entonces se adelantó Denham:

—Por favor, señor.

—Diga, Denham.

—¿No podemos empezar hoy con el boxeo, señor?

—¿Por qué, Denham?

—Por nada, señor, es que nos gustaría un poquito de variación.

—Muy bien. Emparéjense según la estatura.

Como si estuvieran previamente de acuerdo, se emparejaron en un momento. Sólo quedó Denham sin contrincante.

—Mi compañero está lesionado, señor —y señaló al vendado Sapiano—. ¿No le importaría boxear conmigo, señor?

Los demás nos miraban con enorme expectación.

—Puede usted esperar y probar luego con Potter o con cualquier otro.

Todo resultaba ya muy claro.

—Cuando terminen estarán reventados, señor —insistió Denham—. Me gustaría entrenarme con usted, señor.

Los demás, que no querían perderse el espectáculo, me animaron a coro:

—Ande, señor, boxee un poco con él.

—No, Denham, lo lamento, pero no podemos boxear. Por lo menos, hoy.

Denham me miró, despectivamente, se quitó los guantes y, de modo casual, los dejó caer encima de mis pies. Había conseguido lo que se proponía. Vi en seguida el pésimo efecto que mi negativa había causado en todos ellos. Creyeron que tenía

miedo al forzado Denham.

—Muy bien, vamos allá.

Cogí un par de guantes de los que pendían a través del potro de madera. Potter me los ató expertamente, mientras Sapiano, milagrosamente curado de sus lesiones en el brazo, hacía lo mismo con Denham. Los demás se habían instalado a lo largo de la pared, silenciosos y expectantes.

En cuanto empezamos a boxear, vi que la reputación de Denham estaba plenamente justificada: era rápido y golpeaba bien, aunque no sabía darle todo el peso necesario a sus directos. Por mi parte, trataba sólo de parar y esquivar para prolongar aquello un tiempo que no me dejase mal. Me había metido en esta aventura estúpidamente y sólo podía ya librarme con el menor daño posible para mi dignidad de maestro y para mi persona.

—Ande, señor, dele fuerte. —Reconocí la voz de Patrick Fernman, desilusionado. Seguramente, estaban todos decepcionados de la tibieza de mis esfuerzos.

De repente, Denham logró alcanzarme la cara. El golpe me dolió mucho y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas; noté el sabor salado de la sangre. Me irrité; aquello iba en serio. Puede que fuese el haber visto la sangre en mi cara o los gritos con que le animaban sus íntimos, lo cierto es que Denham se envalentonó y avanzó hacia mí con la guardia abierta. Le alcancé. Mi puño enguantado se le hundió en el plexo solar y exhaló aire mientras se doblaba y caía al suelo con cierta lentitud.

Hubo un momento de estupefacto silencio y luego Potter y otros se acercaron presurosos para prestarle ayuda.

—Déjenlo donde está y formen la fila inmediatamente para saltar. Clarke, recoja del potro los guantes y póngalos junto a la puerta.

Con gran sorpresa mía me obedecieron sin dilación, mientras yo trasladaba a Denham a un banco bajo que había a lo largo de la pared. Había perdido el sentido, pero en seguida comprendí que no tardaría en recobrarlo y la cosa no tendría peores consecuencias. Cuando se repuso continué con la lección de gimnasia que se desarrolló como una seda. Todos querían portarse lo mejor posible y realizaban los diversos ejercicios sin que yo tuviera que decirles nada. Ahora me miraban como si de pronto hubiera crecido a sus ojos.

Cuando terminamos, despedí a la clase y me quedé sólo con Denham. Todavía estaba con mala cara.

—Fue un golpe de suerte, muchacho; no quise hacerte daño. ¿Por qué no vas al lavabo y metes la cabeza en el agua fría? Te encontrarás mucho mejor.

—Sí, señor. —Su voz titubeaba, pero bastó oírle esas palabras para comprender cuánto había variado de actitud hacia mí. Le ayudé a ponerse en pie y llamé a Potter, que andaba por allí cerca, para que le acompañase al lavabo.

Aquel incidente señaló un viraje en mis relaciones con la clase. La actitud de Denham no cesaba de cambiar en un sentido favorable y lo mismo la de sus compinches. Por supuesto, no dejaba de gastar alguna broma de cuando en cuando o

algún comentario atrevido cuando se le presentaba una buena ocasión, pero ya eran mucho más aceptables para todos nosotros, pues le faltaba aquel espíritu rebelde y vicioso que hacía tan intolerables sus salidas. Se cuidaba mucho más de su aspecto personal e incluso se mostraba cortés y deseoso de ayudar.

Al desaparecer este foco de resistencia tan importante, la clase empezó a avanzar a gran velocidad. Además, noté de repente que mi propia actitud hacia ellos había experimentado un cambio de gran importancia. Sentía más que una mera satisfacción ante la obediencia, el respeto y la atención de mis alumnos. Lo que me estaba sucediendo era que los quería, que de verdad les estaba tomando cariño colectiva e individualmente. Al principio, emprendía mi día escolar con cierta preocupación, incluso asustado, aunque decidido a cumplir mi obligación del mejor modo posible. Ahora, en cambio, me acercaba a ellos en una disposición de ánimo completamente distinta: quería enseñarles *por ellos mismos*, no porque yo fuese un maestro con ese deber, y sus progresos me producían un gran contento. Me encantaba estar con ellos y cada vez se me presentaban más ocasiones de admirarme ante la evolución de sus puntos de vista, que ya eran de adultos y no de niños difíciles. Cada día aprendía yo un poco más de ellos. Algunos se quedaban en la clase, en el recreo, y charlábamos de muchas cosas.

Procedían, en su mayoría, de familias numerosas y comprendían perfectamente la necesidad e importancia del dinero; incluso se daban cuenta de que urgía que ayudasen a sus padres con su trabajo y subviniesen también a sus propios gastos de vestidos, maquillaje, espectáculos, etc... Hablaban del hacinamiento por falta de viviendas, de los problemas matrimoniales y de los hijos con la mayor naturalidad. Una de las muchachas contaba cómo había tenido que ayudar en el inesperado nacimiento de un hermanito suyo y lo hacía con la misma naturalidad que una comadrona.

Las lecciones eran cada vez más provechosas. Yo seguía con mi sistema de relacionarlo todo con la vida cotidiana de mis alumnos: los pesos, con los alimentos y el combustible; las medidas, con los vestidos, y así con todo, de manera que de lo concreto podían pasar a lo abstracto. En cuanto a la Geografía y la Historia, leíamos y charlábamos para tratar esas disciplinas como temas vivos y yo me encontraba en la privilegiada posición de poderles ilustrar las lecciones con mi experiencia personal en lo relativo a países y a la Historia reciente.

Tomaban un gran interés por cuanto les explicaba, y se apasionaban por temas que nunca habría sospechado yo que pudiesen atraerles. A veces, cuando llamaban a recreo, a comer o daban la hora de acabar el día escolar, nos costaba un gran esfuerzo interrumpir alguna acalorada discusión sobre un asunto serio.

El director de la escuela se presentaba a veces inesperadamente y se veía también arrastrado a la discusión en marcha. Estaba muy satisfecho con el progreso que yo había logrado. En una de estas ocasiones, le hablé del proyecto de visitar el Museo Victoria y Alberto.

—No se lo aconsejo —me dijo—. Aquí los ha llevado usted admirablemente, pero ir con ellos por Londres sería muy diferente.

—Creo que se portarían muy bien, señor.

—Incluso en los mejores niños, hay una tendencia a hacerse el gracioso y alborotar en cuanto se les saca del confinamiento de la escuela, y éstos no son una excepción. Probablemente son peores que la mayoría.

—Quisiera intentarlo, señor.

—Solamente podría permitirselo si convenciera usted a una de las maestras para que le acompañase. Tenga en cuenta, Braithwaite, que, según lo dispuesto por el Consejo, está terminantemente prohibido que un solo maestro vaya por la ciudad al cuidado de tantos niños.

—Entonces, intentaré convencer a alguna de las colegas.

—Muy bien. Si ella quiere, dígamelo y le proporcionaré el permiso de circulación necesario.

Sonreía maliciosamente y me pregunté en quién estaría pensando.

—Pero ¿qué haremos, señor, con la clase de esa colega mientras viene conmigo?

—No se preocupe; yo mismo me encargaré de eso.

En el almuerzo, le hablé de mi plan a la señorita Blanchard.

—¿Querría usted venir conmigo, señorita Blanchard?

—Me llamo Gillian.

—Y yo Ricky. —Me sonrió—. Bueno, ¿me ayudas o no?

—Me encantaría. ¿Cuándo piensas ir?

—En cuanto el director me consiga el permiso.

La cosa iba muy bien.

—Dime, ¿por qué no se lo has pedido a la señorita Clintridge?

—No sé, supongo que porque no se me ocurrió.

—¡Ah! —me miraba, maliciosa, con aquellos ojos tan expresivos.

Cuando los demás regresaron del comedor, les conté la visita que me proponía hacer con mi clase y que la señorita Blanchard me acompañaría. No parecían muy convencidos de que mi proyecto pudiera realizarse. Mientras estábamos hablando, llamaron a la puerta de la habitación. Abrió Weston. Era Patrick Fernman, que preguntó:

—Por favor, señor, la señorita Dare quisiera saber si alguien ha arreglado ya la red de baloncesto de las chicas.

—¿La señorita quién? —exclamó Weston, con enorme asombro.

—La señorita Dare, señor. —Fernman miró la cara perpleja de Weston e insistió —: Pamela Dare, señor.

Sin responder, Weston se alejó de la puerta y se reclinó sobre la chimenea. Su expresión era de una estudiada estupefacción. Mientras, cogí del armario de los deportes una red nueva, que di a Fernman, el cual se marchó a toda prisa y dio un portazo. Su turbación le había hecho olvidar las reglas de la etiqueta.

—En fin, esto es el colmo —dijo Weston con una sonrisa que en realidad era una mueca—. Imagínense ustedes: un alumno de esta escuela diciendo: «La señorita Dare querría saber si...». —Me señaló con la pipa que tenía en la mano, en un gesto teatral—. ¿Me quiere usted decir, joven, qué diablos está ocurriendo en su clase? ¿Es concebible ese estilo ceremonioso en esta selva que nos tiene rodeados?

—¿Cree usted?

No había pensado que me vería en la situación de tener que defender el progreso logrado con tanta dificultad en la conducta de los chicos y no veía con claridad qué quería decir Weston.

—¿Para qué sirve todo eso? —prosiguió sacando su peludo brazo de la manga ribeteada de cuero en los puños. Parecía el brazo de un espantapájaros—. ¿Acaso se propone usted realizar un experimento de cultura popular?

—No se trata de eso. Sencillamente, un ejercicio de cortesía elemental. ¿Es que le molesta a usted? —Empezaba a sacarme de quicio aquella sonrisita burlona.

—¿Molestarme? En absoluto. Pero ¿también usted las llama «señoritas» o está usted exento de esa obligación por su privilegiada posición?

Los demás nos estaban observando y me sentí molesto.

—Sí; también yo las trato de «señoritas».

—Muy loable, sí señor, y muy democrático —replicó acentuando su empalagosa sonrisa—. Pero, dígame, ¿se espera de nosotros, los bastos y rudos, que sigamos ese ejemplo?

—No es necesario. Se trata únicamente que mi clase y yo hemos llegado a un acuerdo para emplear determinadas cortesías.

—¡Gracias a Dios que eso no va con nosotros! No me concibo dirigiéndome a esas zaparrastrosas como «señoritas», a la vez que Denham y compañía.

—¿Quiere usted decir que le molestaría que esos chicos le den a usted una lección de cortesía, señor Weston?

Esto lo dijo la señorita Dawes y yo no podía creer a mis oídos. Nunca podría habérmela imaginado defendiendo a nadie que no fuera la señorita Phillips.

—No necesito lecciones de modales de ninguno de esos bestias... ni tampoco de vírgenes profesionales, por supuesto.

La señorita Dawes se ruborizó pero prosiguió valientemente:

—Con tal de que aprenda usted, no debe importarle, señor Weston.

—Has estado muy bien, Josy —intervino Clinty.

—Claro, ya comprendo que para alguna gente es lo más natural del mundo decir: «Sí, mi ama; sí, mi amo».

Su caricatura de un negro servil era tan grotesca que estuve a punto de sonreír. Pero la intención que se escondía tras las palabras, nada tenía de divertida y me sentí bastante aliviado cuando Grace, con su tacto habitual, intervino en la conversación para desviarla.

—A propósito, Ricky —me dijo—; ¿qué le has dicho a Droopy?

—¿Droopy? ¿Quién o *qué* es Droopy?

—Vamos, no te hagas el tonto. Me refiero a Jane Purcell, la de tu clase. Ya sabes..., la del busto prometedor...

—Ah, ya sé. Pues no le he dicho nada especial. ¿Por qué?

—Es que de pronto se ha vuelto muy consciente de sus... glándulas mamarias. — La risa de Grace se contagió a todos.

—Y ahora quiere que le aconsejen el tipo adecuado de *brasière*... Nunca me gustó esa palabra porque suena a cosa donde guardar brasas.

—Entonces no está tan mal el nombre. —Clinty no dejaba fácilmente que la superasen en ingenio.

—Pues parece que ha escogido a la persona más adecuada para aconsejarla —dijo Weston, mirando con sus ojos de buho el atractivo busto de Grace. Tenía yo la seguridad de que la maraña de pelo de su barba nos estaba ocultando el gesto lascivo que su voz tan claramente revelaba.

—Tampoco a usted le vendría mal algún buen consejo.

La voz de Grace era cortante y Weston se calló.

Me sentía un poco molesto por la tensión creada en la sala de profesores. Había creído que mi presencia era el trapo rojo que excitaba al toro de Weston, pero acababa de descubrir que su actitud hacia mí era sólo parte de una situación general que había existido desde antes de mi llegada. La mayoría de las maestras estaban hartas —esto resultaba evidente— de aquel colega que nunca participaba en una conversación si no era para mostrarse sarcástico o crítico. Noté que Gillian permanecía indiferente a aquello. Parecía especialmente capacitada para representar el papel del observador y dejar que las discordias pasaran sobre ella sin tocarla, confiada en su propia serenidad y educación, que la mantenían inmune a las mezquindades. La señorita Phillips tampoco se sentía afectada por ello, aunque por diferentes motivos que Gillian: pasaba el tiempo libre en el extraño mundo de su fantasía, cerrado irrevocablemente para todos nosotros, con la excepción de la señorita Dawes, la cual, hasta su valiente intervención de ese día, nunca había permitido que nada invadiese su recinto íntimo y secreto.

Pero los choques de personalidades que se producían en la sala de profesores carecían de importancia siempre que sus repercusiones no llegasen a las clases. Lo que importaba eran los niños y no los maestros.

Capítulo 12

Después del almuerzo, la clase recibió con gran alegría la noticia de la visita al Museo Victoria y Alberto. Les dije que la teníamos preparada para el jueves siguiente y que la señorita Blanchard me acompañaría para ayudar a mantener el orden. Esto provocó algunas risitas bien intencionadas, y Pamela Dare preguntó:

—¿Es necesario que venga ella, señor?

—Pues sí, señorita Dare. El Consejo no permite que cuarenta y tantos chicos vayan por las calles vigilados sólo por un maestro.

—Me gusta la señorita Blanchard; es estupenda. —La redonda cara de Tich Jackson se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—Cállate, Tich, nadie te ha preguntado nada. —Tich miró asombrado a Pamela Dare, cuyo tono había sido innecesariamente hostil.

—Debe usted llamarme Jackson —dijo el chico suavemente—. Mi apellido es Jackson.

La muchacha le hizo una mueca y sacudió su cabellera pelirroja en un gesto de desafío.

La mañana del jueves, cuando llegué a la escuela, fui primero al despacho del director a recoger el permiso de circulación para nuestra pequeña expedición artística, así que cuando entré en mi clase me esperaban ya todos. No estaba preparado para lo que vi: todos los chicos bien lavados, peinados, cepillados y relucientes. Las muchachas se habían arreglado mucho y era evidente que la mayoría se habían pintado los labios. Me sorprendió agradablemente ver que los chicos se sentían orgullosos de su buen aspecto.

Estaba vacío un pupitre. El de Tich Jackson. Pasé lista sólo por fórmula, pues ya podía descubrir, con una sola ojeada, quienes se hallaban presentes o ausentes. La clase era ya como una parte de mí mismo.

Como siempre, recogí el dinero de la comida y estaba esperando a la señorita Blanchard cuando afuera se produjo una pequeña conmoción. Crucé hasta la puerta y la abrí. En el umbral había un gran lío de ropa y por debajo sonaba una voz angustiada:

—Soy yo, señor, Jackson. Tengo que llevar el saco de la ropa sucia para mi madre. No se vayan ustedes sin mí, señor, que estaré de vuelta en un instante. —Sin esperar mi respuesta, el enorme paquete se puso en marcha y desapareció por el pasadizo, coreado por las risotadas de toda la clase. Tampoco yo pude contener la risa.

Gillian llegó pronto y dividimos la clase en dos grupos para manejarla mejor. En cuanto volvió Jackson salimos hacia el Metro.

En Whitechapel trasbordamos para South Kensington. A aquella hora de la

mañana no había muchos asientos disponibles y hubo que distribuir a los chicos en dos coches en grupos de tres o cuatro, según los sitios vacíos. Yo quedé emparedado junto a una puerta con Moira Joseph, Bárbara Pegg y Pamela Dare, las cuales charlaban muy animadamente conmigo acerca de lo que suponían que íbamos a ver. En la calle Cannon subieron dos señoras mayores, muy bien vestidas, y se quedaron de pie junto a nosotros. La mirada de reprobación que dirigieron a nuestro grupo, no podía escapársele a nadie y no tardaron en ponerse a murmurar sobre «esas desvergonzadas muchachas de hoy que van con negros».

Me sentía muy fastidiado y esperaba que las chicas estuviesen lo bastante absortas en sus charlas para no oír aquellas impertinencias, dichas precisamente para que las oyéramos.

Bárbara Pegg, que estaba más cerca de las dos señoras, fue la primera en oírlas. Se inclinó hacia Pamela y le murmuró algo al oído. Ésta se movió hasta quedar en el sitio que antes ocupaba Bárbara. De pronto volvió la cara hacia ellas y les espetó, con una mirada furiosa:

—Es nuestro maestro. ¿Les importa a ustedes, eh?

Lo había dicho con la intención de ofenderlas y logró su propósito. Las mujeres desviaron la mirada, desconcertadas y asustadas, mientras los demás viajeros estaban pendientes de la indignada Pamela y de las entrometidas que, arrepentidas de su intervención, habrían deseado desaparecer.

Al llegar al Museo, reunimos a los niños para aleccionarlos. Provistos de papel y lápiz, habían de trabajar en grupos de seis o siete, dedicándose cada grupo a algún aspecto determinado de la vestimenta victoriana: dibujo, material, cosido, accesorios, peinados o pelucas, etc. Luego nos reuniríamos todos en la cantina del Museo a las once para tomar una taza de té y a las doce regresaríamos a la escuela. Les recordamos que debían portarse bien y no tocar los objetos expuestos.

Gillian y yo íbamos de un grupo a otro, dándoles consejos y resolviendo sus dudas. Gillian, con su gran encanto, tenía mucho éxito con los muchachos, que rivalizaban entre ellos para acaparar su atención.

Fue para mí una experiencia agradable y reveladora. Nunca habría imaginado que los niños podían tener tanto interés por la evolución histórica. Weston se había permitido sugerir que aquel entusiasmo por la visita al Museo no era más que un pretexto para librarse durante unas horas de la escuela; sin embargo, allí estaban profundamente interesados y haciendo unas preguntas que demostraban claramente cómo se habían preparado a su manera para lo que iban a ver. Tomaron el asunto muy en serio y hacían dibujos, tomaban notas y lo comentaban todo en voz baja.

Más tarde me encontraba tomando una taza de té con Gillian, Patrick, Fernman, Pamela y Bárbara. Hubiera sido difícil para un extraño adivinar cuál de las tres jóvenes era la maestra, pues Gillian era más baja que las otras dos y éstas parecían mucho mayores que de costumbre por haberse pintado los labios. Pamela, sobre todo, estaba impresionante, con su falda roja plisada, sus zapatos también rojos de tacones

altos y su pelo rojizo, atado con una cinta roja. Se veía que dentro de unos pocos años sería una mujer espléndida.

—Con eso estarían muy incómodas.

Sólo capté las últimas palabras del comentario de Gillian y la miré con un sentimiento de culpabilidad.

—De todos modos, estarían formidables con ese vestido. ¡Hay que ver, tanta tela para un solo traje! —La cara de Bárbara rebosaba de entusiasmo.

La conversación, naturalmente, giraba en torno a lo que habían visto en el Museo: cosas que habían estado fuera de su mundo hasta entonces y, sin embargo, los comentarios eran de una agudeza sorprendente. Fernman, cuyos padres trabajaban en la industria de ropa confeccionada, resultó poseer un inesperado conocimiento del arte de los tejedores flamencos y nos contó que su abuela tejía seda en su propio telar de mano.

Me hallaba satisfechísimo de la conducta de mis alumnos; podían haber servido de modelo para la mejor escuela. Denham y Potter, por lo visto, se habían nombrado a sí mismos lugartenientes míos y, poco antes de las doce, los vi ir de grupo en grupo reuniendo a la clase y a una señal mía dirigieron la marcha hacia la estación del Metro.

Una vez en el tren y libres por fin de la insólita tensión de más de dos horas de contención, volvían a ser ellos mismos y charlaban y se gastaban chistes sobre las cosas que habían visto. Parecían una manada de monos alegres. De vez en cuando, llegaba a mis oídos la expresión, ya familiar para mí: «El señor dijo...», y esto constituía un constante recordatorio de la gran responsabilidad que había cargado sobre mis hombros. Ahora aceptaban como artículo de fe todo lo que yo les decía porque me habían aceptado a mí personalmente y nadie parecía dispuesto a poner en duda la autenticidad de cuanto llevase la etiqueta «el señor dijo».

Cuando regresamos a la escuela, los chicos se fueron unos al comedor-gimnasio y otros a sus casas. Gillian y yo fuimos a la sala de profesores. Apenas la había visto durante el viaje de regreso y ahora, mientras nos comíamos nuestros habituales emparedados, me contó lo mucho que había disfrutado con la visita.

—Ha resultado mucho mejor de lo que yo esperaba, Rick. Me refiero a estar con ellos fuera de la escuela.

—Sé lo que quieres decir. Es verdad que, como opina la señora Drew, son muy buenos chicos en el fondo.

—Más aún. Cuando volvíamos, iba yo hablando con Moira Joseph y Effie Crook; me hablaban de igual a igual y tuve la extraña sensación de que sabían más que yo de la vida.

—No me sorprende. La madre de Moira ha estado en un sanatorio nueve semanas, con tuberculosis, me parece, y Moira hace las veces de madre y cuida de toda la familia. Dos hermanitos suyos están en la escuela de párvulos aquí cerca. Por eso tiene permiso para salir de clase temprano para recogerlos.

—¡Dios mío, qué vida lleva la pobre!

—Pues no creo que a ella le importe mucho; más bien la divierte. Me contó cómo alaba su padre los guisos que hace ella. Creo que cometemos el error de considerarlos a todos ellos, sin distinción, como unos «niños».

—No, yo no los llamo así; por lo menos no a todos ellos. Y a propósito, he notado que esa chica Dare está loca por ti.

Me quedé mirándola, desconcertado, sin saber qué decirle. Las mujeres le sueltan a uno con toda tranquilidad las cosas más tremendas.

—Pero ¿lo habrás notado, no? —aunque se sonreía, estaba hablando completamente en serio.

—No, no lo he notado. La trato lo mismo que a las demás.

—No seas tonto, Rick. Estoy segura de que es verdad que no te fijas en eso, pero que lo notes tú o no, es igual. Siempre ocurre así; tengo la seguridad de que algunos de los pequeños de mi clase se mueren de amor por mí —y su risa argentina llenó la habitación. Me era imposible enfadarme con ella.

—Me han dicho que tuviste un incidente esta mañana en el tren.

—Bah, no tuvo importancia. —Le conté detalladamente lo sucedido y cómo Pamela había hecho callar a las entrometidas. Me miró fijamente.

—Rick, creo que eres tú quien las trata como niñas. Pero no cometas ese error con esa joven, la Dare. Es una mujer en todos los sentidos de la palabra.

—Escucha un momento, Gillian; para mí carece de significado, en ese sentido a que te refieres, lo que ha hecho Pamela en el Metro.

—Como quieras. Pero no culpo en absoluto a la muchacha; eres... irresistible, ¿sabes?

Inmediatamente noté un cambio en la atmósfera. Algo, que llegaba de no sé dónde, había penetrado en nuestras relaciones; un nuevo elemento que me incitaba a controlarme. De repente me sentí agitado y confuso y, murmurando apresuradamente unas disculpas bastante tontas, la dejé y volví a mi clase. Aquello me había cogido por sorpresa. Cuando, sentado ya a mi mesa, pude pensar con más calma, me pregunté si no habría sido un insensato al darle tanta importancia a un sencillo comentario que una mujer puede hacer a la ligera. Me gustaba Gillian inmensamente; existía entre nosotros una deliciosa camaradería que yo deseaba conservar por encima de todo.

Mi vida en Inglaterra no había sido, en modo alguno, ascética. Durante mis días de estudiante había tenido uno o dos asuntillos, unos contactos pasajeros considerados sencillamente como tales por ambas partes. Y bajo la tensión de los cuales durante la guerra y la incertidumbre de sobrevivir, el sexo se había convertido en una parte de la situación general y yo no fui una excepción. Como muchos otros, salía con mujeres; el color de mi piel no importaba. A decir verdad, era un incentivo más para ellas, aparte del hecho de que yo dominaba varios deportes: rugby, fútbol, tenis, *cricket*, atletismo... y todo esto me presentaba a una luz muy favorable ante las

mujeres. Algunos de mis colegas blancos, menos afortunados que yo, me daban a entender sin rencor que quizá sentían curiosidad las mujeres por comprobar lo que hubiera de cierto en las historias sobre la excepcional potencia sexual de los negros. Debo reconocer que me relacioné con varias agradables compañeras y sinceramente espero no haber dejado fama de atleta sexual.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Mi vida se había adaptado a unas nuevas y diferentes condiciones y necesitaba pensar cuidadosamente cada paso que daba. Había podido observar —una vez terminada la guerra— la desaprobación que expresaban los rostros de los ingleses siempre que veían a una mujer blanca en compañía de un negro y si lo hubiera olvidado, el incidente de aquella mañana me lo habría hecho recordar. Una cosa era estar sentado tranquilamente en el refugio de la sala de profesores charlando con Gillian, y otra muy diferente exponerla a aquellas miradas de odio. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir nuestra relación tan agradable a la maldad de esas miradas que se proponían decididamente avergonzar a la mujer blanca, como si hubiera degradado abyectamente, no sólo a su persona, sino a todas las mujeres? Sólo las mujeres excepcionalmente fuertes de carácter podrían sobrevivir a un trato semejante.

Parece como si hubiese en Gran Bretaña una ley no escrita que requiriese que todo negro saludable y capaz, residente en el país, fuera célibe por inclinación o bien un maestro en el arte de sublimar sus instintos. Y si este negro busca una salida en las prostitutas o en las mujeres «fáciles», será considerado en seguida como un ser asqueroso e indeseable. ¡Qué idea tan inhumana, tan irracional! Así, los negros tienen que ser hombres, pero sin virilidad.

Me hallaba sumido en la confusión de estos pensamientos cuando entró Gillian en mi clase. Su rostro, habitualmente tan amable, presentaba una gran tirantez. Me levanté cuando se acercó a mi mesa:

—¿Qué pasa, Rick?

—Nada, mujer, nada. Es que necesitaba pensar un rato sobre algo.

—¿Y no podía haber esperado un poco ese algo? —Sus ojos oscuros brillaban de un modo fascinante en aquella cara empalidecida por la agitación interna.

—Sí, es verdad. Fue una estupidez por mi parte. Lo siento.

—¿Fue por lo que te dije? —le temblaban los labios levemente y en aquellos momentos sólo podía pensar en abrazarla.

—En parte, ha sido por eso. Es que de repente me di cuenta de algo mientras hablabas.

—¿Algo sobre ti, sobre nosotros?

—Sí, sobre nosotros.

—Yo he sentido lo mismo, Rick.

Me quedé mirándola, desesperado. Todo sucedía con tal rapidez que no podía mantener el paso a ese ritmo.

—¿Estás enfadado conmigo, Rick?

—¿Enfadado? ¿Y por qué había de estarlo?

—Entonces, muy bien. —Volvió a sonreír. Su sonrisa me producía siempre un efecto fascinante. Empezaba con un levísimo temblor en las comisuras de la boca y luego se abría rápidamente, como una ráfaga de luz que iluminaba el abismo de sus ojos.

—Te veré después de las clases. —Y se marchó, dejándome confuso, aturdido, pero con una inmensa felicidad.

A la mañana siguiente llegué un poco tarde a la escuela. Aquellos condenados trenes se hacían cada día más caprichosos. Los niños estaban todos en sus sitios cuando llegué, y al entrar yo me acogieron con una sola voz:

—Buenos días, señor.

Me quedé tan asombrado que tardé en devolverles el saludo. Aquello no había sucedido nunca. Por lo general, era yo quien los saludaba primero, antes de pasar lista, y alguno que otro me contestaba. Pero este coro disciplinado era algo completamente nuevo.

Salí de mi aturdimiento y me dirigí hacia mi mesa. Entonces, me encontré con otra enorme sorpresa: en el centro de la mesa había un gran jarrón en el que lucía, muy bien dispuesto, un ramo de flores. Algunas de ellas estaban estropeadas. Sin duda alguna, todas procedían de los diminutos patios y las macetas de las ventanas de sus casas. Para mí fue aquél el más maravilloso de los ramos de flores de todo el mundo. Me habían organizado colectivamente un espléndido recibimiento. Levanté la vista y, mirando sus rostros satisfechos y sonrientes por la buena impresión que me habían causado, dije de todo corazón:

—Gracias; gracias a todos.

Capítulo 13

La visita al Museo Victoria y Alberto figuró ampliamente en la «Revista de la Semana». La comentaron con toda libertad y del modo más serio, incluida su propia conducta. Cuando el señor Florian leyó esos escritos, quedó encantado y expresó su decisión de ayudar a cualesquiera otras visitas que yo planease en el futuro.

Llevaba ya dos meses con mi clase, y las lecciones resultaban cada día más interesantes. Empleaba todos los recursos que se podían ocurrir para estimular el interés de los chicos por su trabajo escolar. Aún tenía mucho que hacer en este sentido. Nuestras lecciones eran muy poco formularias y cada una de ellas se reducía a una especie de discusión en que yo les daba el tema y los animaba a expresar sus puntos de vista a base de los libros de texto.

Un esqueleto humano, que había estado mucho tiempo colgado en la sala de Ciencias, sin que nadie lo utilizase con fines pedagógicos, lo pusimos en servicio activo para la fisiología práctica y estas lecciones se hicieron muy populares entre los alumnos. Me hacían muchas preguntas, que yo contestaba con mucha amplitud. Los trataba como jóvenes y no como niños, y ellos respondían admirablemente a este trato. Cuando dije que el esqueleto era de una mujer, me pidieron la prueba; y, naturalmente, mi explicación sobre el ángulo y profundidad de la pelvis, motivó muchas preguntas sobre el sexo, el matrimonio, el embarazo, los partos... Me sorprendía la gran extensión de sus conocimientos, adquiridos de primera mano. Como miembros de familias numerosas que vivían hacinadas en casuchas, habían visto y oído lo bastante, desde muy temprana edad, de todos los mitos infantiles sobre la reproducción.

Incluso el silencioso Seales empezaba ya a hablar en la clase y pronto pudimos ver que estaba tan bien informado como el primero y que rebosaba de buen humor.

Empecé una lección de geografía diciendo:

—La geografía es el estudio de los lugares y de la gente, la flora, la fauna y los depósitos minerales que se encuentran en ella.

—¿Qué es eso de la flora y la fauna, señor?

—Flora es un término que se emplea para describir todos los crecimientos vegetales, ya sea en tierra o en agua: árboles, hierbas, plantas acuáticas, plantas cultivadas, etc... Fauna quiere decir toda la vida animal grande o pequeña. Hoy estudiaremos algunos aspectos de la vida en el continente africano.

—¿Usted no es de África, verdad, señor? —preguntó Seales, aunque ya había contestado yo muchas veces a esta pregunta.

—No, Seales; nací en la Guayana Británica.

—¿Dónde está eso, señor?

—En la costa norte de Sudamérica, y es la única colonia británica que hay allí. La

pueden ustedes encontrar fácilmente en el mapa entre Surinam y Venezuela.

—¿Eso es lo mismo que Demerara, ese sitio de donde viene el azúcar? —Esta pregunta de Fernman me la habían hecho incluso varios colegas míos que parecían lamentablemente mal informados sobre los territorios coloniales, protectorados y dependencias.

Sabían que Jamaica producía azúcar, ron y bananas; que Nigeria daba cacao, y que la Guayana Británica poseía grandes recursos naturales; pero, aunque estos nombres eran tan familiares para mis alumnos como los productos asociados con ellos, eran nombres de remotos lugares y nadie parecía verdaderamente interesado en saber algo sobre la vida de los pueblos que vivían allí, ni de sus luchas por un mejoramiento político y económico.

También los otros maestros usaban la palabra «nativo» como término genérico para toda población de color, incluso la que residía en Gran. Bretaña. Y su idea del negro estaba influida en gran medida por las habituales caricaturas de los libros y películas: individuo de carácter inestable e indolente, que vivía en una primitiva choza de barro o en algún poblacho de cabañas y que abordaba todos los problemas de la vida con una deslumbrante sonrisa, una danza sinuosa y alguna canción acompañada de tambores.

Pero no tenían ellos toda la culpa. Les habían enseñado con los mismos libros de texto que utilizaban ahora estos niños y habían digerido por completo la idea de que la gente de color era inferior física, mental, social y culturalmente a ellos, aunque en nuestro tiempo no estaba bien decirlo.

Los niños apoyaban a menudo sus argumentos en citas de esos libros de texto y en obras más recientes, cuando ya les había explicado yo cuáles eran las verdaderas condiciones de vida en algunos territorios coloniales; y tan poderoso es el prestigio de la letra impresa, que les resultaba muy difícil opinar de modo distinto a los autores de esos libros. Si algunas veces me ponía yo mismo como ejemplo, también para esto tenían una respuesta:

—Pero, señor, usted es diferente.

Le expliqué a Fernman, con ayuda de un atlas, que Demerara no era sino uno de los tres grandes territorios que constituyen la Guayana Británica y que el azúcar sólo era uno de los importantes productos que allí se dan.

—Nos estamos apartando de nuestro tema, que es África. Este continente es especialmente interesante por su diversidad de pueblos, religiones, orígenes, culturas y clima. El color difiere desde las pieles negras de los habitantes de la cuenca del Níger, a la piel blanca de los colonos europeos, pasando por la tez morena de los varios pueblos árabes.

—¿Los sudafricanos son blancos, no señor?

—Un sudafricano es el nativo de África del Sur, sea cual fuere el color de su piel.

—Pero todos los nativos son negros, señor.

—No, Fernman. Usted ha nacido en Londres y también Seales, y sin embargo son

ustedes de diferente color. Yo soy nativo de la Guayana Británica y allí hay miles de guayaneses británicos que son de piel blanca y rubios, pelirrojos o morenos.

Era una labor difícil por la poca ayuda que prestaban los libros de texto y, sin embargo, resultaba muy satisfactorio trabajar con estos jóvenes tan deseosos de aprender.

Una tarde, cuando regresaba a casa, vi en su puerta al tendero. Cuando me acerqué a él, me hizo señas para que pasara al interior de la tiendecita, que estaba atestada de jarros de caramelos, botellas de refrescos, cajones de madera y cartones de anuncios. Luego, inclinado sobre el estrecho mostrador, gritó algo en *yiddish*. De detrás de una puerta medio oculta, respondió una voz y apareció una mujerona matriarcal.

—Mamá, éste es el nuevo maestro de la escuela de Greensdale.

Abrió los brazos con el gesto de un prestidigitador que acaba de sacar un conejo del sombrero. Saludé, con una inclinación de cabeza y una sonrisa a la vieja, que me sonrió a su vez con deferencia.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó él.

—Braithwaite —respondí—. Ricardo Braithwaite.

—Yo soy Pinkus y ésta es mamá Pinkus. —Fue una presentación sencilla y cariñosa.

—¿Cómo está usted, mamá Pinkus?

—Creo que he encontrado un buen sitio para usted. —Se acercó al pequeño tablón de anuncios y arrancó una cartulina en la que, con muy pocas palabras, se anunciaba el alquiler de una habitación cerca de allí—. Mamá cree que es una buena habitación. Es posible que le convenga.

Tomé la tarjeta que me daban y les agradecí su interés. Verdaderamente, me había conmovido aquella amabilidad con que recordaron el asunto de mi alojamiento.

Creí preferible visitar inmediatamente aquella casa, pues había llegado tarde a la escuela con demasiada frecuencia, y aunque el señor Florian era muy comprensivo para mis dificultades con los medios de comunicaciones, mi deseo era encontrar lo antes posible un sitio próximo a la escuela. Si me gustaba el que me habían indicado, lo diría al matrimonio Belmont. Estaba seguro que comprenderían mis razones. Si no me gustaba, no tenía por qué plantearles esta cuestión.

La casa cuya dirección me habían dado estaba en una calle bastante sombría y desagradable, pero el pavimento frente a la puerta principal estaba muy limpio, así como el llamador de metal y las cortinas de encaje en las ventanas atestiguaban la limpieza de sus dueños. Algunas de estas personas del barrio se sentían tan orgullosas de sus pisitos como puede sentirse una duquesa de su palacio. Llamé y me abrió una mujer corpulenta de cara rubicunda. Me sonrió con agrado.

—Buenas tardes. He venido a preguntar por la habitación que anuncian ustedes.

Inmediatamente fue sustituida la sonrisa por esa fría expresión de retraimiento que yo conocía tan bien.

—Lo siento, ya no la alquilo.

—El señor Pinkus me dijo hace unos momentos... —insistí.

—Lo siento, pero he cambiado de idea. —Tenía los brazos cruzados sobre el estómago, y la firme expresión de su rostro e incluso todo su cuerpo subrayaban su tajante respuesta.

—¿Quién es, mamá? —preguntó una voz de muchachita desde el interior del piso.

—Un negrito que pregunta por la habitación. —Su boca escupió estas palabras como si tuviera la intención de insultarme con cada una de ellas.

Molesto y casi a punto de estallar de ira, me retiraba ya, cuando oí un súbito movimiento detrás de la mujer y una voz que exclamaba, consternada:

—¡Por Dios, mamá, si es el señor, mi maestro! —Volví la cara y detrás de la sorprendida mujerona pude ver el gesto de estupefacción en la cara pecosa de Bárbara Pegg—. Dios mío, el maestro...

Me prometí a mí mismo que aquélla era la primera y la última vez que intentaba buscar un alojamiento distinto al que tenía. Por muy lejos que estuviese de la escuela, mientras los Belmont quisieran tenerme con ellos, aquél sería mi único hogar. Pero durante algún tiempo, después de aquella escena, la pobre Bárbara rehuía mi mirada y enrojecía confusa si le dirigía yo la palabra en clase.

Unas cuantas semanas después, salí por primera vez con Gillian. Desde el día de nuestra visita al Museo habíamos evitado, como por un tácito acuerdo, aludir en modo alguno a las cosas tan íntimas que ambos deseábamos decir. Sin embargo, esto sólo servía para grabar aún más en nosotros el intenso afecto que sentíamos el uno por el otro y que era más profundo cada día. Fue Gillian la que acabó proponiéndome que saliéramos juntos una tarde y, por cierto, resultó una espléndida tarde. Reímos y charlamos, nos cogimos las manos en el cine, cenamos en Soho y disfrutamos todos los instantes de nuestra mutua compañía. Nunca he sido tan feliz.

No tardamos en salir juntos con regularidad al teatro, al *ballet* y al cine. En estas ocasiones, Gillian me fue contando su vida. Sus padres vivían en Richmond: su padre, que con frecuencia estaba en el extranjero, tenía algo que ver con las finanzas internacionales; su madre era figurinista. Ella, Gillian, tenía un piso en Chelsea e iba a Richmond cada vez que podía reunirse toda la familia. A pesar de la buena posición de los suyos, Gillian decidió, al acabar sus estudios hacía dos años, llevar una vida independiente y ganarse su vida. Había trabajado dieciocho meses en la Redacción de una revista para mujeres, pero se había cansado de este trabajo y decidió dedicarse a la enseñanza, no ya por el dinero, pues sus padres le tenían asignada una buena cantidad anual, sino porque la ponía en contacto con la gente de un modo directo.

Una tarde, cuando terminaron las clases, me hallaba solo en mi aula corrigiendo los deberes cuando llamaron a la puerta y entró la señora Pegg. Me levanté y la invité a sentarse.

—Buenas tardes, señora Pegg.

—Buenas tardes, señor. Veo que me recuerda usted.

Esperé a que continuase.

—Quiero hablarle de la habitación, señor. No sabía que era usted el maestro de Babs... En fin, ya sabe usted lo que quiero decir.

Sabía muy bien lo que había querido decir en aquella ocasión y lo que ahora quería decir.

—Creo que debíamos olvidar este asunto, señora Pegg.

—Pero yo no puedo olvidarlo, señor. Babs no hace más que hablarme de eso día y noche. Me ha insistido para que viniese a hablar con usted. Le puedo alquilar la habitación si lo desea, señor.

—Muy bien, señora Pegg, muchas gracias; pero he cambiado de idea en esto del alojamiento, por lo menos por ahora.

—¿Y qué voy a decirle a Babs? Va a creer que sigue usted furioso conmigo y que por eso no quiere usted alquilar la habitación.

Su voz revelaba una auténtica preocupación. Pensé que Bárbara debía ser una gran chica para ser capaz de meterle el temor a Dios a una persona tan maciza y de aspecto tan imponente como su madre.

—Déjeme usted a mí este asunto, señora Pegg. Hablaré con Bárbara y le explicaré la situación.

—Se lo agradeceré mucho, señor; le aseguro que aquel día no tenía yo mala intención y sería una pena que mi hija no olvidara nunca lo que pasó...

Por fin pude librarme de ella. No creí ni por un momento que a aquella mujer le preocupara si yo encontraba o no la habitación que buscaba, pero, cosa muy característica en muchas de estas mujeres, estaba dispuesta a tragarse sus propias opiniones y prejuicios con tal de contentar a su hija. Y la verdad que no estaba resentido por aquella negativa de la señora Pegg. Era comprensible que, tal como andaban las cosas, no quisiera una madre tener en casa un inquilino varón que compartiese un espacio tan reducido con una hija ya tan desarrollada, y el hecho de que yo fuera un negro sólo podía contribuir a arraigar más en ella ese temor, aunque, por supuesto, no podía disculpar su conducta tan grosera. Lo que de verdad importaba era que Bárbara no compartía los prejuicios de su madre. Si los jóvenes aprendían a pensar por sí mismos en cosas como éstas, habría que dar por bien empleado aquel penoso incidente.

Aquel mismo día encontré una oportunidad de hablar con Bárbara. Le dije que su madre me había propuesto alquilarme la habitación, pero que yo pensaba seguir donde estaba.

—La habría tomado usted, al principio, señor, si mi madre se la hubiera alquilado...

—Sí, es cierto, señorita Pegg, pero ya sabe usted que todos cambiamos de idea en estas cosas.

—¿Sigue usted furioso con mamá, señor? —la joven tenía una desesperada

necesidad de tranquilizarse.

—No, en absoluto. Nunca he estado furioso con ella. No puedo negar que al principio me fastidió un poco, pero me parece una muestra de generosidad por parte de ustedes dos este ofrecimiento, y lo agradezco muchísimo. Si por fin necesito mudarme de casa, se lo diré a usted y si la habitación sigue libre, la alquilaré. ¿Qué le parece?

—Estupendo, señor.

—Bien, y ahora olvidaremos todo este asunto, ¿no es eso?

—Sí, señor.

Me sonrió, completamente aliviada. Era una buena chica y probablemente podría darle a su madre, con el tiempo, varias lecciones de humanidad esencial.

Capítulo 14

En las vacaciones de agosto pude disfrutar del ocio: pasaba la mayoría del tiempo leyendo, visitando exposiciones, yendo al teatro, al *ballet* y a los conciertos... Tuve dos cartas de Gillian, que pasaba sus vacaciones con su madre en Ginebra. Eran unas cartas alegres, llenas de datos sobre los sitios que recorría, los paisajes que veía, las cosas que recordaba y que esperaba volver a compartir conmigo... Sería maravilloso volverla a ver.

Cuando empezó el nuevo curso, se hallaba ausente casi la mitad de la clase, en los campos de Kent, con otros miembros de sus familias. Ésta era una rutina anual, algo así como unas vacaciones con trabajo en el campo. La mayoría de los alumnos más animados de la clase estaban fuera y los otros se sentían un poco desorientados. Era indudable que los echaban de menos y que esperaban su regreso con tanta impaciencia como yo.

Pamela asistía ya a clase, pero parecía haber cambiado. Estaba siempre tranquila, alerta, pensativa y no mostraba deseos de participar en las sesiones de baile que antes la atraían por encima de todo. Me figuré que echaba de menos a Bárbara Pegg, la cual se hallaba en el campo con su madre y di por cierto que pronto sería Pamela la misma de antes.

La tercera semana de septiembre regresaron los que faltaban y, como yo había imaginado, volvimos a tener la misma animación que antes de las vacaciones. Me contaron lo bien que lo habían pasado, el dinero que habían ganado y lo que con él esperaban comprar. Bárbara Pegg regresó también, y supuse que Pamela abandonaría en seguida su actitud melancólica, pero, aunque sonreía de vez en cuando, continuaba envuelta en una misteriosa tristeza que parecía privarla de aquella maravillosa vitalidad que yo admiraba tanto en ella.

Tomó la costumbre de permanecer en la clase durante el recreo y, sin que yo se lo pidiera, me prestaba muchos pequeños servicios, dando pruebas de una extraña actitud para prever mis deseos. Me tenía la mesa arreglada, iba a buscarme una taza de té a la sala de profesores... Clinty se quejaba, riéndose, de que las niñas me habían apartado de las mujeres, y aunque yo protestaba, era verdad que en cada recreo me encontraba rodeado por un gran grupo de alumnos y alumnas que nunca se cansaban de hacerme preguntas sobre mi vida ni de contarme cosas de sus familias, sus aficiones y esperanzas para el futuro. El darse cuenta de que sólo les quedaban tres meses de vida escolar, estimulaba su interés para todo.

Fui presentado, *in absentia*, a todos los miembros de sus familias y pronto me enteré de la nueva colocación que había logrado «nuestra Joannie»; de la chica con la que estaba saliendo mucho «nuestro Alfi»; de las dificultades que había en casa desde que «nuestro papá» estaba en huelga en los muelles; cuándo iba «nuestra mamá» a

tener un niño... Yo tomaba parte en esta vida familiar y me sentía feliz de hallarme tan ligado a ella.

A veces encontraba en mi mesa, al llegar por las mañanas, un trozo de pastel de boda o de cumpleaños, siempre dirigido sencillamente «Al señor». Luego, en el recreo, la chica que me lo había llevado, me contaba de qué se trataba. Y había como un acuerdo tácito de que yo había de comerme esos dulces allí mismo con la taza de té.

Pamela estaba siempre allí, al margen de lo que se hablaba, pero observándolo todo y escuchando en silencio. Era como si de la noche a la mañana se hubiera convertido en toda una mujer. Ya no le colgaba el cabello en cola de caballo, sino que lo tenía cuidadosamente trenzado en dos anchas trenzas formando un compacto moño en la nuca. Su seria expresión añadía una cierta dignidad a todos sus movimientos. Yo pensaba que quizá podría ayudarla si supiera qué le sucedía, pero no podía inmiscuirme en su vida privada, de modo que decidí esperar por si sólo era una racha o por si surgía alguna ocasión en que estuviese justificada mi intervención. Todas estas criaturas me importaban mucho y cualquier cosa que pudiera preocuparles me preocupaba también a mí.

Una mañana, durante el recreo, me trajo Denham un balón nuevo. Venían con él Potter, Fernman, Jackson y Seales.

—Por favor, señor, ¿quiere usted ayudarnos a atar este balón? El señor Weston nos prometió hacerlo, pero ahora dice que está muy ocupado.

Siempre me resultaba divertida la manera que tenían de pedirme las cosas. En sus palabras iba implícita la convicción de que en modo alguno me negaría yo. Acudían a mí con la completa seguridad de que, en cualquier caso, los atendería con agrado y dispuesto a servirles lo mejor posible. Y ante esta actitud, claro está, no había manera de negarse.

—Muy bien, Denham, a ver si queda bien.

Las muchachas se alejaron para dejarnos a los hombres con aquella tarea masculina. Sólo se quedó Pamela, aunque un poco apartada de nosotros. Hinchamos el balón con la bomba y mientras dos de los chicos lo sujetaban fuertemente sobre la mesa, lo até fuerte. Sin embargo, al meter el cordón por el último ojal, el atador de acero resbaló y me hice una pequeña herida en un dedo, de la que empezó a salir lentamente la sangre.

—¡Caray, sangre roja!

El ancho rostro de Potter expresaba un gran asombro, que a duras penas contenía, y los demás chicos rompieron a reír ante su estupefacción. Pamela se acercó en seguida a Potter.

—¿Qué esperabas, gordo? ¿Tinta? —le soltó casi silbando de indignación. Luego, recobrando la calma, se alejó despectivamente de nosotros para sentarse en su pupitre.

Denham se quedó impresionado por el encono de aquel inesperado ataque. Seales

y Fernman miraban a Potter, luego a Pamela, y de nuevo a Potter... Habían enmudecido de asombro. El pobre Potter se había puesto muy colorado. Dijo tartamudeando:

—No he querido decir nada malo, señor; sólo quise decir que este color de usted no pasa de la piel. Nada más que eso, señor.

—Ya comprendo, Potter —le tranquilicé, pues no quería dejarle con la idea de que me había enfadado su jovial observación—. Sí, el color es sólo de la piel.

Acabé de preparar el balón y abrí el cajón de mi mesa para sacar las tiras de elastoplast. Me fastidiaba que Pamela hubiera dirigido aquel innecesario y tan vehemente ataque a Potter, pero no se me ocurría nada que decirle que no empeorase la situación, ya bastante delicada.

Los chicos se acercaron a Pamela, que los veía llegar con fría indiferencia.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntó Denham, plantándose frente a ella y sacando la mandíbula agresivamente.

—¿Me habla a mí, Denham?

—Sí.

Pamela seguía mirándolo, en actitud de espera.

—Muy bien, señorita; la llamaré entonces «señorita Dare». ¿Qué le pasa a usted, si puede saberse?

—No sé a lo que se refiere usted, Denham. —Su tono era frío, desafiante.

—Potter no lo dijo con mala idea y tuvo usted que meterse donde no la llamaban, precisamente delante del señor. ¿Por qué tenía que llamarle gordo?

—¿Es gordo o no?

La mirada de Pamela pasaba majestuosamente de Denham a Potter y los medía de arriba abajo con desprecio.

—Fue una broma y al señor no le ha importado —se disculpó Potter, humildemente, temblando bajo el implacable examen de Pamela.

Entonces, Pamela se levantó violentamente y con los ojos furiosos se colocó ante Potter, dominándolo con su indignación. Tenía la voz enronquecida por la emoción.

—¿Qué no le importa? ¿Cómo sabes que no le importa, idiota? ¿Porque sabe contenerse? Lo que sois todos vosotros, y lo seréis siempre, es una pandilla de imbéciles y chiflados, que no tenéis lo que hay que tener.

Yo permanecía sentado contemplando la escena, como hipnotizado por la ira concentrada de esta furia pelirroja, que parecía crecer en estatura a medida que hablaba, taladrando con la vista al infeliz Potter.

—¿Qué efecto te haría si estuvieran siempre pinchándote, gordo estúpido? ¡Sois todos una partida de idiotas, eso es lo que sois! ¡Qué preguntas hacéis!... —Y empezó a representar una pantomima zahiriente:

—¿Usted no necesitará lavarse, verdad, señor? ¿Siente usted el frío como nosotros, señor? ¿Tiene usted, señor, que cortarse el pelo como los blancos? ¡Qué estúpidos!...

—¡Muy bien, Pamela, así se habla! —exclamó Tich Jackson.

Pamela se volvió rápida y le miró furiosa, pero Tich se corrigió en seguida:

—Quise decir señorita Dare.

—El señor dijo que podíamos preguntarle lo que quisiéramos. ¿No es así? — insistió Denham. Era incapaz de luchar con la rápida y cortante inteligencia de Pamela, pero aguantó firme, procurando atenerse a una sola idea cada vez.

—Usted a callar, Denham... ¿A eso le llaman ustedes hacer preguntas, cuando no saben hablarle más que de su color y de esas cosas? ¿Acaso no tienen nada más interesante de que hablarle?

Como si no quisiera excluir a ninguno de ellos de su rapapolvo, se volvió hacia Seales, el cual, como de costumbre, había estado representando el papel del transeúnte vagamente interesado por un incidente callejero:

—Y usted, por lo menos, debía ser diferente. Tiene motivos para ello.

—Despacito, señorita Dare. Vamos a ver, ¿qué he hecho yo? No he dicho nada. —A pesar de su calma aparente, el tono de su voz revelaba que estaba alarmado.

—Naturalmente, usted nunca dice nada. Usted es también de color, pero se está siempre ahí sentado con la boquita cerrada. ¿Es que le tiene miedo a esta pandilla de indeseables?

Estaba maravillosa, tremenda, en su impresionante indignación. Como una Boadicea rediviva, majestuosa con la ira que parecía acentuar su cabellera flameante. Seales la contempló unos momentos con una paciencia que le hacía de más edad. Parecía como si de pronto revelase tener varios siglos encima.

—Le aseguro, señorita Dare, que no creo que lo hagan con mala idea. Cuando preguntan, es sólo para saber cosas que no comprenden.

Pamela no estaba dispuesta a que la dulcificasen:

—Entonces, ¿por qué no le preguntan a usted, si tanto interés tienen en enterarse?

—Yo no soy el señor, señorita Dare. Ojalá lo fuera.

Denham volvió una vez más a la carga:

—El señor no necesita que usted lo defienda con tanto calor. ¿Quién se ha creído usted que es, señorita Dare?

—No es eso, idiota —casi gritó Pamela—. Es que estoy harta de oír tantas tonterías. Y sobre eso de quién creo yo que soy, no le importa a usted un pepino, señor grosero... Con que sangre roja, ¿eh? —esta muchacha manejaba el desprecio tan incisivamente como un cirujano el bisturí.

Potter se dirigió hacia la puerta, diciéndoles a los demás por encima del hombro:

—Vamos, chicos; dejadla sola, que está como una cabra.

Los demás lo siguieron y cuando habían llegado ya a la puerta, Denham, a quien se le había ocurrido repentinamente una idea, volvió sobre sus pasos y le dijo a Pamela, en un ronco murmullo que oí perfectamente:

—¿Sabes lo que te pasa? Pues ni más ni menos que estás chalada por el señor.

Sin esperar su respuesta, volvió hacia la puerta precipitadamente y la dejó

cerrarse sola tras él. Pamela se quedó inmóvil donde estaba con la boca abierta, mirando fijamente la puerta cenada. Luego volvió la mirada hacia mí y se encontraron nuestros ojos. Seguramente, mi expresión reflejaba con toda fidelidad la turbación y el asombro que yo sentía, pues Pamela enrojeció intensamente y salió corriendo.

De manera, que de eso se trataba. En mi interior lo había sabido todo el tiempo, pero me había negado a reconocerlo porque, a pesar de su espléndido cuerpo y su actitud de mujer completa, para mí seguía siendo una niña y, además, la tenía a mi cuidado. Comprendía que sus trastornos emotivos podían ser serios e importantes para ella. En realidad, no era raro que muchachas de quince años tuvieran novio o incluso estuvieran casadas. Pero, aunque me gustaba y la admiraba, para mí era sólo una alumna de mi clase y sentía hacia ella una responsabilidad paternal, lo mismo que respecto a mis demás alumnos y alumnas. Desde luego, si las palabras de Denham eran la expresión de lo que pensaban todos sobre este asunto, la cosa podía ser muy desagradable, pero la «acusación» había estallado tan de repente, que me consolaba, pensando que pudiera estar sólo motivada por un impulso, algo así como un disparo en la oscuridad. Tendría que hablar de esto con alguien. No con Gillian, porque ello supondría darle la razón respecto a lo que me había advertido y no quería oírle el «Ya te lo dije». Lo mejor sería confesárselo a Grace. Sí, ella podría aconsejarme, pues, criada en el mismo ambiente que Pamela, comprendía muy bien los problemas de estas muchachas.

Cuando Grace volvió del comedor, le dije que deseaba hablar con ella en privado. Subimos juntos a la sala de profesores. Me escuchó sin interrumpirme y cuando terminé, me dijo:

—Bueno, Rick, ¿acaso te ha sorprendido?

—Mira, Grace, no tengo ganas de bromas. Lo que necesito es un buen consejo, porque en estas cosas no tengo experiencia, en absoluto.

—Te lo he preguntado en serio, Rick. Me ha extrañado tu sorpresa porque eso sucede continuamente cuando hay maestros jóvenes y chicas estudiantes, y lo mismo pasa en los párvulos, en la enseñanza secundaria o en la Universidad. Me refiero a la atracción que se va transformando según las edades. Siéntate y deja que te ponga al tanto.

Nos instalamos cómodamente y Grace prosiguió:

—En esta escuela no ha habido desde hace siglos un buen maestro. Desde luego, no incluyo al Viejo. Han pasado por aquí tipos de todas clases. Los que han conocido estas chicas han sido casi todos ellos desagradables, desaliñados, hombres que no se limpiaban nunca los dientes ni los zapatos y que, por supuesto, no se cuidaban de la ropa que llevaban. Dios mío, parece mentira que después de estudiar tanto y de lograr un título, se presenten luego ante los alumnos como cualquier vagabundo desastrado.

Impulsada por su vehemencia, se había levantado y paseaba por la habitación con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho. Por fin se detuvo frente a mí:

—Y entonces aparece el señor Braithwaite. Sus trajes son de buen corte, siempre limpios y bien planchados; los zapatos brillantes, afeitado todas las mañanas, los dientes reluciendo de limpios, la corbata y el pañuelo haciendo juego... En fin, un cromo. Es alto, ancho de hombros y guapo. Pero hombre, por Dios, ¿qué otra cosa podías esperar? Eres completamente distinto a sus padres, hermanos y vecinos. Y te quieren porque les tratas como gente distinguida, y ellos y ellas están acostumbrados a todo lo contrario. Cuando vienen a mi clase para aprender cocina o labores, siempre están diciendo «El señor esto, el señor lo otro, el señor dijo, el señor preguntó», hasta que me producen náuseas con tanto señor.

Nunca había visto a Grace tan emocionada como durante aquella charla nuestra.

—Mira, Rick —continuó—, he conocido chicas de éstas mucho tiempo. Ya sabes que llevo veinte años enseñando aquí. A muchas las he conocido cuando eran bebés, de manera que sé cuanto se refiere a ellas y tengo mucho cariño a esas mocosas. Has hecho un gran trabajo en tu clase, Rick. El otro día, el Viejo me lo decía. Los tratas con amabilidad y cortesía y, lo que es más importante, aprenden muchísimo contigo. Sé paciente con Pamela. Acaba de descubrir que es una mujer y es muy probable que tú seas el primer hombre de verdad que ha encontrado. Ten mucho tacto y estoy segura de que pronto reaccionará como es debido. Actúa con prudencia.

Me levanté y fui hacia la puerta. Grace me había dado más de lo que yo le había pedido, y me sentía humilde y agradecido.

—Gracias por tus palabras; me han sido muy útiles.

—Ven a ver a la tía Grace siempre que tengas un problema —y se rió.

Estaba a punto de salir cuando me llamó, como si de pronto hubiera recordado algo importante:

—Me gusta la señorita Blanchard. ¿A ti no? —Salí sin responderle.

Grace tenía razón. El estallido emocional debía de haber dado salida a la tensión que padecía Pamela, pues no tardó en abandonar su actitud malhumorada y distante y una vez más participó en la vida de la comunidad escolar, tanto en la clase como en las sesiones de baile a mediodía. De vez en cuando la notaba preocupada, pero yo pensaba que era sólo una cosa pasajera y no le concedía importancia.

Últimamente, el señor Florian había tomado la costumbre de visitar mi clase y participar en nuestras polémicas, añadiéndoles así el interés de su amplia cultura y variada experiencia. Me agradaba mucho verlo allí subido sobre uno de los pupitres de los chicos, cogiéndose las rodillas con las manos y brillándole los ojos de contento, mientras les hablaba o discutía con ellos. Los estimulaba, desafiándolos en broma o prodigándoles elogios para que expresaran sus propios puntos de vista con claridad y sin temor alguno. Era como un pariente simpático que visita a los sobrinos con el bolsillo lleno de sorpresas. Me daba la impresión de que muchos de mis alumnos habrían querido abrazarlo y besarlo, pues le tenían un gran cariño.

A veces, el director dividía la clase en dos bandos opuestos para debatir los pros y

los contras de alguna idea que afectaba a sus vidas en la actualidad o que podían serles de importancia más adelante. El señor Florian actuaba como jefe de uno de los bandos y yo del otro. La argumentación era viva, entretenida y llena de enseñanzas. Jóvenes a los que podría haberse supuesto en condiciones de inferioridad cultural, daban ahora muestras de una gran capacidad de análisis que, aunque expresada sin observar rígidamente las reglas de la sintaxis, no podría haber sido mejorada fácilmente por los chicos de otras clases con un fondo cultural superior. En realidad, aquello era el triunfo de las creencias pedagógicas de nuestro director y de la seriedad y eficacia de los principios en que se basaba. Nuestros alumnos no llevaban uniforme escolar, pero poseían ya una personalidad, seguridad en sí mismos y una destreza para expresar sus propias opiniones. Podían no estar familiarizados con la conjugación de los verbos griegos o latinos, pero en cambio se hallaban dispuestos o casi a enfrentarse con las duras realidades que les esperaban al cabo de muy pocos meses.

Capítulo 15

Una mañana de octubre, poco después de la reunión general, me llamó el director a su despacho y le encontré preocupado, con aire grave y turbado. Me dijo que uno de mis alumnos, Patrick Fernman, había sido detenido por la policía la noche antes, acusado de haber herido a otro chico con una navaja durante una pelea. El muchacho herido, un «duro» de la clase de la señorita Phillips, estaba en el Hospital y su estado era muy grave, tanto que había habido que hacerle una operación de emergencia apenas ingresó.

Fernman permanecería custodiado hasta que lo llevaran ante los magistrados del tribunal de menores el lunes siguiente. Estábamos a jueves. El director quería que yo preparase un informe sobre la conducta del muchacho, su asistencia a clase, su capacidad mental y su estado de preparación.

—Esto es muy grave, ¿no, señor?

—Sí, Braithwaite, más serio de lo que usted cree. La herida es bastante grave, pero ambos muchachos son de esta escuela y Greenslade no goza de buena fama entre los magistrados. Ya en una ocasión han censurado nuestra actitud respecto a los castigos y no han vacilado en dar a entender que nuestra escuela es casi un vivero de delincuentes. Cualquier aparición de un miembro de nuestra escuela ante ellos será echar leña al fuego.

—¿Ha visitado alguno de ellos la escuela?

—Sí, desde luego, e incluso hay uno que tiene una cierta relación personal con nosotros. Pero es preciso que entienda usted bien mis palabras: no quiero dar a entender que los puntos de vista de los jueces sobre esta escuela les induzcan a cometer una injusticia, pero sería muy conveniente que contásemos con un poco más de ayuda y comprensión de nuestros esfuerzos en los medios oficiales. Deberían darse cuenta de que cumplimos, cerca de estos niños, una ineludible y urgente misión, precisamente por la facilidad con que podrían convertirse en delincuentes si no reciben la educación adecuada. Precisamente el tipo de educación que ellos, en sus circunstancias, necesitan.

—¿Hay algo que pueda hacer yo?

—No creo; por lo menos, todavía no.

Estuvo pensativo un rato y por fin dijo:

—No me parece que empeoraría las cosas el que yo escribiese una carta a los padres. Usted podría llevarla cuando salga.

Volví a mi clase. Estaban trabajando tranquilamente y tuve la impresión de que se habían enterado ya todos ellos de lo de Fernman; sin embargo, ninguno mencionó siquiera el nombre del muchacho ni dio la menor muestra de haber notado su ausencia. Lo mismo que sus mayores, a la menor señal de peligro, cerraban sus filas

y, en una ocasión de éstas, incluso yo era un extraño para ellos.

Preparé el informe y si puse especial empeño en hacer resaltar los méritos del chico, estaba justificado, puesto que tenía la convicción de que era un muchacho inteligente y sensible a pesar de todo. El joven herido, Bobby Ellis, tenía trece años y se consideraba a sí mismo como un «duro». Era un matón con sus colegas más pequeños, fastidiaba a las chicas con sus precoces e intempestivas atenciones e incluso había tenido una vez una discusión con Potter, en que éste acabó dándole unos puñetazos. Aunque yo no perdonaba ni trataba de justificar que Fernman usara una navaja, estaba seguro de que se habría defendido de algún caprichoso ataque del matoncete Ellis.

Durante el almuerzo le conté a Gillian lo que había sucedido y ella se ofreció a acompañarme para que viésemos a los Fernman, que vivían en un piso bastante bueno de la calle Jubilee. Cuando la madre abrió la puerta, al acudir a nuestra llamada, le notamos que había estado llorando. Nos condujo a una salita pequeña pero muy cómoda. Nos presentamos y a su vez nos presentó ella al padre y a la abuela del muchacho, los cuales tenían el aire de profunda pena que era de esperar. El señor Fernman leyó la carta del director y nos rogó que le transmitiéramos la gratitud de la familia por su amabilidad. Luego, acompañado por el llanto tranquilo de las dos mujeres, nos contó todo lo ocurrido.

La navaja era de la abuela, uno de los objetos que ella tenía en más aprecio. La empleaba para cortar los pequeños nudos que se le formaban a la seda mientras tejía. Se la tenía siempre bien afilada un barbero de Shadwell y era Patrick el encargado de llevarla cada vez que necesitaba un afilado. Por lo visto, le había enseñado imprudentemente a Bobby Ellis la navaja, guardada siempre en su funda de terciopelo, pero no le permitió tocarla. Discutieron, y el precoz matón quiso quitársela por la fuerza. Era tan alto y bronco como Patrick y no vaciló en emplear todos los trucos que sabía. El estuche quedó aplastado en la pelea, pero Patrick había logrado sacar de él la navaja y la utilizó cortándose en una mano, mientras atacaba al otro.

Espantado al ver la sangre de Ellis y los penetrantes chillidos de éste, Patrick lo dejó allí y corrió hacia su casa, histérico por la terrible impresión y el dolor de su propia herida. Lo llevaron inmediatamente a una farmacia próxima para que le vendasen la mano y el mismo señor Fernman insistió en que había que entregarlo a la policía. Entre tanto, el herido grave fue trasladado a un hospital. Lo llevó un automovilista que pasaba por allí.

El incidente había sacudido los cimientos de aquella familia judía, que estaba muy unida. Les aseguré que aunque los maestros de Greenslade estábamos muy impresionados y apenados por lo sucedido, haríamos todo cuanto pudiéramos por Patrick, ya que éste había sido siempre bueno y digno de toda confianza en la escuela. Les dije que yo mismo había preparado el informe pedido a la escuela y esto les sirvió de algún consuelo. Gillian los tranquilizó con tanta habilidad que me alegré de

que me hubiese acompañado. Le hablaba a la desgraciada madre en *yiddish*. Yo no sospechaba que supiera hablar el idioma judío. Antes de nuestra partida, estaba claro que la familia había sido totalmente conquistada por la simpatía y la dulzura de Gillian. Y es que esta joven no necesitaba esforzarse para desempeñar ese caritativo papel, sino que le salía del fondo de su alma y por eso llegaba tan eficazmente al corazón de aquella gente sencilla.

A la mañana siguiente le pregunté al director si me permitía asistir al juicio que se celebraría el lunes siguiente. Quería ver y oír —y no saberlo de segunda mano— cómo trataba la ley a los jóvenes delincuentes, y observar de qué manera se conducían los propios delincuentes cuando tenían que enfrentarse con la solemne majestad de la Ley. Llegué al Tribunal de Menores poco después de las diez de la mañana, el lunes. La gran sala de espera estaba llena de padres con sus hijos, cuyas edades oscilaban entre los seis y los dieciséis años y cuyos delitos, según supe después, iban desde faltar a la escuela a robar en las tiendas. Algunos estaban acusados de delitos sexuales. Expliqué a uno de los policías de servicio para qué iba y esperé hasta que me trajo el permiso para entrar en la sala del Tribunal.

Fernman estaba de pie en un rincón de la sala de espera, con sus padres y su abuela. Todos ellos se hallaban muy abatidos, en contraste con la actitud de gallitos que exhibían otros chicos de la misma edad de Fernman o la inocente despreocupación de los pequeños que afortunadamente no se daban cuenta de la gravedad de la situación de los demás. No me acerqué a ellos: estos *cockneys* son gente orgullosa y prefieren que les dejen solos cuando tienen de qué avergonzarse.

Una vez dentro de la sala, me sorprendió mucho la ausencia de los habituales formulismos y del ritual que suele ir asociado con la maquinaria de la ley. Era una habitación cuadrada, más bien pequeña, en cuyo centro había unas mesas de caballete cubiertas con tapetes bastos de lana, formando los tres lados de un cuadrado incompleto. El cuarto lado lo llenaban unas cuantas filas de sillas para los padres y los chicos afectados por el juicio.

Los magistrados, un hombre y dos mujeres, ocupaban la mesa del centro. Tenían a un lado al secretario del tribunal, y al otro el alguacil. Varios representantes de algunos de los departamentos oficiales relacionados con la protección a la infancia estaban sentados allí cerca, muy atareados en la preparación de los documentos pertinentes a los casos señalados para aquel día. Varios policías —hombres y mujeres— se agrupaban cerca de la puerta.

El primer juicio fue el de una chica de catorce años, de mejillas coloradas, formas llenas y actitud desafiante. Una joven policía se adelantó unos pasos y leyó la acusación con voz monótona y con ese estilo de lectura que se preocupa más de pronunciar bien cada palabra por separado que en darle un sentido total a la frase.

Era la segunda sesión de aquel juicio y la chica había permanecido custodiada en un reformatorio mientras se hacían ciertas investigaciones en el medio en que vivía. La acusación decía que había tenido trato carnal y se consideraba que necesitaba una

adecuada vigilancia y protección.

Resultó que esta muchacha había tenido relaciones íntimas con varios jovencitos en una misma casa de vecinos de Stepney y que estaba embarazada, aunque se ignoraba quién era el responsable.

Ella escuchaba con los labios apretados todos los detalles de sus desgracias y parecía más joven pero mucho más experimentada que la fina policía uniformada que leía la acusación. Embarazada a los catorce años, engañada por los males combinados de la pobreza, el hacinamiento por falta de viviendas, y la ignorancia, abandonada por una tía que se negaba a perdonarla y que estaba allí sentada haciendo ostentación de su ofensa e inflexible en su decisión de no tener nada más que ver con la oveja que se le había descarriado. La muchacha no parecía demasiado impresionada por el aparato legal; probablemente no había llegado a entender por completo la extensión de sus males y estoy seguro de que los términos técnicos en que estaba redactada la acusación le resultaron incomprensibles. Aunque por tratarse de un tribunal de menores, se procuraba que la maquinaria judicial funcionase con la mayor sencillez posible, lo cierto es que la terminología empleada era vaga y complicada. Por ejemplo, la expresión «conocimiento carnal». Dadas las circunstancias, ¿no podían haberse utilizado unas referencias más comprensibles para los niños?

El presidente tenía un aspecto imponente y se le movían sus formidables cejas grises y enmarañadas, mientras escuchaba la sucia historia. Luego, después de consultar en voz baja con sus colegas, se dirigió a la chica con una voz que me sorprendió por su dulzura:

—¿Comprendes todo lo que han leído, querida?

—Sí.

—¿Quieres decir algo?

—No.

—¿Te das cuenta de que con tu conducta le has causado a tu tía una gran pena?

La chica se limitó a encogerse de hombros. Estaba claro que la pena de su tía le importaba un comino.

El presidente del tribunal le pidió a uno de los funcionarios que leyera el informe de la escuela en el que se describía a la chica como muy inteligente, trabajadora, buena amiga y dispuesta siempre a prestar ayuda. Tenía excelentes notas y nunca faltaba a clase. Pero eso no bastaba. Mentalmente, la comparé con las chicas de mi clase, la mayoría de las cuales habrían podido presentar un informe igualmente bueno. Sin embargo, ¿qué sabía yo de ellas, de sus vidas fuera de la escuela, de las presiones derivadas del precoz desarrollo físico del que ellas tanto se enorgullecían? Aquella zona tenía sus prostitutas, chulos y demás especialistas de la persuasión ilícita. ¿Qué podía yo hacer como maestro para contrarrestar estas influencias tan peligrosas? Los más desafortunados eran descubiertos y a veces llevados ante un tribunal, como le había sucedido a esa chica. Pero ¿y los otros? ¿Quién podría decir lo que sucede en las mentes de los jovencitos ya casi adultos? ¿Cómo es posible

discriminar dónde termina la infancia y dónde empieza el adulto cuando ese individuo está hoy en la escuela y mañana trabajando para ayudar a ganar el pan en su casa? Si eran lo bastante mayores para ganarse la vida, ¿por qué no iban a considerarse lo bastante mayores para aprender y hacer las demás cosas que hacen los adultos? ¿Y qué sucedería si alguien les enseñara las maneras que tienen ciertos adultos de ganar mucho más dinero, con gran rapidez y sin ningún esfuerzo?

¿Eran suficientes la historia y la geografía, la aritmética y la educación religiosa? Yo les hablaba de la vida pero, por consideración a su juventud e inexperiencia, me expresaba objetivamente, dando a ciertos aspectos importantes de la vida sexual un tratamiento muy distante con la absurda esperanza de que mis comentarios nunca fuesen mal interpretados ni aumentasen el daño moral que trataban de evitar. Pero ¿no estaba perjudicándoles al engañarme a mí mismo, con su aparente inocencia y con la sensata reacción que tenían ante mí?

—En fin, querida, tu tía no está dispuesta a llevarte de nuevo con ella, de modo que nos vemos obligados a enviarte a un hogar especial, donde te tratarán muy bien, mientras esperas que nazca tu niño.

La voz del presidente revelaba una verdadera preocupación paternal; años de experiencia le habían enseñado a ver, tras la cerrada y desafiante superficie de aquellas jóvenes, el miedo, el pánico y el desamparo en que vivían, y a saber que su único crimen era en definitiva la ignorancia. La chica abandonó la sala acompañada por una empleada del tribunal, una mujer de aire imponente, pero no desagradable.

El tribunal juzgó otros varios casos antes de que llamaran a Fernman. Entró algo adelantado respecto a sus padres, con la mano derecha en cabestrillo y la cabeza inclinada. Parecía muy abatido. Quedó en pie ante el tribunal, mientras que detrás de él sus padres y abuela se sentaron en las duras sillas. Un policía leyó el informe preliminar, entonando cada palabra como si estuviera escrita en un idioma extranjero. Luego resumió los varios cargos que se hacían contra el muchacho.

1. Hallarse en posesión de un arma ofensiva, a saber, una navaja de ocho pulgadas.

2. Atacar con el propósito de causar daño corporal.

3. Herida alevosa.

Fue presentada la navaja a los jueces y me pareció un objeto atractivo y de aspecto inocente, debo reconocerlo. Fernman tenía una palidez de enfermo, mientras el policía describía la herida de la víctima y la que Fernman se había causado él mismo en la mano.

Los jueces recibieron copias de la acusación y del informe escolar sobre Fernman.

—¿Ha intervenido anteriormente en alguna pelea o se le ha acusado de algo? —preguntó el presidente del tribunal.

Un oficial de la policía se adelantó a declarar:

—No consta, señor. El otro muchacho, el que ha sido víctima del ataque, apareció ante este tribunal el mes pasado. Recordará su señoría el caso de aquel muchacho que

quemó a su madre con el hierro de la chimenea.

—¿Cuánto tiempo seguirá en el hospital?

—Dice el médico que unas seis semanas, señor.

—Gracias.

El presidente se volvió entonces hacia Fernman, que parecía a punto de desmayarse.

—Se te acusa de un delito muy grave. Has tenido una suerte extraordinariamente buena de que la acusación no haya sido más grave. Según se nos informa, hubiera bastado un poco más de presión con la navaja para que ahora estuvieses acusado de asesinato.

Era evidente que el pobre chico estaba impresionadísimo. Trataba inútilmente de humedecerse los labios con la lengua. El policía que lo vigilaba, se acercó más a él y luego dijo al presidente:

—Señor, ¿Puedo permitirle que se siente? Parece que le faltan por completo las fuerzas.

—Sí, dele una silla. —Era una voz helada. El presidente cruzó unas palabras con sus colegas, la mujer que tenía a la derecha y la otra a la izquierda, y luego cogió con precaución y repugnancia la navaja como si fuera a estallar, sujetándola entre el pulgar y el índice de la mano derecha por su mango ornamentado. La hoja, bien guardada dentro de la madera pulimentada, no se veía.

—En este país reprobamos y lamentamos muy especialmente el uso de estas cosas. Me alegraría que el Gobierno tomase algunas medidas para prohibir en estas Islas el uso de semejantes artículos. En el mejor de los casos es una herramienta de manejo peligroso y en las manos de un joven insensato e inexperto, su peligrosidad aumenta incommensurablemente.

Hizo una pausa para que sus oyentes pudieran digerir la profundidad y el peso de sus juicios.

—El padre que permite a su hijo jugar con una bomba que aún no ha hecho explosión, merecería nuestra condena más severa. Y consideramos, con toda convicción, que un objeto como éste —y entonces apretó el botón del mango y saltó la reluciente y fina hoja de ocho pulgadas de longitud, que tenía el más maligno de los aspectos y que al saltar de su bien pulimentada caja produjo un ruidito suave, algo así como «piing»—, un objeto como éste no es menos peligroso que una bomba en manos de un muchacho. Si esta arma hubiera sido empleada con un poco más de empuje, por muchas lágrimas que se hubieran derramado nadie podría haber devuelto la vida a la víctima.

Había desaparecido de la sala todo el aire anterior de naturalidad y benevolencia. Ahora, la voz clara y vibrante del juez subía y bajaba en un ritmo oratorio bien calculado. La ley actuaba, digna, severa y remota con este representante suyo que parecía crecer a medida que su discurso se hacía más solemne.

—Este tribunal ha leído y oído las declaraciones del muchacho y de sus padres, y

no dudamos de que no se armó especialmente para la agresión, sino que lo habían enviado a afilar la navaja. A primera vista puede parecernos un sencillo recado de los muchos a que puede ser enviado un niño. Pero éste ha tenido muy serias consecuencias. Cuando se enfrentan con el peligro de ser atacados, especialmente si esa agresión procede de alguien o algo que sabemos posee una mayor fuerza física, o que por algún motivo puede inspirar un gran miedo, algunas personas confían en cualquier arma que les permita dominar la situación. Y ese mismo miedo puede ser tan intenso que haga usar el arma con energía mucho mayor y produciendo un daño mucho más grave de lo que se había propuesto el que sólo pensó primero en defenderse... Quiero prevenirte, Patrick Fernman, contra el uso de armas de cualquier clase. Esta terrible experiencia debe ser para ti una dura lección y también debe hacer reflexionar a tus desgraciados padres.

Entonces el presidente se ocupó de la vida escolar de Fernman. No citó el nombre de la escuela, pero nadie que conociese aquella zona podía dudar que se refería a Greenslade. Se refirió con voz cortante y sarcástica a los males causados por la «libre disciplina», en general, y, en particular, por la que se practicaba en «cierta escuela de esta vecindad». En opinión suya, tales escuelas eran viveros de delincuentes y esto lo probaba la frecuencia con que los chicos de esa escuela —de ambos sexos— eran llevados ante los tribunales de menores acusados por los más diversos motivos.

Creía el presidente que ciertos ilusos intelectuales y soñadores estaban haciendo más daño que beneficio a la juventud del distrito en su afán de probar un sistema pedagógico que en los años de prueba sólo había logrado resultados negativos. Había servido únicamente para animar a los chicos en el camino del vicio y a sentirse libres para practicar el mal, pues les había enseñado a despreocuparse de las instituciones sociales establecidas.

—Esa gente —continuó el presidente— a quien está confiada la educación y el desarrollo de estos jovencitos, no se librarán de la responsabilidad final en que han incurrido por el resultado natural de sus equivocados sistemas educativos. Muchas veces he pensado que la justicia estaría mejor servida si fueran ellos quienes respondiesen de los delitos, que, en definitiva, han cometido por medio de los chicos.

Volvió su atención una vez más a Fernman, a quien había dejado aún más confuso esta irritada parrafada. Pero al dirigirse a él, la voz del juez volvió a ser amable y casi paternal. Le dijo que estaba seguro de que esa pena que ahora expresaba su cara y la tribulación que había llevado al alma de sus padres serían suficiente castigo para él; sin embargo, por su propio bien tendría que someterlo a una vigilancia especial que le obligaría a presentarse a las autoridades una vez a la semana durante un año. Luego entregó a Fernman a sus padres y el pequeño grupo abandonó la sala, esforzándose por sonreír, a través de sus lágrimas de alivio.

Después de dejar pasar unos minutos para evitarles la vergüenza de tener que hablar conmigo del asunto, salí yo también. Por supuesto, ni por un momento estuve de acuerdo con la hiriente denuncia del presidente, pero sin embargo me sentía aún

más responsable de los jóvenes confiados a mi cuidado durante casi seis horas diarias.

Capítulo 16

Fernman pasó una semana callado y apartado de los demás. No podía escribir a causa de su mano derecha vendada, de modo que leía casi todo el tiempo o escuchaba con interés nuestras discusiones, aunque no intervenía en ellas. Pero poco a poco fue surgiendo de nuevo su personalidad impulsiva y no tardó en incorporarse por completo a nuestras actividades.

Por ese tiempo, con el permiso del director, hicimos varias salidas. Fuimos al Sadlers Wells para asistir a una representación del Ballet *Coppélia*; al teatro Old Vic, para ver a Laurence Olivier en *Hamlet* y, como variación, fuimos al Estadio de Wembley para ver actuar al famoso equipo de baloncesto los *Harlem Globetrotters*.

Los gastos los costeábamos entre todos. Días antes de cada salida proyectada, calculábamos cuánto nos costarían las entradas y el transporte y fijábamos la cantidad con que tendría que contribuir cada uno. Entonces, uno de los alumnos se encargaba de recoger el dinero apuntando cuidadosamente las cantidades para evitar errores. Ninguno de ellos quería quedarse fuera, y el director y yo nos las arreglábamos para que la imposibilidad de reunir el dinero necesario no impidiese a nadie venir con nosotros. En la mayoría de las ocasiones nos resultó más conveniente alquilar un autobús para que nos fuese más fácil vigilarlos a todos juntos.

Las maestras, Weston y el propio director solían unirse también a la expedición, aprovechando así los precios especiales que nos hacían los directores de los locales de espectáculos. Así, mis colegas pudieron comprobar, admirándose de ello, el cambio que se había producido en mis alumnos. Antes de asistir a la representación, los chicos y yo discutíamos sobre el *ballet* o la obra teatral que íbamos a ver. A la vuelta, daban brillantes muestras de su inteligencia crítica y con frecuencia exponían nuevos e interesantes puntos de vista sobre cosas antiguas y que la costumbre había hecho rutinarias. Apreciaban fácilmente las varias formas de arte como parte del legado nacional y se enorgullecían de que este legado les correspondiese tanto a ellos como a los demás. En estas ocasiones me habría gustado que algunos de los que atacaban nuestro sistema educativo pudieran estar junto a nosotros, invisibles, pero oyéndolo todo.

La visita a Wembley fue diferente en muchos aspectos. Los *Globetrotters* constituían un equipo magníficamente dotado y muy bien entrenado, que combinaba la mayor eficacia en el juego con una admirable espectacularidad. Su manejo de la pelota parecía a veces cosa de brujería y tenían al público estupefacto con su velocidad pasmosa y la precisión de sus jugadas, provocando también la risa con sus fantásticas payasadas que desconcertaban a sus desgraciados contrarios.

Los chicos se reían con todas sus ganas y de regreso seguían aún alborotando al recordar éste o aquel incidente divertido. Al día siguiente me hacían toda clase de

preguntas sobre el equipo y su piel. Les sorprendía mucho que algunos de ellos hubieran sido universitarios. Su visión del negro norteamericano, basada principalmente en las películas, no incluía la posibilidad de que el negro alcanzase un nivel intelectual tan elevado. Sin embargo, creo que gracias a nuestras continuas y largas conversaciones fueron considerando a toda la humanidad desde un nuevo punto de vista de esencial dignidad.

Una mañana entró en mi clase el director poco después del recreo.

—En mi despacho hay una señora que quiere hablar con usted —me dijo en voz baja dando la espalda a la clase para evitar que lo oyeran los alumnos—. Como usted sabe, nunca permito que los padres se relacionen con nosotros, pero esta señora me ha explicado para qué desea verle a usted, y creo que podría usted prestarle un buen servicio escuchándola. Atenderé a su clase hasta que usted vuelva.

En el despacho del director me esperaba una mujer alta, elegantemente vestida. En pie, junto a la ventana, contemplaba el viejo cementerio. Cuando se volvió hacia mí, supe quién era: la misma cabellera pelirroja, idéntica tersura en su piel, la misma actitud orgullosa... Era la señora Dare, la madre de Pamela.

Nos estrechamos la mano.

—Soy Braithwaite. Me ha dicho el director que deseaba usted verme.

—Sí, señor; quiero hablarle de mi hija, Pamela. Soy la señora Dare.

De repente me sentí nervioso. ¿Para qué desearía hablar conmigo?

—Me tiene muy preocupada y he pensado, señor, que si usted hablase con ella... Le hará a usted caso; siempre tiene muy en cuenta lo que usted le dice, señor.

Apenas podía creer lo que oía; me sentí muy aliviado e incluso contento. Había temido que hubiese alguna mala interpretación.

—¿Por qué, señora Dare? ¿Qué sucede?

Su hermoso rostro estaba pálido y reflejaba una gran turbación.

—Vuelve muy tarde a casa. Algunas noches, después de las once. No me dice a dónde va ni lo que hace, y esto me tiene muy inquieta. Está muy desarrollada, es ya una mujer, señor... Ya sabe usted a qué me refiero: podría ocurrir cualquier cosa. Le digo que no sé qué hacer. —Le temblaban los labios en sus esfuerzos por dominarse y retorció sus guantes de seda con sus fuertes dedos.

—¿Y qué puedo hacer yo, señora Dare? Soy sólo su maestro. Quizá el señor Florian...

—No, señor —interrumpió—. Estoy convencida de que si usted le dijese que volviera temprano a casa, le haría caso. Sé lo que piensa de usted, señor. Cuando sus amigas van a casa, las oigo hablar de lo que usted dice o hace y Pamela concede siempre la mayor importancia a lo que usted pueda pensar.

—¿No podría intervenir en esto su padre?

—Jim murió en 1943, cuando Pamela tenía ocho años. Era artillero en las Fuerzas Aéreas y derribaron su aparato en Alemania. También usted fue aviador, ¿no, señor?

—Sí, señora Dare.

—Eso me dijo Pam. Quería mucho a su padre, no ha dejado de echarlo de menos y ahora parece tenerle a usted el mismo cariño que le tenía a él. Por favor, señor, dígame algo.

Estaba a punto de llorar. Me levanté y le aseguré que haría cuanto pudiese. Le acompañé a la salida.

Cuando entré en la clase, se me acercó el director.

—¿Se ha marchado ya?

—Sí, acabo de acompañarla.

—¿Hará usted lo que le pide?

—Sí, señor; parece que no me queda otro remedio.

—Estaba seguro de que lo haría usted, no sólo por la madre, sino por la propia chica. Puede usted hablar con ella aquí o en mi despacho si lo prefiere. Lo mejor sería al terminar las clases. —Y se marchó.

Cuando los alumnos salían para almorzar, le indiqué a Pamela que esperase un momento y luego le dije que deseaba hablar con ella por la tarde, cuando terminásemos. No pareció sorprenderle mi petición.

—¿Ha estado aquí mamá, señor?

—Sí, ha venido a verme.

—Muy bien, señor.

—Escuche, señorita Dare. Si prefiere usted que yo no intervenga, sólo tiene que decírmelo.

—No, señor; no me importa.

—Muy bien. Entonces charlaremos luego.

Mientras Gillian y yo tomábamos nuestros emparedados en la sala de profesores, le conté lo sucedido. Estuvo callada un rato después de haber terminado yo de hablar.

—Estás verdaderamente implicado en la vida de esos chicos, ¿verdad?

—Supongo que todos nosotros lo estamos de un modo u otro.

—Sí, pero tú has puesto más carne en el asador que la mayoría de nosotros.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo menos que nadie. Para mí, esto es sólo una ocupación por ahora. No tengo esa vocación de que habla la señora Drew.

—Ni yo tampoco. Si me he dedicado a esta profesión ha sido del modo más accidental. Recuérdame que te cuente la triste historia completa cualquier día de lluvia.

—Si estamos juntos un día de lluvia, te agradeceré que no me cuentes historias tristes. De todos modos, tus alumnos te importan mucho.

—Sí, pero también les importan al Viejo, a Clinty, a Grace, a la señora Drew y a los demás.

—No a todos. Josy Dawes y su amiga sólo se importan la una a la otra.

—Esas dos son raras.

—Es una manera muy suave de decirlo. Hay otras palabras más exactas para

describir este tipo de relaciones.

La miré sorprendido. No se me había ocurrido esa interpretación de la conducta de las dos maestras.

—¡Dios mío! ¿Crees de verdad que se trata de eso?

—Y, ¿qué otra cosa puedo pensar? Están siempre contándose secretitos y cogiéndose las manos a escondidas. Lo menos que se puede decir es que esas cosas son el peor ejemplo para las alumnas.

—Pero, son buenas profesoras, ¿no crees?

—Hombre, mirándolo así; desde luego, no están perjudicando directamente a nadie...

—Aunque no quieras reconocerlo, también tú, Gillian, estás implicada en la vida de estas criaturas. Tu indignación de hace un momento, lo revela. Te preocupan mucho tus alumnos.

Se sonrió y dijo:

—Es preferible que me dé por vencida, ya que nunca podré convencerte. De todos modos, ten cuidado; sobre todo, con esa chica, la Dare. Lo que siente por ti no es una inocente pasión de chiquilla por su maestro. La he observado y sé lo que digo. Es toda una mujer y mientras antes lo comprendas, mejor para ti. No cometes el error de tratarla como una niña, hagas lo que hagas.

—Muy bien, te lo prometo.

Los demás regresaron en grupo después del almuerzo. En cuanto estuvieron todos dentro de la habitación, dijo Weston:

—Vi a la madre de Pamela Dare por aquí esta mañana. ¿Qué sucede, Braithwaite?

—¿Y por qué ha de suceder algo?

—Cuando esta gente aparece por la escuela siempre es porque algo anda mal. Vienen a quejarse de esto o de lo otro.

—¿Ha pasado algo, Rick? —preguntó Clinty con tibio interés.

—No, no creo; debe de haber venido a ver al Viejo. —No quería hablar del asunto.

—Es una mujer muy aparente, ¿verdad? —soltó Clinty.

—Pregúntaselo a Weston —contesté—, que asegura haberla visto.

Pareció complacido de poder entrar de nuevo en la conversación, y dijo:

—Supongo que para algunos hombres resultará atractiva.

—Otra vez te oigo insistir en la palabra «hombres», ¿eh, Weston?

A Clinty le encantaba pincharle, pero a mí me era tan antipático que ni siquiera me hacía gracia que se metieran con él.

A última hora de la tarde, Pamela salió con los demás alumnos, pero volvió unos minutos después. Acercó una silla a mi mesa y se sentó. Miraba vagamente por la ventana abierta.

—Señorita Dare, su madre parece muy preocupada por usted.

—Por favor, señor, ¿no podría usted llamarme Pamela? —Hizo esta petición en

tono tranquilo y sincero.

—Muy bien, Pamela. Dice tu madre que llevas algún tiempo volviendo a casa más bien tarde.

—Es que voy a casa de mi abuela, señor.

—¿Y cómo te quedas allí hasta tan tarde?

—Está muy cerca de casa, señor; sólo a la vuelta de la esquina.

—Entonces, ¿por qué no le has dicho a tu madre a dónde vas?

—La verdad es que mamá no se preocupa en absoluto de mí, señor. Sólo le interesan sus amigos.

—Sabes que eso no es verdad. Si no le importas, ¿por qué vino a verme? — Pamela callaba—. ¿Hay algo que te va mal, Pamela? ¿Quizás algo de la escuela?

Movió negativamente la cabeza y luego dijo:

—Nada que se refiera al trabajo ni nada parecido, señor. Pero algunos de los chicos están siempre murmurando de mí. Siempre noto cuando están hablando mal de mí ellos y ellas, incluso Babs, señor.

—Pero ¿por qué supones que hablan mal de ti, Pamela? ¿Ha sucedido algo? ¿Estás metida en algún lío?

Otra vez movió la cabeza, denegando sin dejar de mirar por la ventana. Me sentía incómodo y no quería preguntarle nada que pudiera fastidiarla. Aunque había accedido a sostener esta entrevista conmigo, no quería entrometerme en su vida privada, pues ya era una jovencita, y la verdad es que no sabía qué decirle.

—Señorita Dare, quiero decir Pamela: si prefieres que no intervenga, sólo tienes que decírmelo.

—No, no señor, no es eso.

Lentamente fue saliendo toda la historia, la triste historia.

Después de la muerte del señor Dare, Pamela y su madre habían estado muy unidas: iban juntas a todas partes y juntas atendían a la casa y, a medida que la chica fue creciendo, eran cada vez más como dos hermanas en vez de una madre y una hija. La señora Dare trabajaba en una tienda de la City, y pronto fue ya Pamela lo bastante mayor para ayudarle en las cosas de la casa. Esta relación idílica había continuado hasta muy recientemente en que varios hombres empezaron a visitar a la atractiva viuda. Los vecinos murmuraban.

Durante las vacaciones se produjo la crisis. Algo ocurrió que le produjo una honda impresión a la muchacha, pero no quiso decirme lo que era exactamente.

—¿Has intentado decirle a tu madre cómo piensas y sientes sobre estas cosas?

—Al principio traté de hacerlo, señor, pero nunca me escuchaba; de manera que ya no me volví a molestar en intentarlo.

—¿Sabe tu abuela el disgusto que le das a tu madre llegando tarde?

—A veces la que llega muy tarde es mamá y la abuelita cree que no debo quedarme sola en casa hasta esas horas.

—Bueno, Pamela, no veo cómo podría yo ayudar en esto.

—¿Por qué no viene usted a hablar con mamá?

—¿Serviría de algo?

—Yo creo que sí, señor.

—Entonces, muy bien. ¿Cuándo estará en casa?

—A eso de las seis y cuarto, señor.

—Bien, ¿quieres decirle que iré a esa hora?

—Sí, señor. —Por primera vez sonrió; luego, puso la silla en su sitio y se marchó.

Subí a la sala de profesores para coger mi abrigo. Gillian estaba sentada, esperándome.

—¿Qué tal ha ido eso?

—Iré a ver a su madre esta tarde.

—¿Por qué?

—Pamela cree que podrían arreglarse algo las cosas si hablo yo con ellas.

—¿Dónde vas a verlas?

—En su casa.

—¿Y crees que eso es prudente?

—No lo sé, Gillian, pero espero que sí; lo espero sinceramente.

Estuvo unos momentos callada y luego dijo:

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Greenslade, Rick?

—Creo que sí. Por ahora no se me ha ocurrido marcharme. ¿Por qué lo dices?

—Podrías colocarte fácilmente en una escuela mejor. Todos te consideran un gran maestro. Sería una lástima que malgastases aquí tus facultades.

—Sabes muy bien que acabo de iniciarme en la enseñanza. Llevo en ella muy pocos meses. No creo que sea aún tiempo de decidir si sirvo o no, de hacer cambios precipitados.

—¡Qué modestia!

—No, lo digo en serio. Es muy posible que si puedo llevarme bien con estos chicos y sacar de ellos algo de lo bueno que tengan, en cambio, no me ocurra lo mismo con otros. Estoy convencido de que debo continuar donde estoy y aprender un poco más de esta profesión antes de pensar en mejores puestos. —Consulté mi reloj —. Es tarde, debo irme.

—Ten cuidado, Rick.

—Lo tendré. Adiós.

—Adiós, Rick.

Como tantas otras mujeres de esta zona, la señora Dare y Pamela tenían su casa impecablemente limpia. Pamela me abrió la puerta y cuando saludé a la madre me di cuenta de la violencia y la tensión con que ambas vivían. Cuando nos sentamos, dije:

—Señora Dare, Pamela ha pensado que podría ser conveniente una charla entre usted y yo. No me ha contado mucho y si usted cree que no debo meterme en esto, dígamelo con toda sinceridad.

Una vez allí, deseaba terminar lo antes posible. Tenía la sensación de que estaba

interfiriendo innecesariamente en las vidas de aquellas personas sobre la débil base de mi condición de maestro de la chica.

—No, no, señor Braithwaite. —Luego, volviéndose hacia su hija, le dijo—: Pam, ¿quieres hacer un poco de té? Me gustaría hablar a solas con el señor.

«¡Dios mío», me dije, «incluso las madres se han habituado a esta costumbre de *el señor!*» Pamela, obediente, nos dejó solos y la señora Dare empezó:

—Creo que toda la culpa es mía. He abandonado mucho a Pamela.

—¿En qué sentido, señora Dare? —Si tenía que enterarme de todo, cuanto antes mejor.

—Verá usted. Pam llevaba mucho tiempo deseando visitar a la familia de su padre en Chalkwell y acordamos que pasara con ellos dos semanas de las vacaciones. Primero fuimos las dos a pasar una semana en Scarborough —la semana de mis vacaciones— y luego la llevé a Chalkwell y regresé en seguida aquí. Ya sabe usted cómo son las cosas: pensé que tendría unos días de completa independencia. Tengo un par de amigos que han salido conmigo un par de veces. Pues bien, Pam llevaba fuera una semana y me escribió contándome lo bien que lo pasaba, de modo que estaba tranquila respecto a ella. El miércoles me encontré a uno de mis amigos y le invité a tomar el té conmigo aquí en casa.

»En fin, ya sabe usted las cosas que pasan: primero esto, luego aquello... En fin, que mi amigo decidió pasar la noche aquí.

Retorcía el pañuelo que tenía entre las manos y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estábamos dormidos cuando entró Pam. Siempre había tenido una llave. Se conoce que sintió la añoranza de su casa o algo así, pues de repente decidió venir. Había entrado sin hacer ruido para darme la sorpresa y ya ve usted, señor, nos encontró a mi amigo y a mí...

Se interrumpió, tragó saliva y continuó:

—No sé lo que fue, pero algo me hizo abrir los ojos, quizá cuando encendió la luz. Nunca olvidaré la expresión de su cara, señor. Nunca la olvidaré. Me miró un instante, salió corriendo y se encerró en su habitación. Desperté a mi amigo y le obligué a que se vistiera y se marchara. Luego intenté entrar en la habitación de mi hija, pero no quiso abrirme ni me respondió. —Hablaba ya en un murmullo y tuve que inclinarme hacia ella para entender el resto de lo que dijo—. Al día siguiente traté de hablar con ella de lo sucedido, pero no hacía más que llorar y no decía ni una palabra. No había ya manera de reanudar con ella la relación tan cariñosa que teníamos antes. —Ahora lloraba ya sin parar.

—¿Y no tiene usted idea de adónde iba cuando llegaba tarde?

—Sé que va a ver a su abuelita, a mi madre, que vive en la calle Grover, pero no es posible que la abuela la retenga hasta tan tarde.

—¿No ha hablado usted con su madre de este asunto?

—Pues no. Andamos ahora algo apartadas. La gente le ha ido contando chismes.

Y es que mucha gente de por aquí parece no tener nada mejor que hacer que hablar mal de los demás.

—A Pamela se le ha metido en la cabeza la idea de que usted no se preocupa ya de ella.

—Pero, señor, ¿cómo es posible que piense semejante cosa? No puede usted imaginarse cuánto me he preocupado siempre de ella. Es ya una muchacha mayor y mucha gente le echa mucha más edad de la que tiene. Le calculan dieciocho o diecinueve años. Por eso temo que, por haber visto aquello que vio, pueda haber ido por ahí y cometido alguna locura.

«¡Vaya por Dios!», pensé. «¿Qué puedo yo decir a todo esto?».

Mientras más dificultades tuyas me contaba la señora Dare, más nervioso me ponía. En realidad, yo nada sabía de la vida de estas gentes, pues tan sólo unos meses antes, era un absoluto extraño tanto para esta madre y esta hija como para todo el distrito. ¿Y qué podía hacer ahora? Esta mujer era mayor que yo y no me sentía con la suficiente experiencia para aconsejarlas a ella o a su hija en un asunto tan delicado. No veía que mi visita pudiera servir para nada práctico. Pamela era ya, como decía su madre, una muchacha mayor. En realidad, toda una mujer; era inútil engañarse y, por la manera como había tratado a Denham y a aquellas dos viejas del Metro, estaba seguro de que podía cuidar perfectamente de su persona. Entonces, ¿para qué estaba yo allí? Miré la desesperada expresión de la madre y dije tímidamente:

—No creo que Pamela haga ninguna locura.

—Es que en este barrio, señor Braithwaite, hay que andar con mucho cuidado, y mientras mi hija vaya por ahí tan tarde, podría sucederle cualquier cosa. He acudido a usted porque sé que ella le hace mucho caso y que si usted se lo dice, no saldrá a esas horas.

Tenía razón Gillian: no debía haber ido. De pronto me irrité contra mí mismo por haber sido tan insensato. Mi orgullo al sobrevalorar mi importancia para mis alumnos, me había hecho cometer esta gran equivocación y ahora reflexionaba seriamente sobre las consecuencias de esta mediación a la que había accedido tan a la ligera. ¿Qué pensarían o dirían los demás chicos si se enteraban de mi visita a casa de Pamela? ¿Les diría Pamela que yo había ido a su casa, y qué explicación podía dar que justificase mi visita? Cualquier murmuración acerca de un maestro y sus alumnas, por muy infundada que sea, tiene que perjudicar a aquél en gran medida, y en boca de un hombre tan retorcido como Weston, ese rumor podía adquirir proporciones muy graves. Cuanto antes me librase de aquello, mejor.

—¿Quiere usted llamar a Pamela, por favor? —le pedí a la señora Dare. Ni siquiera sabía qué iba a decirle; lo único que me hacía desear su presencia era poderme despedir en seguida. Procuraría no cometer más una equivocación semejante. Volvió Pamela y se sentó junto a su madre. Yo me apresuré a zambullirme:

—Pamela, tu madre me ha contado lo sucedido y creo comprender tus

sentimientos, es decir, los sentimientos de ambas; pero a pesar de ello no creo que hagas bien en salir tanto de noche y tener a tu madre intranquila. No es asunto mío lo que hagas cuando estés fuera de la escuela, pero como tanto tu madre como tú me habéis rogado que intervenga, no tengo más remedio que decirte cuánto me gustaría que tu conducta fuera de la escuela fuese tan intachable y digna de una señorita respetable, como la que siempre has observado en clase.

A propósito había adoptado aquel tono severo y pedagógico; así me proponía impedirle que volviese a hablar de aquello cuando yo me hubiera apartado definitivamente del asunto.

—Vayamos por orden. En primer lugar, debes a tu madre respeto y cortesía mucho más que a tus maestros y quisiera que no faltaras a este deber. La mayoría de las familias suelen tener problemas y procuran resolverlos lo mejor que pueden; procura tú no crear innecesariamente otros nuevos. Recuerda, Pamela, lo que te he dicho, y ya sabes que confío en ti. Tanto tu madre como yo confiamos en que no volverás a arriesgarte andando por esas calles tan a deshora.

Me puse en pie. Había hecho lo que ambas querían o, por lo menos, eso creía yo, y dije:

—Bueno, ahora tengo que marcharme, señora Dare —dije. Luego me volví hacia Pamela—: ¿Me prometes que le dirás siempre a tu madre dónde estás cuando creas que vas a volver a casa demasiado tarde?

—Sí, señor —me respondió modosamente.

Me despedí y me marché. Ya había durado bastante mi intervención; lo demás era cosa de ellas. La señora Dare, probablemente, tendría más cuidado en sus aventuras, y Pamela vería pronto la conducta de los adultos con ojos diferentes. Pero en las semanas siguientes tendría que estar alerta, por si acaso. Camino de la parada del autobús, miraba intranquilo a las personas con quienes me cruzaba, por si surgía algún conocido y cuando por fin me encontré a salvo en el tren, en la calle Liverpool, respiré con alivio y di gracias al cielo.

Capítulo 17

La inspección semestral del Consejo de los Estudiantes tenía lugar el 15 de noviembre y era éste uno de los días importantes en el calendario de la escuela de Greensdale. Me habían hablado mucho de esto y, conforme se iba acercando el día, me ponía tan nervioso como los chicos. Desde luego, éste era un día enteramente de ellos, arreglado, presentado y controlado por ellos. Observaba las actividades de mi clase intensamente dedicada a los preparativos del gran día, y veía con orgullo lo bien que organizaban el programa. Entre las diversas clases se celebraban serias conferencias en voz baja para ponerse de acuerdo sobre ciertos detalles.

Aquel día no hubo la habitual reunión general. Los niños llegaron cuidadosamente vestidos y lustrados, y la señorita Joseph y Denham, que parecían haber sido nombrados altos funcionarios para esta ocasión, iban atareadamente de uno a otro de sus colegas para comprobar si todos se sabían su papel.

Tocaron la campana a las diez de la mañana y todos acudieron al auditorium, donde se sentaron por clases. La señorita Joseph y Denham, los dos estudiantes de más edad, se sentaron en el escenario, uno a cada lado del señor Florian, el cual, en cuanto todos estuvieron instalados y ya en silencio, se levantó y se dirigió al público escolar.

Habló mucho tiempo insistiendo en los objetivos y el sistema de la escuela y la importante aportación que cada alumno podía hacer para fomentar esa finalidad educativa. Alabó los progresos logrados, pero insistió en que aún quedaba mucho por hacer en lo referente al mejoramiento general en la conducta, la limpieza y la adquisición de conocimientos. Mientras le escuchaba, comprendí que este hombre se hallaba identificado con su escuela y con todos los que la componían. Luego les deseó buen éxito en esta reunión del Consejo de Estudiantes y abandonó el escenario despedido por una tremenda ovación.

Las cosas empezaron a marchar a toda velocidad. Primero se levantó la señorita Joseph, que explicó brevemente los fines del Consejo y sus actividades. Cada clase informaría, a través de su representante, de los estudios realizados durante el semestre comenzado después de Pascua de Resurrección. Para cada asignatura se elegiría a un representante. Cuando todas las clases hubieran completado sus informes, un grupo de maestros ocuparía el escenario y respondería a las preguntas que le hicieran desde la sala sobre los diversos puntos dudosos de los informes. La selección de estos profesores, como todo lo demás, quedaba por completo a discreción de los alumnos y ninguno de nosotros sabía cuántos ni qué maestros serían invitados a sentarse en el escenario.

Los informes empezaron con la clase de los más pequeños. La mayoría de ellos tenían doce años y habían ingresado en la escuela el verano anterior. Casi todos eran

tímidos y les asustaba ponerse ante toda la escuela. Sin embargo, salieron bastante bien del apuro. Como es natural, por su falta de práctica habían redactado unos informes más bien cortos.

Clase tras clase fueron representadas. Gran parte del trabajo era elemental, pero suponía mucho para ellos, puesto que lo comprendían, así como la relación que guardaba con ellos mismos. En las calificaciones, se concedía mayor importancia a lo que comprendían que a los datos que habían aprendido.

Cuando le llegó el turno a mi clase, presté una angustiada atención. Siguiendo la lista que tenía en la mano, Denham fue llamando a los representantes, así como los temas que les correspondían:

Potter: Aritmética.

Sapiano: Historia Natural.

Señorita Pegg y Jackson: Geografía.

Señorita Dare y Fernman: Fisiología.

Señorita Dodds: Historia.

Denham: Deportes.

Señorita Joseph: Ciencia Doméstica.

Me sentí orgulloso y encantado al oír la cortesía tan natural con que Denham llamó «señorita» a cada una de las muchachas mayores siempre que debía dirigirse a ellas. Tuve la seguridad de que los pequeños considerarían ya esa cortesía como algo a lo que merecía la pena aspirar, como algo propio de adultos. A medida que eran llamados, los representantes subían al estrado con digno continente.

La señorita Joseph pronunció entonces un breve discurso. Dijo que las lecciones habían estado siempre orientadas hacia la hermandad de la Humanidad y que, a través de cada asignatura, habían tratado de inculcarles sus profesores la idea de que todos los seres humanos eran interdependientes, a pesar de la localización geográfica y de las diferencias de color, razas o creencias. Luego llamó a Potter.

Potter disertó sobre la labor que habían hecho en pesos y medidas; de la relación entre el kilogramo y la libra, el metro y el pie. Dijo que en todo el mundo se usaba uno u otro de estos sistemas; si no se usaba uno de ellos, mucha gente los comprendía y que esto constituía una prueba del mayor entendimiento que había ahora entre los pueblos.

Sapiano habló del estudio que en su clase habían hecho de las plagas, sobre todo de las que dañan al trigo, al algodón y a las patatas. Explicó la colaboración que existía entre varios países para comunicarse los resultados de sus investigaciones y de los sistemas que empleaban para combatir esas plagas, reduciéndose así en gran medida las pérdidas que suponían para esos importantes productos.

La señorita Pegg y Jackson se dividieron entre ellos el tema de Geografía. Jackson habló acerca de la distribución de depósitos minerales y productos vegetales

sobre la superficie de la tierra y de cómo un país rico en los primeros carecía muchas veces de los segundos, así como del intercambio y la interdependencia que ese desequilibrio exigía. La señorita Pegg, por su parte, se ocupó de las relaciones humanas y especialmente de los problemas que afrontaba el mundo de la posguerra en lo referente a la alimentación, la vestimenta y el alojamiento de sus poblaciones. Se refirió también a los centenares de refugiados, sin una situación en la vida y a los que nadie quería; y de los esfuerzos y programas de la U.N.I.C.E.F.

Fernman, como de costumbre, ocultaba un as bajo la manga. Cuando lo llamaron, le hizo una señal a alguien que estaba fuera del escenario y aparecieron Welsh y Alison llevando entre los dos un esqueleto con una especie de patíbulo. Después de unos breves preparativos, quedó el esqueleto colgando de un gancho que tenía en el cráneo y giraba suavemente al extremo de la cuerda. La escuela entera se rió ruidosamente ante este número cómico. Pero desapareció todo el jolgorio en cuanto Fernman empezó a hablar. Su voz era clara y precisa y poseía un buen sentido de lo dramático. Con toda calma les dijo que aquél era un esqueleto de mujer, y que lo podía probar con gran facilidad. En cambio, no podía demostrar en absoluto si se trataba de una mujer china, francesa, alemana o griega. Tampoco podía decir si había sido blanca, negra, o una mezcla de ambas razas. De lo cual —aseguró Fernman— se deducía que todas las razas eran básicamente iguales. Los adornos podían variar, pero los cimientos obedecían todos ellos al mismo plan. Fernman estuvo magnífico; tuvo a todo el auditorio pendiente de sus palabras.

La aportación de la señorita Dare resultaba gris después de la brillante exhibición de Fernman y ella parecía darse cuenta de ello. Se ocupó de los problemas con que toda la Humanidad tiene que enfrentarse en la lucha contra las enfermedades y de la gran importancia de una colaboración en ese terreno. «Un intercambio de conocimientos, consejos y asistencia, en lo sanitario, son imprescindibles», dijo.

La Reforma en Inglaterra —época histórica que había correspondido estudiar a su clase— fue el tema desarrollado por la señorita Dodd. Habló de las luchas religiosas y de las diversas creencias, así como de la tolerancia necesaria para admitir las ideas y culturas de los demás.

El informe de Denham resultó un poco sorprendente, pues hizo una severa crítica del sistema de deportes y de la falta de espacio disponible. Le parecía que se seguía una rutina impropia y abogaba por una mayor libertad en los ejercicios físicos escolares. Con toda seguridad estaba hablando en nombre de sus compañeros, pues todos ellos lo aplaudieron estruendosamente.

Cuando terminó la intervención de los representantes de las clases, Denham llamó a dos niños, señalándolos al azar entre los del público y les pidió que escribieran en un pedazo de papel distinto el nombre de cada uno de los profesores, incluido el director. Estas papeletas fueron dobladas cuidadosamente y luego metidas en un sombrero que agitaron unos momentos. Luego sacaron tres, una por una. Los nombres eran:

El señor Weston.
La señora Dale-Evans.
La señorita Phillips.

Denham y la señorita Joseph condujeron a los otros fuera del estrado y los profesores ocuparon sus asientos. Weston se sentó entre las dos mujeres y allí arriba se notaba aún más su aire desmañado y su descuidado aspecto. Luego empezó el interrogatorio.

Lo que siguió era tan apasionante que no me habría importado hacer cualquier sacrificio con tal de no perdérmelo. Nunca olvidaré aquella experiencia.

Las preguntas se reducían a dos tipos principales, seguramente porque los chicos eran demasiado tímidos y estaban demasiado poco informados para formular adecuadamente sus preguntas. Los profesores no iban preparados y muchas de las preguntas los cogían desprevenidos y les hacían tartamudear. Y fue para mí una gran sorpresa ver cómo la señorita Euphemia Phillips, que parecía tonta, resultó ser la más serena y mejor informada de todo el cuadro profesoral. Y no sólo respondía con ingenio y seguridad, sino que acudía en ayuda de sus compañeros cuando éstos empezaban a vacilar.

Weston hizo el ridículo y, ante los duros ataques de Denham y el hábil interrogatorio de Fernman, se vio desbordado y sólo pudo intentar evadirse bajo una capa de dignidad ofendida.

Finalmente, el director dio por terminado el acto, expresando la satisfacción y el orgullo profesional que le producía comprobar el grado de preparación escolar y de desarrollo mental de que habían dado tan brillante muestra los alumnos.

Capítulo 18

El jueves, 18 de noviembre, era el cumpleaños de Gillian. El lunes por la tarde le había comprado un libro de poemas; lo tenía en mi cartera de mano y me proponía dárselo el día de su aniversario a la hora de almorzar. El martes, durante el recreo de media mañana, vino a verme a mi clase, donde estaba yo como siempre rodeado por un grupo de parlanchines alumnos. Al verla entrar, me disculpé con ellos y me acerqué a saludarla.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor Braithwaite? —Los chicos estaban pendientes de sus palabras, con la curiosidad natural.

—Naturalmente, señorita Blanchard. —Nos alejamos hasta el final del aula para quedar fuera del alcance de los maliciosos oídos que nos vigilaban.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—El jueves es mi cumpleaños.

—Eso no es una sorpresa. Ya lo sabía.

—He encargado una cena para dos en el *Poisson d'Or*. Especial, con vino.

—Estupendo. Y ¿dónde está el *Poisson d'Or*?

—Es un sitio nuevo, en Chelsea. Dicen que está muy bien. Ya sabes, *très élégant*.

—Perfectamente, me encanta todo lo que es *très élégant*.

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿eh? Podemos ver *Paisan* en el Academy y luego ir a cenar.

—Muy bien. Estamos citados sin falta —me sonrió y se despidió a la carrera.

Volví al grupo de chicos y me sometieron a un tiroteo de preguntas. Era la primera vez que la habían visto en nuestra clase y sus jóvenes imaginaciones empezaron a funcionar a toda máquina.

—¿La señorita Blanchard es su novia, señor? —me preguntó Tich Jackson—. ¿Verdad que es una mujer formidable?

Eludí la primera parte, contestando a la segunda: efectivamente, la señorita Blanchard era una mujer formidable, sensacional. Las muchachas empezaron en seguida a hacer sus comentarios sobre el cabello de Gillian, sus vestidos, zapatos, etc... Así se desvió el tema principal del noviazgo que sospechaban entre ella y yo. Pamela estaba callada; tuve la impresión de que no compartía el entusiasmo de sus compañeras por Gillian.

Cuando llegó el jueves, me sentí como un jovencito que sale por primera vez con una muchacha. Lleno de entusiasmo e impaciencia, oí con gran alivio el toque de terminación de las clases a las cuatro y media.

Gillian estaba encantadora con un conjunto gris claro y un ridículo sombrero negro colocado pícaramente en su espléndida cabellera. Weston salía detrás de

nosotros, y pensé: «Estoy completamente seguro de que ese tipo querría estar en mi lugar». Tomamos un autobús y luego otro en Aldgate. En éste nos sentamos en la parte delantera del piso de arriba. Gillian me cogió inmediatamente del brazo y nos sumergimos en un mundo maravilloso de amable e insignificante charla sobre todo lo que nos llamaba la atención por el camino. Jugábamos a algo que habíamos inventado: el juego de la silla de postas. El autobús era la diligencia y cada parada una posada. Nos turnábamos para ponerles nombres bonitos a estas imaginarias estaciones de postas o posadas antiguas. El que fallaba, perdía un punto. Cada cincuenta puntos valían un penique. Nos divertíamos mucho con este juego de niños y nos reíamos a carcajadas con nuestros intentos de improvisación.

La película era estupenda y salimos del cine un poco abatidos por el realismo y el arte de ella. Caminamos hasta Piccadilly para tomar el autobús que nos condujese a Chelsea.

El *Poisson d'Or* era, como había dicho Gillian, *très élégant*: uno de esos pequeños restaurantes distinguidos que conquistan pronto una buena clientela, muy asidua, y que luego la pierden con la misma rapidez. En cada mesa, en vez de flores, había una pecera con una carpa dorada. El interior de la pecera estaba frondosamente decorado para dar una idea del mundo de las plantas acuáticas y formas coralinas en que vive un pez y la iluminación estaba muy ingeniosamente dispuesta para producir la sensación de un movimiento submarino. Saltaba a la vista que en aquel establecimiento podía ser mejor o peor la comida, pero, desde luego, muy cara.

Se nos acercó el *maître* y nos llevó a nuestra mesa, a la vez que me miraba interrogativamente. Nos sentamos y charlamos tranquilamente, ambos muy conscientes de aquel algo innegable que había entre nosotros, pero que esperaba a ser definido o confesado. Por fin nos dimos cuenta de que el servicio era excepcionalmente lento en aquel restaurante. Por lo menos, en nuestra mesa, pues las demás tenían camareros atendiéndolas.

Por fin vino un camarero con la carta, y, dejándola sobre la mesa, se marchó. Los ojos de Gillian reflejaban con toda claridad su fastidio, pero me hice el desentendido y nos dedicamos a elegir los platos. Volvió el camarero y apuntó lo que pedíamos, pero lo hacía con un aire descaradamente descortés y tardó tanto en regresar que me empecé a sentir muy molesto. ¿Qué se proponía aquel tipo?

Al cabo de un siglo nos trajo la sopa. Bien fuese accidentalmente o a propósito, derramó un poco de sopa al servirme y manchó el mantel. Me eché hacia atrás, esperando a que hiciese lo que requería un buen servicio, pero el hombre se me quedó mirando, sin moverse, y se permitió dirigirme una leve mueca despectiva. Gillian reaccionó de pronto. Con un rápido movimiento recogió los guantes y el bolso, y me dijo: «Vámonos, Rick».

Con la cabeza muy erguida, iba delante de mí hacia la puerta, rodeada por las miradas de asombro de los comensales. Recogí mi abrigo en el guardarropa y corrí para alcanzar a Gillian, que no se había detenido.

Ya en la calle, se volvió hacia mí. Sus ojos brillaban como ascuas en la palidez de su rostro.

—¿Quieres acompañarme a casa, por favor?

Hice señas a un taxi que pasaba. Gillian se sentó lo más apartada de mí que pudo. Estaba tan fría y ajena a mí como una total desconocida. Evitaba mirarme y, aunque sin ver, tenía la vista fija fuera de la ventanilla. De repente me sentí abandonado y deseé hallarme a mucha distancia de ella, de la escuela y de todo.

¿Qué había hecho yo? ¿Cómo podía culparme de la estúpida descortesía del camarero? Aquel sitio lo había elegido ella misma y, sin embargo, al primer inconveniente se había vuelto contra mí. ¿Era eso todo lo que nuestra amistad significaba para ella? El taxi se detuvo ante la casa donde vivía Gillian, en una calle tranquila cerca del río. Se apeó y vaciló, mientras yo pagaba al taxista; luego se volvió y subió rápidamente los escalones de la entrada. Yo me quedé inmóvil, esperando verla desaparecer para siempre en el interior de la casa, pero se detuvo y me dijo irritada:

—¿Es que no vienes?

Esta Gillian era una desconocida, una fría y odiosa desconocida. Tuve la tentación de salir corriendo y no volverla a ver. Pero significaba demasiado para mí. Decidí continuar padeciendo con su incomprensión y ver en qué paraba aquello tan desagradable. La seguí por el pasillo del piso bajo. Entramos en una habitación pequeña pero confortable, amueblada con unas cómodas butacas y un anticuado sofá. Tres estanterías cubrían la mitad inferior de las paredes con sus tablas de encima adornadas con toda clase de cacharros de cerámica, bronce y cristal. Había una buena alfombra y, en las paredes, varias reproducciones de cuadros impresionistas. Tres puertas comunicaban esta habitación con las que me parecieron ser una cocinita, un dormitorio y un cuarto de baño. Todo era allí armónico, menos nosotros.

Gillian, con un gesto impaciente, arrojó el sombrero, el bolso y los guantes sobre el sofá y me invitó a sentarme. Luego empezó a moverse nerviosamente por la habitación, poniendo y quitando los cacharros de las estanterías. Se movía espasmódicamente y con una prisa por completo inútil, como si estuviera esforzándose por controlar una poderosa dínamo que llevara dentro. Mis ojos seguían todos sus movimientos. Esperaba, en tensión, el estallido que con toda seguridad, tenía que producirse. Por fin, dio unos rápidos pasos, casi un salto, hacia una de las puertas y desapareció.

Saqué el libro de poemas que llevaba en la cartera de mano y lo puse en una mesita baja que tenía delante de la butaca. Habíamos estropeado irremediablemente la tarde y, desde luego, no era aquélla la ocasión adecuada para hacerle el regalo de cumpleaños.

Volvió al poco tiempo, más tranquila en apariencia. Cuando se disponía a sentarse, vio el paquetito, lo cogió, le quitó la cinta y lo desenvolvió. Estuvo mirando el libro y luego, poniéndolo de nuevo donde estaba, dejó caer las manos a lo largo de

su cuerpo, en una actitud de desesperación, y exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Por qué te quedaste allí sentado sin decirle nada?

—Supongo que te refieres al camarero, ¿no?

—Claro. ¿Por qué no reaccionaste?

—¿Qué debí hacer? ¿Pegarle? ¿Querías que armase un escándalo en un sitio como aquél?

—Sí, quería un escándalo. Quería que hubieses armado una escena a golpes o como fuese. —Me hablaba con inquina, mirándome furiosa y tenía el cuerpo avanzado hacia mí y los brazos hacia atrás, como un pájaro agitado.

—Y ¿de qué habría servido todo eso?

—No lo sé ni me importa. Quería que lo hubieses machacado por haberte despreciado, que le hubieras..., sí..., sí..., eso... —estaba incoherente de tanta indignación como hervía en ella, y empezó a sollozar.

—Mujer, eso nunca sirve de nada. Nunca.

—¿Por qué no? ¿Acaso te crees Jesucristo? ¿Por qué habías de quedarte allí tan paciente y tan bueno? ¿O es que tenías miedo? ¿Eh? ¿Te asustaba aquel camarero pequeñín, aquel asqueroso camarero, que es un vulgar palurdo?

—Te estás poniendo histérica, Gillian. Las cosas no se arreglan pegándole a la gente.

—¿No, eh? Bueno, pues dime cómo se arreglan, si no. Has estado dejando que te insulten, te has aguantado con todos los desprecios que te han querido hacer. ¿No crees que ya es hora de que demuestres un poquito de valor? —Chillaba destempladamente, como una verdulera.

»¡Sí, siempre tiene que salir alguien en tu defensa! Clinty te defendió de Weston. Esa chica Dare salió en tu defensa en el Metro. ¿Acaso tenía yo que pegarme por ti esta noche?

Me sentía cansado, horriblemente harto de aquel asunto.

—No hablemos más de esto.

—Claro, se elude la cuestión y es como si no existiera. ¡Vaya una solución!

—Vamos a olvidarlo de una vez.

—¡Olvidarlo! ¿Sabes qué día es hoy? Desde hace mucho tiempo vengo pensando con la mayor ilusión lo que íbamos a hacer hoy. Quería que fuese un día maravilloso para los dos. Podía haber hecho otra cosa, haber ido a otra parte; ¡pero no, tuve que salir contigo, y ahora vienes a decirme que lo olvide todo! ¡Precisamente hoy!... ¡Te odio..., te odio..., maldito negro!...

Con un alarido me tiró el libro a la cabeza y se precipitó sobre mí como una loca, dispuesta a arañarme y a golpearme. Tan imprevisto y violento fue su ataque que estuve a punto de perder el equilibrio, pero logré inmovilizarla manteniendo sus largas y afiladas uñas lejos de mi cara. Tenía la fuerza de la ira violenta y siguió debatiéndose un rato silenciosa y ferozmente. Luego, de repente, se le aflojaron los músculos y se apoyó sobre mí, agotada, con la cara hundida en mi chaqueta y

gimiendo.

Cuando comprendí que podía soltarla sin peligro, la dejé en una butaca. Quedó de lado, llorando suavemente. Me senté a su lado y la contemplaba con la seguridad de que aquello era el fin. Sabía que debía marcharme, pero no podía hacerlo. Aplazaba lo más posible mi retirada y me engañaba así a mí mismo. Por fin, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Rick?

—No sé, Gillian. —En efecto, ¿qué podía decir yo en aquel momento? Un leve resquicio se abrió a la esperanza en mis tinieblas. Contuve la respiración en espera de más palabras tuyas.

—¿Siempre tendremos que luchar contra lo mismo?

Hablaba en plural; de lo que nos esperaba a los dos.

—¿Te refieres al incidente con el camarero?

—Sí. ¿Te sucede con frecuencia?

—No, con frecuencia no. En realidad, casi nunca. Mientras estuve en la R.A.F. nunca tuve que pasar por eso, y desde que me convertí en persona civil, no he ido a ninguna parte; quiero decir que no he hecho vida social hasta que empecé a salir contigo.

La contemplaba sin saber qué más decirle. La grosera conducta del camarero la había herido y humillado, pero ¿cómo no había oído hablar de casos parecidos, ya antes de conocerme a mí? Era inglesa y había pasado toda su vida en Inglaterra. ¿Podía hallarse inmune al virus de la intolerancia racial?

—¿No sabías que estas cosas suelen ocurrir? —le pregunté.

—Sólo he oído hablar de ello de un modo vago, y nunca se me ocurrió pensar que pudiera afectarme a mí algún día.

—Y no te habría afectado si no hubieses entrado en relación conmigo.

Me lanzó una rápida mirada y sus ojos oscuros me revelaron que la herida seguía en llaga viva.

—¿Qué quieres decir con eso, Rick?

—Pues que puedes librarte fácilmente de esa preocupación. —A pesar de mí mismo, a pesar del amor que desgarraba mis entrañas, estaba diciéndole aquello. Era lo que menos deseaba decir, pero lo decía.

—¿Es eso lo que deseas, Rick?

No pude responderle. Aquel asunto se había convertido de pronto en algo superior a mis fuerzas. Era algo que dependía demasiado de la gente, de millones de personas desconocidas para mí, pero que podían odiarme sólo con verme junto a ella; no precisamente porque fuera hermosa, buena y culta y adorable, sino sólo porque Gillian era blanca.

—No, Gillian, no es eso lo que quiero.

Mi mente abarcaba en ese momento todos los peligros, todas las dificultades, pero mi corazón se atrevía a contestar así, pasando por encima de todo. Gillian se levantó

y se acercó a mí. Se sentó en el brazo del sillón donde yo estaba.

—Te quiero, Rick.

—Te quiero, Gillian.

—Pero tengo miedo, Rick. Ahora tengo un miedo terrible. Antes todo parecía perfecto, pero de pronto se me ha nublado y me asusta. ¿Cómo puedes tomarlo con esa calma, Rick? ¿Es que no te importa?

—¿Importarme? ¡Claro que sí! Pero estoy aprendiendo a que me importe y, sin embargo, seguir viviendo. Al principio era terrible, pero poco a poco he ido aprendiendo a vivir con dignidad, dentro de mi piel negra.

Y entonces le conté toda mi vida en Gran Bretaña, todo lo que me llevó a convertirme en un maestro y conocerla a ella. Me escuchaba con calma y no me interrumpió ni una sola vez. No sé cómo, mi mano fue a encerrarse en la suya que, con una presión firme y suave a la vez, me confortaba, me daba inesperados ánimos en el momento en que más los necesitaba.

—Lo siento, Rick —me dijo cuando hube terminado.

—Pues no debes sentirlo, querida. Si te he contado todo eso ha sido sólo para que estés enterada de lo que puede pasarle a un hombre de piel negra y lo que aún tiene que sucederle sólo por su raza.

—No, no lo digo por eso. Lo que siento muchísimo es todo lo que te he dicho esta noche y que no te mereces.

—Ah, ya. No te preocupes en absoluto. Todo está perdonado y olvidado.

Durante un rato permanecimos unidos en nuestros pensamientos, sin necesidad de palabras. Luego, volvió a cogerme la mano y me dijo, sonriente:

—Le escribiré mañana a mamá. Le he contado ya tanto acerca de ti que no le extrañará la noticia.

—¿De verdad crees que no le importará?

—Supongo que no podrá evitar la primera impresión, pero te aseguro que es una mujer muy comprensiva. Ya hablamos de ese tema cuando estuve allí la última vez.

—¿Y tu padre?

—Espero que mamá acabará convenciéndolo... De todos modos, le escribiré diciéndole que irás conmigo en el próximo fin de semana. Creo que mis padres te gustarán, Rick. Son estupendos, de verdad...

Miré la noche por la ventana. La vida no seguía un curso previsto, no se atenía a un plan. Antes de esa noche, ni siquiera había besado una vez a aquella joven tan encantadora y, de pronto, a partir de ahora, estaban ya echados los dados.

—Rick.

—Dime.

—Verás: yo no soy muy valiente para estas cosas; quiero decir, para las murmuraciones de la gente, pero te quiero tanto que espero vencerme. Creo que seremos felices, Rick.

—Lo intentaremos.

Y empezó a llorar de nuevo, pero de un modo apenas perceptible, dulcemente. Yo la tuve estrechamente abrazada, con el deseo de protegerla para siempre de todo. No temía por mí, sino por aquella frágil personita, que tan decididamente quería unir su vida a la mía. Este problema se les había planteado a otros que se hallaban en mi caso y habían logrado salir triunfantes. Con la ayuda de Dios, yo también lo conseguiría. Ella y yo pondríamos cada uno de nuestra parte lo mejor de nosotros mismos.

Capítulo 19

La escuela parecía ser la piedra de toque de mi felicidad. Desde que empecé a enseñar en ella, me notaba nuevas energías y más seguridad en mí mismo. Estaba adquiriendo un verdadero conocimiento, no sólo de los chicos y chicas a mi cargo, sino también de la vecindad. Solía pasear por la calle Watney, más que calle una cochambrosa vía pública formada por dos filas de puestos de fruta y de pescado, de tenduchos de mala muerte que figuraban pretenciosamente como comercios de ultramarinos, de verduras, pastelerías, mercerías... Algunos de los puestos eran sólo ampliaciones en la calle de las tiendas y servían para ofrecer una salida al revoltijo de género y a los compradores que no cabían en el interior del miserable local.

No tardaron los vendedores en saber quién era y me sonreían con agrado cuando me veían pasar. A veces les oía decirse unos a otros: «Ése es el maestro de nuestra María», o «Enseña en la escuela de Greensdale», o bien «Nuestra Joannie está en su clase y dice que es muy buena persona».

Una vez me detuve ante un puesto de verduras. La mujer que, con su gran delantal bastante limpio y sus botas «wéllington», despachaba a la clientela, me sonrió mientras pesaba unas manzanas. Me dijo: «Nuestra Maur se ha puesto en relaciones el domingo pasado».

La mujer daba por cierto que yo conocía a Maur, pero mi expresión de desconcierto la hizo explicarme:

—Sí, hombre; en su clase tiene usted a Ann Blore. Pues Maur es su hermana mayor. El novio es un soldado americano. Un gran muchacho.

Otra vez me dijeron: «Nuestra Jacqueline no irá hoy a la escuela. Toda la noche le ha dolido a la pobre el estómago. Su abuelita la llevará hoy al médico. Sabíamos que pasaría usted por aquí y que le podríamos avisar».

En aquel caso caí inmediatamente en quién era la pequeña. En mi clase sólo había una Jacqueline.

A menudo me paraba a charlar con esta gente. Siempre estaban dispuestos a demostrarme que me tenían afecto: me contaban todo lo concerniente a sus chicos y no poco de sus propios asuntos, como si creyesen que yo tenía derecho a estar enterado.

Algunas veces, esta conversación me desconcertaba, como cuando la gruesa frutera judía, la señora Joseph, al verme al final de la cola esperando para comprar unas manzanas, me hizo pasar delante de todos, explicándoles, pues habían puesto mala cara por la preferencia, que yo era el maestro de «su Moir» y que probablemente tendría prisa para empezar mi clase.

Entre mis alumnos y yo era cada día más evidente una relación de auténtico afecto, que me agradaba y estimulaba mucho. Todos los días procuraba presentarles

nuevos hechos en una forma que despertase su interés, y paulatinamente se iban soltando en los comentarios y toleraban de buen grado la opinión de los demás, aunque éstas fueran diametralmente opuestas a las suyas. Al principio estas divergencias de opinión los hacían saltar y solían recurrir a sus contundentes calificativos cada vez que un compañero los superaba con argumentos más sólidos. Siempre que ocurría esto, yo hacía como si no oyese sus rudas protestas, y poco a poco, la actitud de la clase contra el empleo de palabras obscenas, bastó para desanimar a los que aún intentaban soltarlas en cualquier ocasión.

Aprendía de ellos a la vez que los enseñaba. Aprendí a verlos en relación con el ambiente en que vivían y así podía comprenderlos. Al principio, censuraba su manera de vestir y pensaba que los suéters, tan ceñidos de las chicas, y sus faldas, que las moldeaban, así como los *jeans* de ellos, eran impropios para una escuela, pero conforme fueron preocupándose por adecentar su atuendo, comprendí que esa ropa sólo reflejaba una vigorosa personalidad en sus esfuerzos por expresarse mediante la apariencia externa.

Por aquellos días nos mandaron un nuevo maestro, el señor Bell, que trabajaría con nosotros como supernumerario durante unas cuantas semanas. Era de unos cuarenta años, alto y enjuto, y había tenido alguna experiencia pedagógica en el Servicio de Educación del Ejército. Acordamos que nos descargase de algunas lecciones, por ejemplo, dos períodos de ejercicios gimnásticos con los muchachos mayores. Era un perfeccionista y se impacientaba cuando la coordinación de movimientos de los demás no resultaba tan suave y bien controlada como la suya. Repetía un mismo ejercicio muchas veces hasta que lograba que los chicos lo realizaran con absoluta precisión, y aunque protestaban de esta disciplina, ponían mucho empeño en quedar lo mejor posible para demostrarle que eran capaces de igualarle en cualquier ejercicio.

Los que más interés demostraban eran Ingham, Fernman y Seales, que siempre se situaban en la primera fila para dar ejemplo y animar a los otros. El menos atlético de todos era Richard Buckley, un chico rechoncho, amable y bastante gris, que apenas sabía más que leer y escribir y que nunca se enfadaba. De ahí que todos le tuviesen simpatía y, aunque cada uno de ellos se divertía tomándole el pelo, todos estaban dispuestos a defenderlo contra los alumnos de otras clases, o si se metían con él chicos que no fuesen de la escuela.

Buckley no servía para luchar ni para ningún otro juego atlético. No estaba hecho para eso. Sin embargo, como la naturaleza humana es tan contradictoria, se resistía con todas sus fuerzas ante cualquier intento de prescindir de él. Y sus intentos gimnásticos hacían reír a toda la clase a carcajadas, pero él nunca se arredraba por eso. Aunque inútil, no dejaba de ser una especie de heroísmo.

Y Bell utilizaba a Buckley como cabeza de turco. Sabiendo perfectamente cuáles eran las limitaciones físicas del muchacho, estaba siempre animándolo para que intentase ejercicios cada vez más difíciles, con el solo propósito al parecer de

convertirlo en un risible payaso. A veces, sin embargo, protestaba el resto de la clase; y entonces Bell la tomaba con todos ellos. Luego lo comentaban en su «Revista Semanal» y el señor Florian decidió reunir a los profesores para tratar de este asunto.

—Parece que los chicos están un poco disgustados por las observaciones que les hace usted durante la gimnasia, señor Bell. Por lo que escriben en su «Revista Semanal», parece que extrema usted demasiado la crítica de sus personas. Quiero decir que en un sentido puramente privado.

—¿Quiere usted decir que les censuro el que huelan mal?

—Pues sí; y además, que se mete usted con su vestimenta.

—Sencillamente, les aconsejo que se laven.

—Escuche usted las palabras exactas que figuran en una de esas críticas. —El director sacó un libro de notas, el de Fernman, y leyó—: «Algunos de vosotros oléis como el cubo de la basura».

Había leído esta frase con un tono frío, indiferente y casi judicial.

—Me refería a sus pies. Muchos de ellos, según me parece evidente, nunca se lavan los pies y cuando se sacan los zapatos, huelen a demonios.

—No olvide usted, señor Bell, que muchos de ellos viven en casas donde hay muy pocas facilidades para lavarse.

—Me parece que la cantidad de agua que necesitan para lavarse los pies podrían tenerla cuando quisieran.

—Bien, pero entonces tendrían que ponerse, después de haberse lavado, los mismos calcetines y zapatos malolientes que a usted le molestan.

—Es que tengo que estar en contacto con ellos y le aseguro que la cosa es muy desagradable.

—Señor Bell, ¿por casualidad ha vivido usted en esta zona de la ciudad?

—Claro que no.

—Entonces nada puede usted saber de las circunstancias en que viven estos chicos. Esa agua de la que usted habla, sin darle importancia, como la cosa más natural del mundo, se encuentra con más frecuencia en la humedad de los muros y de los suelos que en los conductos a los que usted está acostumbrado. He visitado casas donde viven estos niños, y de pisos muy altos tienen que bajar a buscar el agua con un cubo al grifo que hay en el patio y que la suministra a cinco o seis familias. Ya ve usted que una operación tan elemental como lavarse los pies puede presentar serias dificultades.

Bell permanecía en silencio. El director prosiguió:

—No deseo inmiscuirme en su labor docente. Es usted un profesor con mucha experiencia y sabe más que yo sobre formación atlética, pero le ruego que sea un poco más comprensivo con esas dificultades que rodean a sus alumnos. —Luego cambió de tema, pero a Bell le sentó muy mal la regañina.

La situación hizo crisis en la tarde del lunes. Yo no me encontraba en el gimnasio, pero pude reconstituir lo sucedido con bastante exactitud gracias a los informes de los

chicos y a lo que más tarde había de confesar Bell.

Durante la clase de gimnasia, Bell los había hecho saltar uno a uno sobre el caballo de madera, menos a Buckley, que por una vez se contuvo y no quiso intentar el difícil salto. Pero si se eliminó a sí mismo lo hizo sin contar con Bell, que no tardó en descubrir la ausencia de su víctima favorita.

—Buckley —rugió.

—Diga, señor.

—Ven aquí, muchacho, que estoy esperando. —Bell estaba en su posición habitual junto al botador para detener la caída de cualquier chico que pudiese perder el equilibrio al ejecutar mal el salto.

Pero Buckley no se movió y el profesor le miraba asombrado e irritado por esta increíble muestra de rebeldía en el más tímido y tratable de toda la clase.

—Es que el Gordito no puede saltar, señor. Es demasiado alto para él —intervino Denham.

—¡Cállate, Denham! —le gritó Bell—. Cuando quiera saber tu opinión, te la pediré. —Se alejó del caballo de madera y lentamente se fue acercando a donde estaba Buckley inmóvil como una estatua. El chico le veía llegar con un miedo que le salía por los ojos.

—Bueno, Buckley —le dijo Bell sarcástico—, ¿vas a hacer lo que te he mandado?

—Sí, señor. —La capitulación de Buckley fue tan súbita como lo había sido su negativa.

Los otros le contemplaban preocupados, lamiéndose los labios nerviosos, mientras esperaban que el instructor diese la orden de saltar. Quizá fuese por el mismo pánico que tenía o simplemente por amor propio, o quizá por una combinación de las dos cosas, pero lo cierto es que Buckley se lanzó con furia al asalto del botador y a pesar del intento de Bell para evitarle la caída, tanto el chico como el caballo de madera cayeron al suelo con un ominoso ruido. Una pata del caballo se desprendió, produciendo un ruido seco como el disparo de una pistola. Durante unos instantes, todos permanecieron inmóviles, contemplando a Buckley caído, inerte y palidísimo. Luego se lanzaron todos en su ayuda. Todos, excepto Potter, el buenazo de Potter, que parecía haberse vuelto loco. Agarró la pata rota del caballo de madera y avanzó hacia Bell chillando:

—Maldito hijo de perra...

—Deja eso, Potter, no seas loco —balbució Bell, retrocediendo ante el chico, que estaba hecho una furia.

—¡Fue usted quién le obligó a hacerlo! No quería y usted se lo mandó —gritó Potter.

—No seas loco, Potter, deja eso ahí —suplicaba Bell.

—Lo dejaré cuando te haya partido la cabeza, maldito asesino. —Bell era alto, pero Potter parecía haber crecido en su ira y aquella improvisada maza se había

convertido en una temible ampliación de su fuerte antebrazo.

En ese momento fue cuando yo entré en el gimnasio. Tich Jackson, asustado al ver a Buckley exánime y blanco en el suelo, y al enfurecido Potter que amenazaba peligrosamente al instructor, había subido corriendo a mi clase, gritando: «¡Señor, venga en seguida; se están peleando en el gimnasio!». Y lo seguí para llegar a tiempo de ver a Bell acorralado contra la pared, mientras que Potter avanzaba amenazadoramente hacia él.

—¡Quieto, Potter! —le grité. Se detuvo al instante y se volvió al oír mi voz. Me situé en seguida entre los dos—. Dámelo, Potter. —Tendí una mano hacia el chico, pero él no parecía verme y miraba por mi costado a Bell. Estaba tan irritado que no oía, y me pareció realmente peligroso.

—Mira, Potter —insistí—. Ahí está Buckley, que necesita tu ayuda.

Entonces se volvió para mirar a su amigo y aproveché aquel momento para quitarle su maza. No me opuso resistencia y, después de haberlo desarmado, nos acercamos los dos al grupo que rodeaba a Buckley. Bell se marchó rápidamente del gimnasio. Denham se levantó del suelo, donde estaba arrodillado junto a su compañero y se me quedó mirando furioso.

—Tenía usted que haber dejado a Potts para que le hubiera dado su merecido a ese hijo de... Lo mismo que él hizo con el Gordito, porque él tiene la culpa por haberle hecho saltar sabiendo que no podía.

Dejé que se enfriaran un poco, pues sabía que en aquellos momentos era inútil razonar con ellos. En una ocasión de violencia como aquella, era natural que volviesen las antiguas palabrotas y la irrespetuosidad. Me incliné sobre Buckley, que había conseguido incorporarse y quedar sentado en el suelo, sujeto por Sapiano y Seales, sonriéndoles como si estuviese avergonzado de sí mismo por haber sido la causa de tanto trastorno.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Me duele el pompi, señor —gritó, sonriente.

—Se cayó del caballo de madera... ¡Qué lástima que no lo haya usted visto, señor!

—Menudo ruido hizo la pata cuando se soltó.

—Lo que estuvo bueno, señor, fue cuando el Gordito se negó a saltar y el señor Bell tuvo que llevarlo a la fuerza.

Casi todos ellos querían hablar a la vez, impaciente cada uno por darme todos los detalles de lo sucedido.

—Es un matón asqueroso que la tiene tomada con el pobre Gordito. —Esto lo dijo Sapiano, cuyo exaltado temperamento maltés se inflamaba con mucha seguridad.

—Si llego a ser yo el que tiene la pata de madera, le hubiera roto la cabeza a ese tío y nadie me lo hubiera impedido. —Estaba claro que Denham buscaba camorra y que no temía a nadie en esos momentos. No podía tolerar que Bell se hubiera escapado indemne después de haberle jugado aquella incalificable pasada a su amigo.

Preferí no mirarle ni escuchar lo que decía, porque Denham me era simpático a pesar de sus modales rudos y de su habla tan sucia. Estaba convencido de que era un muchacho honrado con el que se podía contar. Lo que le sucedía es que tenía un sentido de la independencia muy extremoso.

—¿Puedes ponerte en pie, Buckley?

Ayudado por Sapiano y Seales, logró levantarse. Estaba muy pálido y vacilante.

Le dije a Denham:

—¿Quieres ir con éstos y llevar a Buckley a dónde está la señora Dale-Evans, y decirle que le dé té bien dulce? Lo dejas allí y ya te veré en la clase dentro de unos minutos.

Sin esperar su respuesta, me apresuré a ir en busca de Bell a la sala de profesores.

Me hallaba en una situación bastante delicada. En apariencia, Buckley parecía estar bastante bien, es decir, sin nada grave; pero ¿cómo podíamos saber en aquellos momentos si no se había causado alguna lesión interna de verdadera importancia? Las reglas del Consejo ordenaban que todos los accidentes fueran debidamente registrados y que se pasara informe de ellos. Así que el director debía ser informado inmediatamente y con lo que le había dicho a Bell tan recientemente, habría sin duda alguna un serio conflicto.

Entré en la sala de profesores y encontré allí a Bell, que se estaba lavando la cara y las manos en la pila.

—He enviado a Buckley arriba para que le den una buena taza de té —dije—. Espero que no sea nada. Por lo menos, podía andar.

—¿Qué va a pasar ahora? —le temblaba la voz.

—Lo sabe usted tan bien como yo. ¿No piensa usted ver ahora al Viejo y comunicarle lo ocurrido?

—Sí, supongo que lo mejor será ir ahora mismo a su despacho. Mi deber era haberme quedado para atender a ese chico Buckley, pero el otro se lanzó contra mí... Gracias por haberme ayudado.

—No tiene importancia. Pero ¿por qué insistió usted en que el pequeño saltara?

—No tuve más remedio; se negó a obedecerme y los demás estaban observando. Me vi obligado a hacer algo. —Estaba a la defensiva.

—No le estoy criticando, señor Bell. Sólo le pregunto. Buckley es una especie de mascota para sus compañeros y por eso se ha puesto así Potter.

—Debió de ser su manera de saltar o no sé qué, pero no pude sujetarlo cuando caía. Se apoyó demasiado bajo en el botador y lo tumbó.

—El pobre chico no tiene agilidad en absoluto. De todos modos, estoy seguro de que el Viejo será comprensivo.

—No sé. Pudiera ponerse difícil después de lo que me dijo el otro día.

—No creo; pues, en realidad, ha sido un accidente y gracias a Dios sin consecuencias graves.

Se secó las manos y avanzó hacia la puerta.

—Supongo que esto trascenderá porque todos lo contarán en su «Revista Semanal» —dijo.

—Les pediré a los chicos que no digan nada de lo sucedido. No creo que Potter, una vez que se le haya pasado la irritación, esté muy satisfecho de su conducta.

Cuando se marchó, entraba Clinty en la sala de profesores.

—¿Qué sucede, Rick? —me preguntó—. Acabo de ver a algunos de tus chicos que conducían al gordo Buckley al piso de arriba. ¿Qué le ha pasado?

Le conté el incidente y añadí:

—Bell va ahora al despacho del Viejo para informarle de lo ocurrido.

—¡Qué cosas! —dijo con una risita—. Quién podía figurarse a Potter atacando así a Bell. Siempre creí que ese muchacho era un blandengue; pero muchas veces esos tan tranquilos son los peores, ¿verdad?

—Pues no fue el único. Sapiano y Denham se pusieron también como locos, pero estaban tan ocupados atendiendo a Buckley, que no le prestaron atención a Bell.

—Es demasiado duro. A ver si con esto aprende.

—A los muchachos no les importa que Bell sea tan exigente en la clase de gimnasia, pero consideran a Buckley como un incapaz, como un crío que necesita protección —a pesar de que se rían de él— y les ha dolido que Bell lo haya colocado a sabiendas en esa posición violenta. Estoy seguro de que si hubiera sido Denham o cualquier otro, no le habrían dado importancia a la cosa.

—Sí, tienes razón. Bell es un buen profesor. Pero ahora no lo dejarán aquí mucho tiempo. Además, se habrá asustado.

—Eso se le pasará. En fin, tengo que ir a decirles unas cosas a mis alumnos.

La dejé. Por alguna razón inexplicable, me sentía nervioso cuando me quedaba solo con Clinty. Tenía la sensación de que deseaba decirme algo que yo no quería oír.

En la clase, los chicos estaban agrupados y con caras de pocos amigos. Desde luego, yo comprendía su resentimiento, pero no tenía más remedio que plantear el asunto de la conducta de Potter.

—¿Cómo está Buckley? —pregunté.

—Le dejamos arriba con la señora Dale-Evans, señor. No quería quedarse y no hacía más que decir que estaba muy bien. Pero la señora Dale-Evans le amenazó con hacerle tragar aceite de castor si no se estaba quieto. ¡Uf! —Todos sonrieron ante el gesto que puso Seales.

—Muy bien —dije—. Espero que ya estará bien del todo. Y ahora quiero hablarles de algo relacionado con este desagradable incidente. —Me senté en el borde del pupitre de Fernman.

—Potter, por mucho que lo intento, no encuentro excusa alguna para tu lamentable conducta en el gimnasio.

Potter abrió la boca asombrado. Luego dijo balbuciendo:

—Es que él tuvo la culpa, señor. Fue el señor Bell quien hizo que se cayera el Gordito. —Tenía la voz chillona, pues mis palabras le habían ofendido

profundamente su sentido de la justicia.

—Escucha, Potter: el señor Bell era el maestro en el gimnasio y todo lo que allí sucediera era de su responsabilidad. El hecho de que a Buckley le ocurriese esa desgracia, no justifica que tú hayas atacado a tu maestro.

—Señor, el Gordito no quería saltar porque sabía que se caería, y entonces el señor Bell lo obligó con mala idea.

Potter estaba a punto de llorar. Se sentía aún más desolado por mi censura, que él consideraba como una terrible injusticia. Los demás me miraban también con un hondo reproche.

—Quizás tengas razón, Potter, pero ahora no me interesa la conducta del señor Bell, sino la tuya. Has estado a punto de buscarte complicaciones muy graves, porque en aquellos momentos estabas tan exaltado que podías haber hecho una barbaridad. No sólo estabas diciendo cosas terribles, sino que te habías armado con algo con que se puede herir gravemente o matar a un hombre. ¿Qué supones que habría sucedido si todos se hubieran portado como tú y se hubiesen lanzado contra el señor Bell como una manada de lobos rabiosos? —Esperé a que estas palabras surtieran su efecto, pero Potter exclamó:

—Creí que había matado al Gordito, señor, sólo por darse el gusto de tomarle el pelo.

—Ya sé. Pero eso no te disculpa, sino al contrario, demuestra que ni siquiera te paraste a pensar en lo que de verdad había sucedido. Lo primero que hiciste fue lanzarte como un matón en contra de tu maestro, no pensando más que en herirlo o matarlo, ¿verdad? Querías vengar a tu amigo, pero piensa si en vez de un pedazo de madera hubiera sido un cuchillo o una pistola... ¿qué habría pasado entonces? —Potter estaba pálido, así como otros varios de sus compañeros.

—Potts no pensaba en nada —dijo Denham—. Se había puesto como loco al ver al Gordo tendido en el suelo. Y a todos nos ocurría igual. Por lo menos, yo estaba también desquiciado.

—Estás desviando la cuestión, Denham. Y a todos os sucede igual. Día tras día charlamos en esta clase sobre muchas cosas y todos sabéis lo que se espera de vosotros; pero a la primera señal de fastidio, lo olvidáis todo. Dentro de dos semanas estaréis trabajando y tropezaréis con muchas cosas que os sacarán de quicio y os pondrán rabiosos contra otras personas. Pero ¿acaso vais a utilizar palos y navajas cada vez que tengáis algún inconveniente? —Me puse en pie—. Todos vosotros encontraréis capataces y jefes e incluso compañeros de trabajo que harán cosas que os molestarán profundamente y es posible que alguno las haga para fastidiaros. Pero ni tú, Denham, ni tú, Potter, vais a arreglar la situación a trancazos o puñaladas, ¿verdad? El director de nuestra escuela tiene que defenderse de muchos ataques sólo porque tiene fe en vosotros, pues de verdad cree que cuando salgáis de aquí seréis ya capaces de controlaros en los momentos en que todo hombre ha de saber frenarse. Su buen éxito o su fracaso dependerán de cómo os portéis cuando salgáis de aquí. Por

eso me apena vuestra conducta de hoy. Hace temer por vuestro futuro.

En ese momento entró Buckley en la clase sonriendo con gran satisfacción y con mejor aspecto que nunca. Esperé a que estuviera sentado y proseguí:

—No quiero exagerar en este asunto, pero no podemos dejarlo así. Potter, te has portado muy groseramente con tu instructor de gimnasia y creo que debes presentarle tus excusas. —Potter me miró estupefacto y abrió la boca. Pero antes de que pudiese hablar, se puso en pie Denham de un brinco.

—¿Quiere usted que se disculpe? —gritaba con gran indignación—. ¿Y por qué va a disculparse Potts? No le ha hecho nada al señor Bell. —Me miraba con el entrecejo fruncido y su actitud, con las piernas un poco abiertas y los hombros levantados, era truculenta. Los otros nos contemplaban, pero estaban decididamente de su parte. Pude sentir cómo crecía el resentimiento de los chicos.

—Por favor, siéntate Denham, y recuerda que en esta clase podemos discutirlo todo, por muy difícil o desagradable que sea, sin necesidad de gritar ni de insultarnos.

Esperé temiendo los resultados de esta inesperada amenaza a nuestras cordiales y agradables relaciones. Denham miró indeciso a sus colegas y luego, bruscamente, se sentó. Yo continué con el tono más amistoso que pude encontrar:

—Esa pregunta que me has hecho hace un momento está muy justificada, Denham, pero reconocerás que la has hecho de un modo muy poco... delicado, si me permites decirlo así.

Sonreí, y Denham, a pesar de su indignación, empezó también a sonreír. Proseguí:

—Potter, ¿estás completamente satisfecho de cómo te has portado con tu profesor de gimnasia?

Potter me miró un momento y luego dijo:

—No, señor.

—Pero no pudo evitarlo —intervino Denham.

—Sí, Denham, es posible, pero Potter reconoce que su conducta ha sido reprobable. Pasado el primer impulso, ha pensado en ello y no está contento consigo mismo.

—Y ¿qué va a hacer el señor Bell? ¿No se disculpará con Buckley? —Denham no estaba dispuesto a ceder.

—Sí, eso es —dijo Sapiano—. ¿Por qué no se arrepiente él también?

—Lo referente al señor Bell no es de mi incumbencia. Sólo he de ocuparme de vosotros.

Comprendí que el asunto seguía feo. No sería fácil arreglar las cosas, mientras Denham siguiera en aquella actitud decididamente hostil. Ya no me daba el tratamiento de «señor» y Sapiano seguía su ejemplo.

—A usted le es muy fácil hablar así, señor, porque nadie se mete con usted —dijo Seales con voz muy clara y tranquila. Los demás se volvieron a mirarlo y lo apoyaban con enérgicos movimientos de cabeza. Su pregunta me había tocado en algo que dormía en mí desde hacía varios meses, pero que ahora resurgía con toda su

fuerza y me producía como un doloroso pinchazo en mi espíritu. Sin darme exacta cuenta de lo que hacía, bajé de la tarima y me acerqué al pupitre de Seales.

—Escúchame, Seales. Conmigo se han metido mucho más de lo que podrías figurarte. Me han acorralado tanto, que he llegado a odiar a todo el mundo de un modo feroz y he sentido deseos de herir y de aplastar a muchas personas. Sé muy bien lo que se siente cuando abusan de uno y lo tratan como a un perro. Pero he aprendido, Seales, a quedar por encima de los que me han maltratado. Es fácil coger un palo o un cuchillo, pero entonces se convierte uno en un esclavo del cuchillo o del palo y se crean nuevos y enormes problemas, sin que se haya podido arreglar nada. Y, ¿qué podemos hacer si prescindimos del arma como instrumento de venganza?

Me sentía fastidiado por haber dado suelta a mis emociones y, bruscamente, volví a mi sitio. Toda la clase se dio cuenta de que algo me había afectado profundamente, e inmediatamente me manifestaron su simpatía a su manera.

—Lo que me interesa aclarar, Potter —dije ya desde mi mesa—, es si te estás convirtiendo de verdad en un adulto y podrás hacerle frente a la vida sin acudir a la violencia. Cuando empieces a trabajar en Covent Garden, te encontrarás en circunstancias que te irritarán. ¿Qué harás entonces? ¿La emprenderás a estacazos con la gente? Nuestra misión, en esta escuela, es enseñaros a controlaros. En este caso concreto al que nos estamos refiriendo, perdiste lamentablemente todo control y te has conducido muy mal con tu profesor. ¿Crees que has crecido ya lo bastante, que eres suficientemente adulto para presentarle tus excusas?

Potter se movía nervioso en el asiento, y por fin dijo:

—Sí, señor.

—Ya sé que es difícil pedir perdón. Siempre lo es, sobre todo si tiene uno que hacerlo con una persona que le es antipática. Y comprendo que, en tu caso, no lo puedas mirar con buenos ojos. Pero no olvides que no lo haces por el señor Bell, sino por ti mismo.

Me senté. Todos guardaban silencio, pero tuve la seguridad de que habían comprendido mi intención. Potter se levantó:

—¿Está en la sala de profesores, señor?

—Sí, Potter, creo que ahora estará allí.

Denham y Seales acompañaron a Potter en busca de Bell. Llamé a Buckley.

—¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente, señor —dijo tan alegre como siempre.

—¿Qué dirán tus padres de lo que ha pasado?

—No les diré nada, señor. ¿Cree usted que debo decirles algo?

—Esto es cuestión tuya, Buckley. Si te encuentras completamente bien, como dices, no hay que preocuparse. Pero si en estos días o dentro de unas semanas sientes algún dolor, debes contar a tus padres lo que te ocurrió para que ellos puedan tomar las medidas oportunas.

A los pocos minutos, estuvieron de vuelta los tres chicos. Potter venía colorado y

muy azorado. Detrás de ellos apareció el señor Bell.

—¿Puedo hablar a sus muchachos un momento, señor Braithwaite? —Se puso a mi lado, en la tarima. Le dije que, por supuesto, podía decir cuanto quisiera.

—Quiero decirlos a todos —empezó— lo mucho que lamento el incidente del gimnasio hace un rato. Creo que todos hemos sido un poco insensatos y que mientras antes olvidemos lo sucedido, mejor será.

—¿Qué tal estás, muchacho? —le preguntó a Buckley con tono afectuoso.

—Muy bien, señor, muy bien —respondió el pequeño con una sonrisa.

—Bueno, me alegro mucho. Espero que la semana próxima nos veremos todos en el gimnasio como de costumbre. —Y se marchó después de haberse despedido en general de la clase con un gesto lo más cordial que le permitía su evidente nervosismo.

Los chicos se habían calmado. Dedicamos nuestra atención a otros temas.

Capítulo 20

Aquella misma semana, la escuela fue invadida por el periódico. El director había obtenido el necesario permiso oficial para la visita, pues deseaba aprovechar ese medio para presentar sus puntos de vista pedagógicos al gran público y responder a través del diario a sus detractores. El día antes de aquél en que habían de ir los periodistas, nos reunió en la sala de profesores para ponernos al tanto y pedirnos nuestra colaboración. Por lo que nos explicó, parecía una excelente idea y todos estuvimos de acuerdo en que la escuela saldría ganando con ello. Acordamos no prevenir a los alumnos, pues el objeto era que un reportaje gráfico los sorprendiese en sus actividades normales.

Llegaron a las diez de la mañana un reportero y dos fotógrafos. Parece mentira que se notara tanto la presencia de tres personas, pero lo cierto es que aparecían en los sitios más inesperados, disparando *flashes* como locos. Los chicos estaban muy excitados con la novedad y los de mi clase no hacían más que volver la cabeza hacia la puerta para ver si entraban por fin. Les ilusionaba mucho salir retratados en el periódico. A media mañana, el director me llamó para presentarme al reportero y a los dos fotógrafos, que tomaban té con él en la sala de su despacho.

—Señor Braithwaite, estos caballeros desean hablar con usted un momento —me dijo. Me senté y el periodista empezó a interrogarme.

—Cuando el director nos dijo que era usted uno de los maestros, pensé que sería un buen asunto tomar algunas fotos especiales de usted en su clase. Hará el mejor efecto como ejemplo de democracia y tolerancia en la escuela.

Me le quedé mirando fijamente. ¡Con qué frivolidad empleaba esta gente las palabras «democracia y tolerancia»! Me sentí indignado y le dije secamente:

—¿De qué va a servir eso?

—Hombre, pues para demostrar que en Gran Bretaña no existen prejuicios de raza.

—Lo siento —dije, asqueado por aquella farsa—, pero yo estoy en esta escuela sólo como maestro y el Consejo no me empleó porque yo fuera un negro. No deseo ser utilizado como propaganda para ninguna idea política ni social, y mucho menos para la que usted ha mencionado.

Había hablado acaloradamente y tanto los periodistas como el director me miraban con asombro. El director me dijo:

—Debo confesar, señor Braithwaite, que fue a mí a quien se le ocurrió esa idea, pues creo que cualquier publicidad que se dé a su presencia en nuestra escuela, nos favorece a todos. No creo que haya muchos maestros negros en Inglaterra. Por eso, ya que le tenemos a usted, nos gustaría que lo supiera el público.

—Lo lamento, señor Florian, pero no me interesa airear públicamente mi

presencia aquí y me fastidia convertirme en un argumento para demostrar la tolerancia británica en cuestiones raciales. Soy tan sólo un maestro y quiero seguir siéndolo, si no se me presenta una circunstancia en que me convenga actuar públicamente.

Les molestó que les impidiese realizar su plan, pero no insistieron y siguieron retratando a los chicos y a las chicas en las clases, en el comedor, en sus juegos y en la sesión de baile de mediodía. Bell hizo que sus alumnos lucieran su destreza atlética ante las cámaras. Se había puesto muy en situación con una camiseta y unos pantalones cortos de deporte. Los alumnos, estimulados por la ilusión de ese fugaz momento de gloria que iban a proporcionarles los periodistas, cooperaron muy bien con ellos. Pensaban que sus padres estarían orgullosos. Además, los chicos les darían envidia con las fotos a sus amigos y amigas, que no tenían la suerte de estudiar en una escuela tan «famosa».

El lunes siguiente apareció el reportaje ilustrado con tres fotos. Y si le llamo «reportaje» es a falta de otro calificativo más apropiado para aquel alarde de mala intención disfrazado de periodismo. El reportaje se limitaba a los pies de las fotografías y a unos párrafos muy breves. Pero esos textos no tenían relación con las fotografías. De las tres que aparecían, una mostraba al señor Florian, pequeñito, encorvado y gris, bailando con una de las muchachas, en ridículo contraste con las adolescentes que bailaban en torno suyo, con las faldas revoloteantes, como bailarinas de revista musical. En otra foto aparecían unos chicos con los cigarrillos colgando de los labios, con unas actitudes y unos gestos de aburrida depravación; y la tercera recogía un momento de la comida, pero de tal manera que el comedor tenía un aire sórdido y terrible que producía náuseas. Era increíble cómo habían podido sacar aquello. Cuando llegué aquella mañana a la escuela, me encontré a todos mis compañeros furiosos contra los periodistas por la indecente jugarreta que nos habían hecho. La señora Drew nos dijo que el director quería discutir el asunto con nosotros durante el recreo de media mañana.

En cambio, a los chicos les entusiasmó el reportaje. Nos enteramos que los periodistas les habían indicado que tomasen aquellas «poses» espectaculares de críos airados o de adolescencia perdida y les hicieron ponerse cigarrillos en la boca. Sabíamos de sobra que algunos de ellos fumaban, pero las fotografías daban a entender que en la escuela fumaban todos los niños y que lo hacían cínicamente en grupos y delante de los profesores. Desde luego, a ellos les divertía tanto haber salido así en el periódico que la mayoría se presentaron en la escuela con un ejemplar bajo el brazo. Supongo que este pequeño aumento de circulación acallaría cualquier remordimiento de conciencia que pudieran haber tenido los responsables de la fechoría periodística.

En aquella reunión de profesores, se vio que cada uno de nosotros tomaba el reportaje como un insulto personal. El Viejo estaba muy abatido. El asunto le había afectado enormemente.

—Cuando les permití que viniesen —dijo— lo hice dando por cierto, ya que hablamos previamente sobre ello, de que iban a informar al público de todas nuestras actividades docentes del modo más objetivo. Me aseguraron que ése era su propósito, y los creí. Proporcioné al reportero un extenso informe sobre nuestro plan de trabajo para facilitarle su tarea. Y ahora resulta que lo único que han hecho ha sido ridiculizarnos y presentar a esta escuela como un antro de maleantes infantiles o adolescentes. Les han dado los mejores argumentos a nuestros enemigos. Ahora enseñarán esas fotos y dirán: «La cámara no miente». —El señor Florian estaba tan disgustado que se tiraba nerviosamente del labio inferior, lo que solía hacer tan sólo cuando pasaba por momentos de tensión emotiva—. No sé si tendré algún recurso legal para protestar.

—Fue una mala ocurrencia traerlos —dijo Weston, enfático, olvidando cuánto le había entusiasmado.

—De acuerdo, señor Weston —dijo resignado el director—. Ha sido una idea muy equivocada y sólo soy yo el responsable.

—Tú cállate, Weston —exclamó Clinty—. Reconoce que te parecía estupenda la idea como a todos nosotros. Mejor dicho, a Braithwaite le parecía mal, pero por motivos personales.

—Lo que me intriga es qué habrán hecho de las innumerables fotografías que tomaron —dijo Grace—. Yo perdí la mar de tiempo arriba preparando a las niñas para las fotos.

—Sencillamente, que no les interesaba lo que no fuera sensacionalista y escandaloso. Suponen que al público no puede interesarles ver las cosas normales que puedan hacer unos niños. Vinieron buscando una especie de incubadora de delincuencia juvenil. Es como si le dijeran a su público: «Ahí los tienen ustedes momentos antes de lanzarse contra el mundo, que está el pobre desprevenido y no sabe lo que le espera».

—Y usted, Braithwaite —me preguntó la señorita Phillips—, ¿qué tenía contra la visita de los periodistas? ¿Por qué no le agradaba que viniesen?

—Sencillamente, porque no quiero que me exhiban como un tipo de barraca de feria.

—Bueno, pero ¿acaso no es usted una cosa rara? ¿Cuántos maestros negros cree usted que hay en Londres? —Weston tenía razón y él lo sabía.

—Escuche usted, Weston, yo seré una cosa rara únicamente para los que crean que el color de mi piel me hace menos hombre que un blanco. Pero como maestro —pues eso es lo que soy aquí— nada hay en mí que sea excéntrico ni insólito. El reportero me dio la impresión de estar mucho más interesado en el hecho de ser yo un maestro negro con alumnos blancos y en lo que esto podía atraer al público en las fotografías, que por mi actuación como tal maestro. Por eso me negué a colaborar en el reportaje.

—Tú, Weston, no tienes que preocuparte —le dijo Clinty para hacerlo rabiar—.

Siempre te queda la posibilidad de que te saquen en *News of the World*, que es el periódico más sensacionalista. Ya te llegará el turno, hombre, no te pongas triste.

—Por lo menos a mí no me han ridiculizado —replicó Weston, aludiendo claramente con estas palabras al Viejo.

—Claro, porque no sabes bailar. —Esta Clinty decía siempre la última palabra.

Entonces habló Gillian. Hasta entonces, nunca había hecho observación alguna en las reuniones de profesores. Consideraba que todo lo que se hablaba en esas juntas eran tonterías, y no le faltaba razón. Por eso, todos le prestaron ahora una gran atención.

—He tenido cierta experiencia en el mundillo de la prensa y me gustaría aconsejarles que no se apresurasen a culpar al reportero y a los dos fotógrafos. Ellos no ejercen control alguno sobre lo que acaba apareciendo en el periódico. Entregan el material informativo que han reunido y es el director quien decide lo que va a ser publicado, decisión que, a su vez está determinada por los deseos del público. Esta escuela ha sido censurada en ciertos medios y comprendo que haya sido penoso para ustedes ver cristalizadas, como si dijéramos, esas críticas en el reportaje. Pero si quieren ustedes consolarse, sólo han de pensar en que ese mismo público habrá olvidado mañana todo el asunto. Porque así ocurrirá.

—Gracias, señorita Blanchard —dijo el señor Florian, sonriendo por fin.

A los pocos minutos se habían animado todos y la charla se generalizó, disipándose el ambiente sombrío. Nuestra atención empezó a fijarse en otros temas. Uno preguntó al director:

—Señor, ¿qué hay de las fiestas de Navidad? —Y charlamos sobre ello.

El 6 de diciembre noté la ausencia de Seales. Poco antes del recreo entró casi corriendo en la clase y vino directamente a mi mesa:

—Lo siento, señor, pero no puedo quedarme. Mi madre murió esta mañana a primera hora y estoy ayudando a papá.

Como si estas palabras hubiesen quebrado sus esfuerzos por parecer fuerte y muy hombre, rompió a llorar como el niño que realmente era. Me levanté en seguida y lo hice sentar en mi silla. Se cubrió la cara con las manos, sollozando.

Comuniqué la noticia a la clase. La recibieron con un impresionante silencio y esa inmediata compasión que sólo parecen experimentar los muy jóvenes. Muchos de ellos lloraron también.

Traté de consolar a Seales y lo mandé a su casa. Luego fui a darle la noticia al señor Florian.

Después del recreo, cuando me disponía a empezar nuestra lección de Historia, se puso en pie Bárbara Pegg. Los demás la habían encargado de decirme que habían decidido hacer una colecta entre todos ellos para comprar una corona de flores o un gran ramo y enviarlo a casa de Seales. Dije que me parecía muy bien, siempre que me permitieran a mí contribuir también. Supimos que el entierro sería el sábado.

Bárbara fue recogiendo el dinero durante la semana y el viernes por la mañana tenía ya casi dos libras. Esto me satisfizo mucho y discutimos qué flores podríamos comprar y cuál era la tienda más cercana. Luego pregunté:

—¿Cuál de vosotros va a llevarlas a casa de Seales?

Aquello cayó como una ducha fría. Desapareció toda la agradable camaradería y de pronto me encontré frente al antagonismo con que me habían recibido el primer día. Era como si hubiese dejado caer un telón entre ellos y yo.

Del modo más repentino, me estaban odiando. Un espectáculo deprimente para mí. Me habían excluido de sus vidas de un modo fulminante.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? —grité, y yo mismo me asusté de mi estridencia—. ¿Qué ocurre con las flores, que os habéis puesto así?

Moira se levantó:

—No podemos llevarlas, señor.

—¿Qué quiere usted decir, señorita Joseph? ¿Por qué no pueden ustedes llevarlas?

—Es por lo que diría la gente si nos vieran en la casa de una persona... de color. —Y Moira se sentó.

De modo que era eso. Me sentí como un guiñapo, un ser inútil separado brusca y dolorosamente de ellos. Todos los meses de encantadora colaboración se esfumaban al conjuro de unas palabras.

Nada había importado: la enseñanza, el buen ejemplo, nuestras charlas, la infinita paciencia, mis preocupaciones. Todo esto se lo llevaba el viento. Mis alumnos, lo mismo que los desconocidos en los autobuses y en los trenes, sólo veían la piel y no a la persona que había dentro. Seales había nacido y crecido entre ellos, jugado con ellos; su madre era blanca, británica, de familia y antepasados como los de ellos.

Todos los manoseados tópicos me volvieron a la memoria. Un niño de color con una madre blanca, «un chico de las Indias Occidentales con una madre inglesa». Siempre lo mismo. Nunca «un niño inglés con un padre negro o de las Indias Occidentales», porque llamarlo así sería decir que era tan inglés como ellos.

Era como una enfermedad incurable y estos niños a los que yo quería tanto sin importarme su piel ni sus antepasados, padecían la misma deformación visual que les impedía percibir en su auténtica realidad lo que no fuese inglés o blanco.

Recordé un comentario de Weston: «Son deficientes mentales; nada les importa. Fríos como piedras».

Salí de la clase con el corazón oprimido. Necesitaba hablar de aquello con alguien. Pero ¿con quién? Allí todos eran blancos, incluso Gillian, de manera que ¿cómo podían tener una visión diferente del problema? Quizá estuviesen mejor dotados, por su educación, para disimularlo, para dorarme la píldora con bonitas palabras y gestos amistosos.

Me dirigí al despacho del director. Me escuchó y su rostro reflejaba la profunda humanidad y simpatía que siempre había encontrado en él.

—Me alegro que le haya ocurrido esto, Braithwaite. Creo que le será beneficioso.

—¿Por qué, señor?

—Porque me parece que espera usted unos resultados demasiado rápidos como respuesta a sus esfuerzos. No olvide que nuestra tarea aquí no se reduce a la enseñanza académica, sino a prepararlos para que puedan convivir unos con otros, preocupándose cada uno de ellos por lo que les sucede a los demás, y ayudándose mutuamente. Esto no es fácil.

«Otra vez estamos con lo mismo», me dije. «Cuanto hacen esos pequeños malvados está bien, incluso esto que acaban de hacerme a mí». ¿Acaso este hombre no va a aceptar nunca un punto de vista que no les sea favorable?

—Sea fácil o no, señor Florian, Seales es uno de ellos, ha vivido siempre con ellos, no es un extraño para ellos como yo.

—Ésa es una comunidad con muchos e intensos prejuicios raciales y religiosos, la mayoría de los cuales vienen de muy lejos.

—No lo niego, señor, pero la madre de Seales era una inglesa, una blanca, una mujer que pertenecía a esta zona de la ciudad. Trabajaba en la lavandería del barrio con muchas otras madres de nuestros alumnos. La conocían tanto como a su hijo.

Me estaba irritando contra él por su intento de justificar la conducta de los chicos.

—Permítame que le diga —insistió— que se ha confiado usted demasiado a causa del buen éxito que ha obtenido en su clase. Estoy seguro de que todos ellos quieren mucho a Seales, pero, en cuanto salen de la escuela, las cosas cambian. El propio Seales comprenderá la actitud de sus compañeros.

—Pero, señor Florian...

—Debe usted tener paciencia, Braithwaite —añadió, levantándose del sillón—. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? Desde mayo... son siete meses y ha conseguido muchísimo de ellos. Quizá el año próximo, o el otro..., ¿quién sabe? Vuelva a ellos tranquilamente y demuéstreles que es capaz de esa misma tolerancia y paciente buena voluntad que usted quiere obtener de ellos.

Aquel hombrecillo siempre parecía crecer cuando hablaba. Como para compensar su exigua estatura, estaba dotado de una especie de santidad; esa profunda y paciente sabiduría que deja pequeñas a personas de aspecto imponente.

Cuando dejé al director, permanecí un rato en el pasillo a la entrada de mi clase, completamente desconcertado. Los pensamientos giraban vertiginosamente en mi cabeza. La manera de reaccionar aquellos niños y sus padres en el caso de Seales, era una lección para mí. A ese ostracismo tendríamos que someternos Gillian y yo, lo cual me producía una insostenible angustia. ¿Qué efecto podría causarle a Gillian esa presión de las gentes? ¿Podríamos resistir la oposición del ambiente? ¿O podríamos librarnos si nos instaláramos en otra parte, si viviéramos entre personas más educadas y capaces de una mayor comprensión? Entré en la clase.

Estaban todos muy tranquilos. Quise decir algo pero no me salieron las palabras. Jacqueline Bender se levantó.

—Señor, creo que no nos ha comprendido usted bien antes. Nada tenemos contra Seales. Lo queremos, de verdad que sí. Pero si nos vieran a una de nosotras, a una de las chicas, entrar en su casa, no se puede usted imaginar las cosas que diría la gente. Nos acusarían de las mayores barbaridades. —Se sentó, agotada, por el esfuerzo de su pequeño discurso.

—Te agradezco que me hayas presentado el asunto con tanta claridad. Y en cuanto a los chicos, ¿sucedería lo mismo?

Ya no tenían una actitud desafiante, pero rehuían mi mirada.

—Llevaré yo las flores —dijo Pamela, levantándose. Estaba espléndida, tan erguida y orgullosa.

—¿No teme usted lo que pudieran decir?

—No, señor; no me importan las murmuraciones. Después de todo, conozco a Larry, quiero decir a Seales, desde que estábamos en párvulos.

—Gracias, señorita Dare. El entierro es a las diez. Espero que nos veremos allí. Gracias.

Contento y animado por sus palabras, no toqué más este asunto y nos dedicamos a nuestras lecciones.

Aquella tarde le conté a Gillian la muerte de la madre del chico, pero no aludí a lo otro. Quería olvidarlo lo antes posible.

El sábado, por la mañana, tomé uno de los primeros autobuses en Brentwood. Me senté arriba en uno de los últimos asientos, pues no quería ver a nadie ni que nadie me viese, ni hablar o que me hablasen. Deseaba estar lo más apartado posible de los blancos. Les había dado a aquellos niños cuanto pude, incluso parte de mí mismo, pero había sido inútil. Al final, habían utilizado la misma hipócrita disculpa, tan familiar a sus padres y abuelos: «Nada tenemos contra él personalmente, pero...». Ya me lo sabía de memoria. Si Seales hubiera sido un cretino, un marica, un ladrón, un asesino, no habría importado, con tal de que hubiera sido inmaculadamente blanco. En cambio, aunque se trataba de un chico excelente, amable, cortés, inteligente, nada de esto podía borrar su terrible pecado: tener «sangre negra».

En nuestro Consejo de Estudiantes se había discutido esta cuestión racial, y allí todo sonaba maravillosamente, todo se volvía hablar de la gran herencia común, de los derechos inalienables de la persona, de la solidaridad universal... hasta que llegó el momento de respaldar con hechos estas teorías. A la hora de la verdad, la hipócrita fachada se había desmoronado. Su compañero tenía que ser crucificado porque era negro; linchado por ser negro; y, porque era negro, había que condenarlo al ostracismo. Hubiera bastado un pequeño cambio en la posición geográfica para que estos chicos hubiesen empleado las mismas palabras que condenaban, vociferantes en esas reuniones donde jugaban a ser personas mayores.

El traqueteo del autobús subrayaba sincopadamente la ira que me roía el corazón. Estaba a punto de marearme. Descendí frente al Hospital de Londres y me dirigí hacia Commercial Road y la calle Priddle, donde vivían los Seales. Al torcer la

esquina de la estrecha calle, vi el siniestro coche mortuorio y un pequeño grupo de curiosos, esa gente que siempre surge cuando hay que contemplar la desgracia de los demás. Entonces me detuve sintiéndome de pronto como si me hubieran arrancado de golpe todas mis preocupaciones. Se me saltaron las lágrimas: allí, formando un grupo apretado y separado de los curiosos, cerca de la puerta de Seales, estaban los chicos de mi clase; todos, o casi todos ellos, muy serios y ataviados con su mejor ropa. «¡Oh, Dios mío, perdóname por los odiosos pensamientos que he tenido porque ya sabes cuánto quiero a estas brutales e imposibles fierecillas, cuánto los quiero!...», me dije a mí mismo.

Apresuré el paso para reunirme de nuevo con ellos, para ser nuevamente uno de ellos. Me acogieron en silencio, pero con indudable afecto y en sus ojos brillaba un cierto orgullo y algo más. Sentí que me ponían algo blando en la mano y, cuando volví la mirada, me encontré con los claros y relucientes ojos de Pamela Dare, con cuyo pañuelito me sequé los míos.

Capítulo 21

Estos últimos días del curso fueron para mí los más felices desde que salí de la R.A.F. El trabajo y Gillian llenaban por completo mi vida. Nos compenetrábamos mejor cada día, y el hecho de compartir los mismos intereses y emociones, nos hacía vivir con mayor intensidad. Conocí a sus padres, como habíamos decidido. Desde luego, eran dos personas encantadoras, aunque se hallaban ante una situación inesperada y difícil y hacían todo lo posible para portarse del modo más «civilizado». Habían educado a su hija para que fuese una mujer independiente en el pensamiento y en la conducta y, fieles a sí mismos, no deseaban influenciarla ahora en un momento tan decisivo de su vida. Además, la querían entrañablemente y lo primero que les importaba era su felicidad. Creo que en aquella primera entrevista me coloqué desde el primer momento en una actitud defensiva, esperando la aparición de cualquier indicio de enemistad o de hipocresía. Ellos también se encontraban a disgusto, pues aun con la mejor voluntad por parte de todos, era indudable que el color de mi piel creaba una situación molesta.

Los partidarios de la segregación racial defienden sus prejuicios con la típica pregunta: «¿Dejaría usted a su hija que se casara con un negro?». He hablado con muchos padres ingleses que, sintiéndose completamente a salvo de esa contingencia, no han vacilado en afirmar que permitirían a su hija casarse con el hombre que quisiera, fuese blanco o negro. Pero la misma facilidad con que me respondían y el aplomo de esa afirmación, me hacían dudar. Y ahora, por mis relaciones con su hija, estaba yo colocando a este matrimonio en la necesidad de hacerse esta pregunta y de contestársela al mismo tiempo. Era gente de buena posición económica y de excelentes relaciones sociales. Para ellos no podía ser fácil tomar una decisión semejante y, a pesar de mi prevención inicial, comprendía el dilema en que se hallaban.

Antes de haber conocido a Gillian, no se me había ocurrido que pudiera casarme con una mujer blanca, ni lo deseaba. Había conocido a muchas en la vida social e incluso tuve relaciones muy íntimas con varias de ellas, pero esto no podía hacerme pensar en el matrimonio. No es que tuviese nada contra ellas; las había conocido muy agradables e inteligentes, pero yo no podía prescindir del hondo prejuicio que existe contra los casamientos entre personas de distinta raza. Entonces me cayó del cielo, por decirlo así, esta mujer, Gillian, distinta a todas, y mis argumentos se evaporaron como la niebla con el sol. Desde el primer momento se adaptó tan perfectamente a mi vida que no podía yo tener en cuenta si su piel era azul o verde. Ambos nos creíamos destinados el uno al otro y no concebíamos que nada pudiese interferir en nuestras vidas. Los dos estábamos de acuerdo en que tanto sus padres como los míos merecían la cortesía de ser informados a tiempo. Y por eso me encontraba yo en esa casa

sometiéndome al escrutinio de los padres de Gillian, aunque alerta por si surgía algún indicio de intromisión.

Almorzamos juntos, charlamos acerca de cosas y sitios; me preguntaron por mi vida, por mis padres, mis estudios y servicio militar, mis planes para el futuro y las posibilidades que tenía para realizarlos. Creo que quedaron satisfechos con mis respuestas, pero aún faltaba algo, un imprescindible catalizador que crease entre nosotros una definitiva armonía.

Más tarde, mientras fumábamos en la sala ante un alegre fuego en la chimenea, el señor Blanchard me habló de América del Sur. Antes de la guerra había visitado, por motivos de sus negocios, algunas de las repúblicas sudamericanas e incluso varias islas. Se refirió a Aruba.

Yo conocía muy bien Aruba, porque después de graduarme en la Universidad estuve trabajando allí como técnico de la Standard Oil en la refinería de San Nicolás. Tuvimos una agradable charla sobre la isla, sus gentes y su importancia económica en el mundo del petróleo, debida ante todo al gran puerto natural de San Nicolás y a su proximidad de los inmensos yacimientos petrolíferos de Maracaibo en el Continente.

—¿Cuál es esa lengua tan rara que emplean los nativos? —me preguntó.

—El *papiamento*. Es una jerga compuesta de holandés, español y el habla india de aquella región. Antes de salir yo de allí, estaba ya muy teñido por el inglés de los Estados Unidos.

—¿Lo habla usted? —quiso saber la señora Blanchard.

—Bastante bien. Sabiendo español, lo demás es fácil.

—Recuerdo haber visto a unos indígenas en Oranjestad, montados en aquellos pequeños asnos tan graciosos —prosiguió el señor Blanchard.

—Burros^[4].

—Sí, eso es, burros.

—Esa gente de Aruba es muy tranquila, digna y amable.

Toda esta conversación sobre temas lejanos, nos mantenía a salvo de la cuestión candente: Gillian y yo.

—Han edificado un magnífico club —dije.

—Sí. Allí he jugado mucho al baloncesto y al *volleyball*.

—Ése es un juego muy varonil.

—Toda la ciudad es varonil: no hay más que hombres por todas partes. —Y de pronto se rió, divertido con sus propios recuerdos—. *Hija del Día*^[5]... —murmuró, evocando.

Me quedé mirándolo y agradecí a mi piel negra que ocultase mi sonrojo.

—¿No la recuerda usted? —me dijo.

Su esposa y Gillian se miraron. Yo le respondí vacilante:

—Sí, sí, desde luego... —Desviando la mirada, trataba de hacerle cambiar de tema.

—Hombre, no se preocupe, ya se lo he contado a ellas.

¡Con estos ingleses no salía uno de sorpresas! ¿Cómo podía uno explicarles estas cosas a unas mujeres tan delicadas?

—¿No ha estado usted dentro? —al señor Blanchard le divertía mi azoramiento.

—No, nunca entré.

—¡Qué cosas! —y se reía a carcajadas con la evocación. Se había relajado y me miraba ya sin la menor prevención. Aquél era el catalizador que necesitábamos: aquellos recuerdos compartidos de Aruba, el Club y las colas.

Eran las colas más largas que he visto en mi vida y las más notables. Colas de hombres, viejos y jóvenes, blancos y negros, hombres bien vestidos y otros manchados del trabajo después de ocho horas de labor; unos parlanchines y otros silenciosos, pero todos ellos esperando pacientemente su turno para entrar en el gran edificio pintarrajeado donde pagarían el alto precio exigido por el género más racionado de la isla: las mujeres.

Para uno como yo, que acababa de llegar allí después de disfrutar de las comodidades de la abundancia de la vida americana, las escaseces y dificultades de Aruba eran como una diversión y fáciles de soportar, pues por lo general duraban muy poco. Las empresas norteamericanas tenían instaladas tiendas bien surtidas, donde se podía obtener fruta, verduras, carne y otras cosas en excelente estado gracias a los gigantescos refrigeradores. Porque en la isla sólo crecían cactus, unos cactus enormes, con pinchos larguísimos, como si la naturaleza se divirtiese cultivando estas inútiles plantas en una tierra donde ni siquiera la hierba podía crecer. Incluso el agua potable tenía que ser llevada a la isla en tanques, como complemento de la poca que se podía obtener convirtiendo el agua del mar en un líquido neutro que servía para todo.

Pero lo que más escaseaba eran las mujeres. La Refinería había sido construida, y era explotada, por los norteamericanos y en ella trabajaban docenas de miles de blancos y negros procedentes de los Estados Unidos, las islas del Caribe y los países hispanoamericanos del Continente. Aparte de muchos indígenas —gente fuerte y muy capacitada— de la isla de Aruba. Durante todo el día y toda la noche esta masa obrera trabajaba en la Refinería en tres turnos. Llenaban las tiendas, los restaurantes, las bodegas y los cafés.

Pero la mujer era un artículo de gran lujo, pues los obreros y empleados, atraídos por estas colocaciones tan bien pagadas, no podían llevar consigo a sus propias mujeres, ya que los alojamientos eran de tipo cuartelero. De ahí que el Gobierno de Aruba, práctico y previsor, permitiese (e incluso es posible que lo hubiese planeado) un cierto alivio de esta situación. Se autorizaba a las prostitutas, algunas de ellas muy jóvenes y de aire inocente que visitaran la isla procedentes de varios puertos del Continente. Les pagaban un billete de ida y vuelta para dos semanas y podían ejercer su profesión después de someterse a un reconocimiento médico. Las mujeres llegaban en el vapor que hacía dos veces al mes la ruta de las islas y que pronto recibió el nombre de «el Barco de la Carne». La mayoría de ellas se alojaban en el gran caserón

de chillones colores situados muy cerca de la Refinería y que llevaba un enorme rótulo: *Hija del Día*. En cuanto corría la voz «ha llegado el Barco de la Carne», se empezaban a formar las colas de hombres a las puertas de la casa. Abundaban las bromas y los chistes y se comentaba con entusiasmo la llegada de las «nuevas».

Mirando al señor Blanchard, intentaba figurármelo en aquel ambiente. Como si adivinase mis pensamientos, sonrió y me dijo:

—Yo tampoco estuve en la casa. Fui a la isla sólo para dos días, con unos asuntos de la British Dutch Shell en Oranjestad. Un amigo me llevó al Lago Club para tomar unas copas y de paso vi las colas. ¡Qué espectáculo! Nunca las olvidaré.

El domingo por la tarde, después del almuerzo, nos sentamos todos para tratar de lo que más nos preocupaba. Los padres de Gillian expresaron su opinión con toda franqueza. El señor Blanchard dijo:

—Voy a hablarle con toda sinceridad, Rick. Cuando supimos que Gillian le veía mucho, su madre y yo hablarnos del asunto, pero decidimos no intervenir, suponiendo que sería una de esas tantas relaciones entre gente joven y que antes o después terminarían.

»Pero, al escribirnos Gillian diciéndonos que le traía aquí, comprendimos que la cosa era más seria de lo que habíamos imaginado. Conocemos bien a nuestra hija, Rick, y en seguida estuvimos convencidos de que se trataba de algo muy importante para ella. Después de haberle conocido, no es difícil comprenderlo. —Se levantó y encendió su pipa, sentándose luego en el brazo del sillón de Gillian—. Naturalmente, incluso ahora preferiríamos que se hubiera enamorado de un hombre de su raza; todo habría sido mucho más fácil tanto para ella como para nosotros. Si me hubiesen preguntado sobre esto mismo antes, no habría dudado en afirmar que no tenía prejuicio alguno racial ni de ninguna otra clase, pero al tocarme ahora tan de cerca, al convertirse en un asunto personal e íntimo, comprendo que haría todo lo posible por deshacerlo si creyera que iba a servir de algo. Porque no se trata sólo de ustedes dos, sino de los hijos que pueden venir. Se encontrarán como en el vacío, sin pertenecer a la raza negra ni a la blanca, y nadie los querrá.

Le había escuchado paciente y respetuosamente porque era un hombre mayor y sobre todo por ser el padre de Gillian. Pero lo cierto era que me estaba soltando, muy seguro de sí mismo, las mismas disculpas de siempre, los mismos viejos tópicos, los golpes bajos envueltos en retórica. Todo aquello lo había oído yo antes.

—No creo que nuestros hijos sean cosa de nadie, sino de nosotros dos, señor Blanchard —repliqué con la mayor calma que pude—. Si Gillian y yo nos casamos, espero que tengamos hijos que nos pertenecerán a nosotros y les bastará con que nosotros los queramos.

Miré a Gillian, deseando que me apoyase, que confirmara lo que yo estaba diciendo por los dos. Y en efecto, me sonrió con los ojos, con los labios y con el corazón, animándome a seguir hablando sin miedo.

—No necesita usted preocuparse de nosotros, señor, ni de nuestros hijos. Creo

que cuando usted se casó, no pudo darle a la señora Blanchard la absoluta garantía de que sus hijos iban a ser fuertes, saludables y sin deformidad física alguna. También nosotros nos exponemos, aunque no dejo de comprender lo molesto que ha de ser para ustedes tener nietos de color.

Se sonrojó al oír estas últimas palabras, pero, decidido a ser lo más «civilizado» posible, levantó una mano para tranquilizarme.

—No debe usted acalorarse, joven, una vez que ha expuesto sus argumentos. No olvide que Gillian es nuestra hija y que no dejará de serlo porque se case con usted.

Me senté y esperé a que continuase.

—Le estoy diciendo esto sin pasión alguna y sólo porque soy el padre de su novia. Los demás pensarán y dirán estas mismas cosas, pero probablemente de un modo mucho más desagradable. Lo único que deseo es que entiendan ustedes dos la extremada dificultad del paso que van a dar. —De pronto, me sonrió y añadió—: Le aseguro a usted, Rick, que nos ha sido muy simpático y que nuestro mayor deseo es que este matrimonio resulte un gran acierto. Pero nos parecería prudente que esperasen ustedes un poco, digamos..., por lo menos, seis meses, antes de dar el paso definitivo. Así se acostumbrarían a estar juntos y, sobre todo, a presentarse juntos ante la gente.

—Y recuerde —dijo, levantándose—, que si va usted a formar parte de esta familia, más vale que seamos amigos. —Con lo cual, me tendió la mano, que yo estreché.

Capítulo 22

Poco después de mi entrevista con los padres de Gillian, recibimos en clase la visita del funcionario encargado en el distrito de proporcionar empleo a los jóvenes. Habló a mis alumnos de las oportunidades que les ofrecían las industrias locales, especialmente las fábricas textiles y de muebles que daban trabajo a los que salían de las escuelas. En gran medida, se habían anticipado a la intervención del funcionario las madres y los padres, las hermanas y los hermanos, las tías y los tíos, que, empleados ya en esas mismas industrias, deseaban tener a los chicos con ellos.

Algunos de la clase aspiraban a colocaciones más «importantes», como meritorios en oficinas. Seales fue aceptado como aprendiz en una gran fábrica de artículos eléctricos en Middlesex; Fernman logró un puesto de mensajero en la Compañía Cable End Wireless. Tich Jackson entraría de botones en un gran hotel de Londres; a Potter lo admitieron en el Mercado de Covent Garden; en cambio, Denham había decidido trabajar por su cuenta, y su padre le iba a proporcionar un carro para que hiciera transportes. Pamela y Bárbara se colocarían como aprendizas en una casa de modistas del West End, y la madre de Pamela estaba segura de que su hija podría ser una excelente modelo por su magnífica figura y su gracia de movimientos. En fin, que todos mis chicos se dispersaban como plumas al viento.

Al principio habían hablado con gran entusiasmo e impaciencia de cuando acabasen con la escuela y empezasen a ganar dinero, a comprarse ropa, ir a sitios que ahora les estaban prohibidos, etcétera. Pero, al acercarse el final de sus estudios, estaban como asustados ante la perspectiva de un trabajo regular a horas fijas y con una supervisión rígida. Sin embargo, la vida no les asustaba. Vacilaban ante el primer paso, la zambullida inicial en la corriente, pero no es que les atemorizase el nuevo elemento en que habían de moverse. Tenían la seguridad de haber aprendido bien a nadar; eran fuertes, valientes y les sobraba vitalidad y entusiasmo para mantenerse a flote. Necesitarían perfeccionar el ritmo de sus brazadas y controlar la respiración y saber alterar el rumbo frente a los obstáculos y a las corrientes contrarias que encontrasen. Pero no tenían miedo.

En estos últimos días, pude conocerlos mejor que durante todo el tiempo anterior. Les corría prisa expresar cuanto tenían que decir mientras aún había tiempo. Así que durante la última semana no faltó nadie a clase ni una sola vez y además llegaban puntuales.

Charlábamos, porque en aquella atmósfera de excitación no eran ya posibles las lecciones. Uno de nuestros temas preferidos de conversación fue el de las relaciones entre los pueblos. Escuchaba yo con gran atención sus puntos de vista y me sorprendían y encantaban algunas de las cosas que decían.

Se habían criado en un barrio de los más multirraciales que pueda haber en Gran

Bretaña. Sin embargo, esto no les había dejado libres de prejuicios. Algunos de ellos vivían en la misma calle e incluso en la misma casa que indios o negros, aunque nunca les habían hablado, obedeciendo a la prohibición impuesta por sus padres. Otros habían tratado a chicos de color durante la etapa de párvulos, pero cuando intervinieron las tensiones y pretensiones de la pubertad, terminaron esas relaciones.

Querían que les dijese lo que debían hacer para contribuir a una mayor comprensión y unidad inter-racial en su vecindad. Les recordé la historia y la geografía que habíamos estudiado, las gentes, lugares y cosas de que tanto habíamos hablado. Procuré hacerles ver que los hombres no están confinados en una determinada área geográfica a causa de su color, sino que en todas las partes del mundo se pueden encontrar gentes de todas las procedencias raciales y, si se lo proponían, lograban convivir pacíficamente unos con otros.

No era necesario que hicieran nada especial a favor de un negro o de un hindú, sino sencillamente que se condujeran con ellos como con un inglés desconocido, sin preferencia ni malevolencia, sino con la cortesía y caballerosidad que todo ser humano debe a su prójimo y tiene derecho a esperar de él.

También les dejé claro que la gente de color en Gran Bretaña laboraban gradualmente por su propia salvación, comprendiendo que no era suficiente quejarse de las injusticias ni confiar en que ciertos partidos, por propio interés, agitasen para defenderlos. Estos hombres de color trabajaban seriamente para demostrar su valor, su integridad y su dignidad a pesar de las fuerzas que se les oponían.

El miércoles por la mañana, durante el recreo, entró alegremente Clinty en mi clase, sonriéndome tan ladinamente como el gato que se comió al canario.

—¿Qué tal va eso, Rick? —me saludó.

Me pregunté qué se traería entre manos y murmuré un débil saludo. ¿Qué diablos se estaría cociendo en la linda cabeza de Clinty?

—He oído decir que seguramente se nos marchará la señorita Blanchard al terminar el próximo curso —me anunció alegremente. La miré sobresaltado por esta noticia. Gillian no me había dicho nada de marcharse. Y, procurando que no se me notara en la voz la sorpresa, le pregunté:

—Pero ¿cuándo te han enterado de eso?

—Parece que el Viejo estaba preparando como siempre el cuadro de profesores y ella le dijo que sólo podía comprometerse para esos meses. —Clinty se subió a su sitio favorito: el borde de mi mesa.

—Pero no dijo qué motivos tenía para ello. —Procuré seguir el juego, partiendo de lo que hubiese dicho Gillian, ya que ambos habíamos acordado mantener lo nuestro en secreto lo más posible dentro de la escuela para evitar murmuraciones.

—Supongo que se habrá hartado de tanta pobreza y tanto niño salvaje. —Le sonreí aliviado. Gillian era muy lista y sabía hacer las cosas.

—A ti no te es simpática, ¿verdad, Clinty?

—Hombre, no tengo nada contra ella, pero ese tipo superior de personas no acaba

de caerme bien. Si he de serte sincera, no voy a echarla mucho de menos. —Se veía que estaba verdaderamente contenta.

—Pues a mí me parece una persona encantadora y muy inteligente.

—Ya lo he notado —me dijo—. En fin, cuando se vaya, tendrás que contentarte con nosotras, las pobres chicas corrientes.

—No digas tonterías, Clinty. Aquí sois todas muy agradables, o casi todas.

Me sonrió y cambié de tema:

—A propósito, ¿qué hay preparado para mañana?

—Grandes festejos —dijo, riéndose—. Habrá una cena de Navidad en nuestro suntuoso comedor. El Viejo quiere que no falte nadie, de modo que siento decirte que te vas a perder tu comidita *tête-a-tête*. —Esto me hizo reír. «Si ella supiera...». Charlamos sobre el programa que había para los dos días siguientes de fiesta y se marchó cuando sonó la campana. Estaba seguro de que había venido a verme para algo más, pero lo que fuese no salió a relucir. Más valía así.

El jueves, por la mañana, vi poco a mis alumnos. Las chicas estaban en el departamento de Ciencias Domésticas preparando los adornos para las fiestas de Navidad de aquella tarde; y los muchachos habían sido reclutados por Grace para que limpiaran las ollas y las sartenes y la ayudasen en las tareas más pesadas. Me asomé un momento y me alegró verlos a todos trabajando en una atmósfera de animada cooperación. Bajaron corriendo a la clase a las doce y media y me rodearon hablando todos a la vez muy contentos hasta que tocó la campana para la comida.

El comedor tenía un aire de fiesta, con cadenas de papel y globos colgados en las ventanas y a lo largo de las paredes. El personal de la cocina había preparado una excelente comida: cochinillo asado, patatas doradas, y toda la guarnición. Para postre había una crema que les gustaba mucho a todos. Después de haber pronunciado el director una breve plegaria, hizo una señal y por la puerta del fondo entraron dos niñas pequeñas que llevaban entre las dos un gran ramo de flores envuelto en celofán. Despertando una gran curiosidad, avanzaron hacia la señora Drew. Le entregaron el ramo haciéndole dos lindas reverencias y se apresuraron a instalarse en sus sitios de siempre.

La señora Drew se sonrojó. Sospeché que el homenaje había sido preparado con todo detalle por el director como muestra de la gran consideración que se tenía en la escuela a esta persona tan valiosa. Alguien gritó: «¡Que hable, que hable!», y en seguida se levantó un gran clamor. La señora Drew se puso en pie con la habilidad de movimientos que siempre tenía y parecía dispuesta a dirigirles un pequeño discurso, pero le faltó valor y, emocionada, se limitó a decir: «Gracias», y volvió a sentarse entre los ruidosos aplausos y vítores de los chicos.

La parte dedicada a los pequeños tuvo lugar a las tres de la tarde en el auditorium, pero no me divirtió. El gran salón había sido adornado lo mismo que el comedor, con cadenas y globos, y presentaba un aspecto muy alegre; pero la conducta de la mayoría de los pequeños estropeó el espectáculo. Se lanzaron ansiosos sobre la

comida, vociferando y empujándose unos a otros para apoderarse de lo que más les gustaba. Los mayores eran los encargados de servirles y estaban muy disgustados al ver aquella grosería y malos modales, disgusto que era una buena señal, pues demostraba cuánto habían progresado en educación. A mí lo que más me indignaba era ver cómo mordían un pastel y luego lo dejaban sobre la mesa para coger otro que les gustase más. Sin embargo, el señor Florian parecía imperturbable, a pesar de toda esta algarabía, y los servía sonriente como si aquella conducta le pareciese lo más natural del mundo. Sentí un gran alivio cuando terminó por fin la rebatiña y los pequeños se marcharon.

Todos contribuimos a alegrar un poco el salón, después de la impresionante algarada. Los muchachos mayores llevaron escobas, cubos y bayetas de la cocina y pronto quedaron limpias las mesas y brillante el suelo. Lo hicieron con agrado, en espera de las seis, en que empezaría la fiesta de los mayores. Retiramos algunas mesas hasta un rincón de la sala y allí instalamos el *buffet* de los refrescos. Estaba preparado el tocadiscos, con una buena pila de discos de baile, enriquecida con algunos pertenecientes a los propios chicos. Habían sido invitados algunos de los antiguos alumnos de ambos sexos y se esperaba que la fiesta estuviese muy animada.

A eso de las cuatro, los mayores se fueron a su casa, para arreglarse. Pamela me salió al encuentro en el corredor.

—Por favor, señor, ¿querrá usted bailar conmigo esta tarde?

—Desde luego, señorita Dare —le respondí—, con tal de que no sea uno de esos bailes frenéticos... Estoy ya muy viejo para esas cosas.

Se rió alegremente:

—Muy bien, señor; traeré un disco especial para usted. ¿Prometido?

—Sí, señorita Dare. Se lo prometo.

—Y otra cosa, señor...

—Dígame.

—¿Quiere usted llamarme sólo Pamela, aunque no sea más que hoy?

—De acuerdo, Pamela...

Todos los profesores estábamos reunidos para recibir a los chicos conforme fuesen llegando. Denham y Potter fueron los primeros. Venían muy bien peinados, con su mejor ropa y los zapatos relucientes; luego llegó Tich Jackson con su hermano, un muchacho muy bien parecido y de alta estatura que había salido de Greenslade el año antes y era ya «novio formal» de la hermana de Janie Lithgow; luego un pequeño grupo de chicos —Seales, Fernman, Buckley, Sapiano y Wells—, que sonreían muy conscientes de su mejorado aspecto y que permanecieron juntos todo el tiempo. La llegada de las chicas fue acogida con muchos rumores y risitas. Venían limpias y alegres como flores silvestres en un valle entre montañas. Desde mucho antes, habían estado ahorrando para esta ocasión y el resultado era excelente. Con sus labios ya pintados y los tacones altos, formaban un ramillete de muchachas en flor, tan atractivo como lo mejor que se pudiera encontrar por ahí.

Moira Joseph llevaba un vestido negro ceñido, con mangas ajustadas hasta la muñeca y sin ninguna clase de adorno. Con su cabello corto, sus cejas gruesas y el rojo de labios muy brillante, parecía una joven muy moderna y muy complicada, pero elegante y capaz de comportarse bien. A Bárbara Pegg le sentaban muy bien la blusa con encajes y la falda amplia. Sus pecas le daban un mayor encanto.

Pero la sensación del baile era Pamela, una Pamela nueva, hermosa y adulta. Tenía el cabello recogido por detrás, y alto, sujeto con una reluciente cinta de color verde oscuro, ligeramente a un lado de la cabeza. Le caía una cascada de suaves rizos sobre el hombro derecho. Sus labios gruesos le resaltaban en rojo vivo sobre la blancura de su rostro y su cuello largo y adorable. Llevaba un jersey de lana verde oscura que le ceñía los hombros, el pecho y la cintura, y su falda acampanada le daba una gracia maravillosa cuando andaba. Sus zapatos eran de satén verde. La miré asombrado adivinando la parte que había tenido su madre en los preparativos.

—Dios mío —exclamó Gillian, cuando Pamela entró en el auditorium—. ¡Qué preciosa está esta chica! —Su voz revelaba la más tremenda estupefacción. Pamela se acercó a nosotros.

—Hola, señor; hola, señorita —nos saludó.

—Hola, Pamela —dijimos a la vez.

—No ha olvidado usted su promesa, ¿verdad, señor? —me preguntó Pamela.

—No, Pamela, no la he olvidado —le respondí.

—Hasta ahora, señor. —Y se alejó para reunirse con algunas de sus compañeras.

—A mí ni siquiera me ha visto —murmuró Gillian.

—Claro que sí, mujer. ¿No has oído que nos ha saludado a los dos? —le recordé.

—Ya lo sé. Pero sólo tenía ojos para ti. —Me lo dijo con tal intensidad que la miré, asombrado por su tono. Me hizo una mueca y me cogió una mano.

—Gracias a Dios que llegué yo antes, Rick —me dijo en voz baja, aunque ya no parecía preocuparse de si nos observaban.

No tardó en llenarse el salón de risas y animadas conversaciones. Me presentaron a algunos de los antiguos alumnos que habían sido invitados: Jackie Fischer, Junie Thorpe, Ada Phillis, Petey Bloore y Maureen Bloore, que eran gemelas. Maureen me invitó a su boda, que sería muy pronto.

Fue una fiesta estupenda. Bailamos y jugamos a varios juegos muy divertidos, participando los maestros tan ruidosamente como los muchachos. El propio Weston perdió su *pose* y reía y charlaba con toda naturalidad. No sabía bailar y se encargó voluntariamente de poner los discos, haciendo también de maestro de ceremonias. Anunciaba cada disco antes de que empezase. Más tarde me ofreció un cigarrillo y estuvimos bromeando como viejos amigos. No cabía duda de que el espíritu de buena voluntad triunfaba por completo. Me dije que ojalá durase.

Siempre que pude bailé con Gillian. Tenerla junto a mí me producía una gran paz y un indecible placer. Estaba seguro de que nuestro amor era ya un secreto a voces. Todo el que tuviera ojos lo vería. Cuando bailaba un vals de Strauss con Clinty, me

dijo ésta:

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad, Rick?

—¿De quién?

—Vamos, no te hagas el tonto. Te hablo de la señorita Blanchard.

Ni Clinty ni ninguno de los demás la llamaba más que «señorita Blanchard», a pesar de tratarse de una colega. Había algo en ella que impedía una intimidad demasiado rápida.

—Bueno, ¿y qué dices de ella?

—De acuerdo, Rick. Las cojo al vuelo y si no quieres que hable de esto, me callaré; pero si no estoy equivocada y hay entre vosotros lo que me figuro, puedes considerarte como un tipo de mucha suerte.

Me reí porque no sabía qué actitud tomar.

Poco después, Pamela se acercó a Weston con su disco «especial». Le dijo algo al oído y él anunció:

—El baile siguiente es un «foxtrot» clásico.

Pamela esperó hasta que los primeros compases de la hermosa canción «En la calma de la noche» flotaron en la alegre atmósfera del salón, y luego se dirigió hacia mí. Sus ojos claros y su íntima sonrisa eran toda una invitación. Di unos pasos hacia ella y se amoldó a mis brazos con toda naturalidad y confianza, como si fuera su sitio de siempre. Nuestros pasos se sincronizaron sin titubeo alguno. La música y la magia del momento se apoderaron de nosotros e hicieron que nos deslizásemos con toda suavidad. Me daba cuenta de su turbadora proximidad: su respiración suave, su firme redondez y el rítmico movimiento de sus muslos. Era toda una mujer —de eso no cabía la menor duda— y por mucho que yo hiciese por evitarlo, me invadía la mente y el cuerpo. La música terminó demasiado pronto. Seguimos enlazados un instante y, cuando nos soltamos, le dije:

—Gracias, Pamela.

—Cuando termine en la escuela, ¿me permitirá usted que venga a verle alguna vez?

—Naturalmente, mujer. Me encantará verte. Puedes venir todas las veces que quieras.

—Gracias, señor. Adiós, señor.

—Adiós, Pamela.

Recogió el disco y se marchó poco después.

A la mañana siguiente, viernes, estaban todos muy tranquilos. Al pasar lista pensé en lo pronto que había transcurrido el tiempo desde el primer día en que me senté allí, inseguro y un poco asustado, y empecé a leer sus nombres. En unos ocho meses había llegado a conocerlos perfectamente; ahora podía ya adivinar lo que dirían y harían en determinadas circunstancias. Sin embargo, a partir de ese día, la mayoría de ellos se marcharía lejos y sería como si nunca nos hubiésemos conocido.

Algunos de ellos se habían hecho verdaderos adultos, con pleno sentido de la

responsabilidad —Fernman, Babs, Pegg, Wells, Seales— y continuarían sus estudios porque eran inteligentes y decididamente dispuestos a aprender. Otros empezaría con ciertas dificultades porque seguían la línea del mínimo esfuerzo y su única ambición era ganar pronto dinero trabajando lo menos posible. Por ejemplo, Sapiano y Janie Purcell. Pero los demás se convertirían en personas decentes con una vida normal, sin gran ambición ni agresividad, ni nada en demasía. Entre ellos Denham y Potter. Era seguro que, pasados unos cuantos años, serían unos buenos trabajadores con sus familias o quizás se alistasen en el ejército o en la marina.

Cuando terminé de pasar lista, se pusieron a hablar con gran excitación sobre la fiesta de la tarde anterior: los trajes, la comida, los discos, el baile, los profesores... En fin, de todo. Lo habían pasado extraordinariamente bien y lo que más les había satisfecho había sido la presencia de los antiguos alumnos y de los maestros, con los que habían alternado de igual a igual. Decían que nuestra fiesta no podía compararse con los guateques que celebraban los clubs juveniles locales. Me tomaron un poco el pelo con una serie de alusiones porque me habían visto bailar muchas veces con Gillian.

—¿Es su novia, señor? —me preguntó Tich Jackson.

—Por cierto que te he visto bailar también con la señorita Blanchard, Jackson, y me estaba preguntando si era tu novia.

—Pues no estaría nada mal que lo fuera —dijo Jackson, lo que fue coreado con las carcajadas de todos. Y así transcurrió la mañana en un ambiente cordial, aunque con la pena del poco tiempo que nos quedaba de estar juntos.

Por la tarde, después de pasar lista, me quedé mirándolos. Entonces, se levantó Moira Joseph.

—Señor —empezó a decir—, yo, mejor dicho, nosotros, queremos que sepa lo agradecidos que le estamos por lo mucho que ha hecho por nosotros, por todos nosotros. —Miró lentamente a toda la clase—. Sabemos que, por unas cosas y otras, no ha sido muy fácil para usted —y le sonrió a Denham, que se sonrojó y agachó la cabeza—, pero usted no se desanimó y siguió adelante. Estamos convencidos de que somos ahora, los chicos y las chicas, mucho mejores gracias a haberlo tenido de maestro. Nos ha gustado mucho la manera como nos ha tratado, no como críos tontos, sino como personas mayores. Ha sido usted muy bueno con nosotros, señor, y queremos que acepte usted un regalito nuestro para que nos recuerde siempre. —Entonces, le hizo una señal a Pamela y se sentó, entre una explosión de gritos y aplausos.

Pamela se levantó y, llevando en las manos un gran paquete con un envoltorio muy vistoso, avanzó hacia mí. Me levanté para salirle al encuentro. Estaba preciosa y su figura era maravillosa. Se dirigió hacia mí, con un noble orgullo y me ofreció el paquete, pero, en cuanto lo dejó en mis manos, se volvió bruscamente y corrió a su sitio para ocultar el rostro detrás de la tapa de su pupitre. En aquel momento en que precisamente deseaba parecer, más que nunca, toda una mujer, le salía a relucir su

poca edad.

Les di las gracias a todos y me senté en seguida, pues se había abierto la puerta y el señor Florian entraba despacio en la clase, atraído por la gran algarabía que había oído. Juntos leímos la gran etiqueta que habían pegado sobre el paquete:

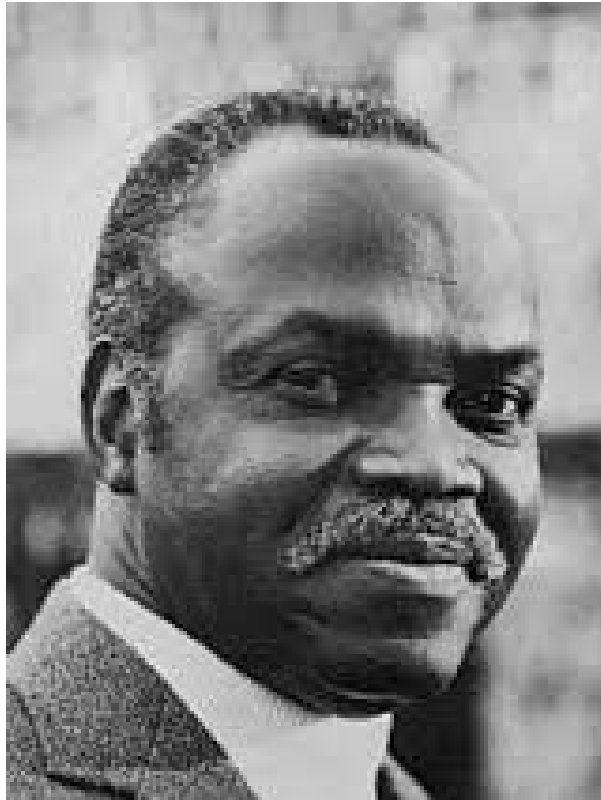
AL SEÑOR, CON CARIÑO

y, debajo, las firmas de todos ellos.

Florian me miró sonriente. Y por encima de su hombro, los vi a todos... Mis niños.

Capítulo 1

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben)^[1], aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.



EDWARD RICARDO BRAITHWAITE (nacido el 27 de junio). Novelista nacido en la Guyana, también profesor, y conocido por sus historias de tintes sociales y sobre la discriminación racial sufrida por los negros. Su obra más conocida es *Al señor, con cariño*, de 1959, que tiene carácter semibiográfico sobre sus experiencias como profesor en el Londres de la posguerra y que fue exitosamente adaptada al cine en la película *Rebelión en las aulas* protagonizada por Sidney Poitier.

Notas

[1] Escuela de enseñanza secundaria de Greensdale. Director: A. Florian. <<

[2] Londinense de clase baja. Manera de hablar de estas personas. <<

[3] *Stone*: 14 libras. *Quintal*: 100 libras. <<

[4] En español en el original. <<

[5] En español en el original. <<